



# *Sassenach*

KATE L. MORGAN



# **SASSENACH**

**Kate L. Morgan**

Copyright © 2021 Kate L. Morgan  
Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos  
©Pexels, de la fotografía de la cubierta  
Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,  
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede  
ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.

[CAPÍTULO 1](#)  
[CAPÍTULO 2](#)  
[CAPÍTULO 3](#)  
[CAPÍTULO 4](#)  
[CAPÍTULO 5](#)  
[CAPÍTULO 6](#)  
[CAPÍTULO 7](#)  
[CAPÍTULO 8](#)  
[CAPÍTULO 9](#)  
[CAPÍTULO 10](#)  
[CAPÍTULO 11](#)  
[CAPÍTULO 12](#)  
[CAPÍTULO 13](#)  
[CAPÍTULO 14](#)  
[CAPÍTULO 15](#)  
[CAPÍTULO 16](#)  
[CAPÍTULO 17](#)  
[CAPÍTULO 18](#)  
[CAPÍTULO 19](#)  
[CAPÍTULO 20](#)  
[CAPÍTULO 21](#)  
[CAPÍTULO 22](#)  
[CAPÍTULO 23](#)  
[CAPÍTULO 24](#)  
[CAPÍTULO 25](#)  
[CAPÍTULO 26](#)  
[CAPÍTULO 27](#)  
[CAPÍTULO 28](#)  
[EPÍLOGO](#)

# CAPÍTULO 1

*Londres, Inglaterra, 1897*

Si hubiera sido una muchacha dócil, si hubiera obedecido a su madre cuando le aconsejó que no aceptara las atenciones de él. Si hubiera sido inteligente y nada impulsiva, ahora no estaría enfrentado el peor momento de su vida.

Heaven, trataba de contener el temblor de sus manos. Por suerte, Robert había cerrado la puerta del pequeño saloncito, y nadie podía escuchar las palabras horribles que le decía.

Sentía un silbido en los oídos, y las pulsaciones del corazón en la garganta. Le oía hablar, pero era incapaz de entender lo que le decía. Una sola frase de todas las que había pronunciado, le martilleaba en el cerebro: se terminó el compromiso.

¡La dejaba! ¿Por qué? ¿Qué había sucedido? ¿En qué momento la historia entre ambos se había estropeado? ¿Qué iba a suceder con la preciosa mansión que habían comprado para comenzar una vida en común?

—¿Me estás escuchando, Heaven?

Lo escuchaba, pero no quería hacerlo. Agarró con fuerza el canto de la mesa de madera hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Giró la cabeza hacia la izquierda: hacia los enormes ventanales que mostraba la amplitud de la sala de recepción que estaba justo al otro lado.

A los veintidós años, su primer y único prometido la dejaba plantada.

—Lo siento —se disculpó él.

¿¡Lo sentía!? ¿Cómo podía tirar un año de noviazgo y otro de compromiso con un chasquido de dedos?

—Robert... —logró decir, pero tuvo que callar.

El nudo en su garganta era demasiado grande para hablar con normalidad.

Robert Green era un hombre maduro que ya se había divorciado anteriormente. Era culto, interesante, de complexión delgada, y muy rico. Tenía el pelo casi gris, y los ojos más fríos que había visto nunca.

—Gracias por no hacer un espectáculo —le dijo él.

Heaven podría reírse si la situación no fuese tan hiriente para ella. ¿Cómo podría montar un espectáculo si apenas podía moverse ni articular palabra?

—Robert... —tuvo que carraspear para aclararse la voz.

Cuando él la cito, no tenía ni idea de lo que tenía preparado.

—Siempre he admirado ese férreo control que despliegas sobre tus sentimientos —le dijo él—. La forma serena en la que te tomas los asuntos aunque sean desagradables.

Heaven tenía que preguntarlo.

—¿Rompes nuestro compromiso por otra mujer? —inquirió al fin con ojos brillantes—. ¿Me abandonas por otra?

El hombre maduro bajó los párpados. Se apoyó mejor en el sillón de piel, y suspiró.

Heaven cerró los ojos porque no necesitaba una confirmación de voz cuando su rostro culpable lo delataba. ¿Qué podía esperar de él? Antes de conocerlo sabía lo libertino que era. Había tenido ya una primera esposa, y, dos compromisos rotos tras sus espaldas, eran una carta de presentación muy elocuente, y eso sin mencionar las continuas amantes y escauceos amorosos

que habían nutrido sus años más salvajes.

Pero ella creyó que había cambiado.

—No ignorabas cómo soy —fue su escueta respuesta—. Me gusta divertirme.

Claro que lo conocía, pero se había engañado creyendo que la quería lo suficiente para cambiar por ella. Para amarla únicamente a ella.

—¿La conozco?

Robert la miró de frente e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo lamento —volvió a excusarse.

Heaven sentía enormes deseos de llorar, pero no lo haría delante de él. Se tragaría la rabia y la impotencia hasta que saliera de ese lugar.

Que la hubiera citado en Blenheim había sido un golpe maestro. La casa de té reunía a la flor y nata de la sociedad londinense. En ese lugar se celebraban las recepciones de los enlaces más aclamados.

—Ha sido todo un detalle que me lo dijeras aquí en este lugar concurrido de gente —le reprochó—. ¿Temías una escena en privado?

Robert soltó un suspiro largo y cansado.

—Ya no podía más —le informó—. Tú, mejor que nadie, conoces el motivo por el que he decidido romper nuestro compromiso.

Heaven estaba a punto de gritar.

—No, no lo sé —respondió muy queda.

El hombre mayor la miró intensamente.

—Tienes veintidós años, sabes lo que un hombre espera de la mujer con la que está prometido, y tú, tú eres demasiado fría —ella apretó los labios con ira—. No puedo con tu frigidéz.

El insulto le pareció fuera de lugar. Ella no había compartido intimidad con él salvo besos y algunas caricias porque deseaba llegar virgen al matrimonio.

—Eres un desgraciado —le espetó de pronto aunque en voz baja.

—No te quiero, nunca te quise —le confesó. Ella cerró los ojos para no verle la cara—. No eres la mujer adecuada para mí. Al principio pensé que sí, pero me gustan las mujeres apasionadas, y tú estás muy lejos de serlo.

—La decencia es lo que se espera de una mujer honrada —contestó despechada.

—Eres un témpano de hielo —siguió insultándola—. Inteligente, perfecta para adornar el salón de una casa, pero no para calentar la cama de un hombre apasionado.

Heaven tensó la espalda y entrecerró los ojos.

—Pero hemos adquirido Claremont Hall —le dijo—. Es la casa de nuestros sueños, ¿qué vamos a hacer con ella si me abandonas?

El hombre no respondió de inmediato, se tomó su tiempo para hacerlo.

—Después hablaremos sobre ello.

—¡No! —protestó ella—. Deseo saberlo ahora.

—Puedes venderme tu parte.

—Ni hablar.

—Puedes comprarme la mía.

Estuvo a punto de soltar una carcajada histérica. Ella no disponía de libras suficientes para comprar la parte de él, y el muy necio lo sabía. Heaven había invertido la herencia de su abuelo paterno en su parte de la casa. Una mansión ubicada muy cerca de Hyde Park.

—¿Me harías un descuento especial? —le preguntó sarcástica.



—Soy el más interesado en conservar la casa, y mi parte es superior a la tuya —le recordó.

Ella había cometido un error al querer participar en la compra de la preciosa mansión. Su padre había puesto el grito en el cielo, pero ella no quería vivir en la actual casa de él pues allí había vivido su primera esposa, y ella no quería pasar el resto de sus días en el mismo lugar.

—Lo sé —admitió ella—, pero no puedo comprar tu parte ni pienso venderte la mía.

—Heaven, piénsalo bien —le sugirió—. Cuando te hayas calmado, hablaremos sobre Claremont.

—No pienso hacerlo —le recordó.

Heaven respiró profundamente varias veces.

—No tienes más opción —continuó él—. Después de unos días, hablaremos.

Robert salió por la puerta sin despedirse.

\*\*\*\*\*

Heaven se sentía muy desgraciada.

No había salido de la cama desde el momento que regresó de Blenheim hecha polvo por la decisión que había tomado Robert de abandonarla. No había recibido ningún mensaje de él pese a que ella le había enviado docenas. Había perdido el apetito, las ganas de luchar. Había usado ingente cantidad de pañuelos llorando como una tonta por algo que ya no tenía remedio. De nada habían servido sus ruegos, sus súplicas. Robert tenía a otra, y ella no podía hacer nada salvo resignarse, pero no quería hacerlo. Le había dado dos años de su vida. Lo había tratado como el hombre especial que creía que era, y todo para descubrir que nunca la había amado de verdad: que la consideraba una mujer frígida. El insulto le escocía en los más hondo.

Lo maldijo una y otra vez, pero el dolor seguía ahí, mordiéndole el orgullo.

De la desdicha pasó a la furia cuando Robert dejó claro que no pensaba atender ni uno solo de sus mensajes.

La dejaba definitivamente, y se lo hacía saber de la forma más dura.

El quinto día de su encierro, amaneció lloviendo. Seguía en la primera planta de la casa victoriana situada en Baker Street. Su casera, que vivía en la planta baja, le subía la leche y el periódico que se acumulaban en la puerta.

Su madre estaba en verdad preocupada porque ella no le había dicho nada sobre la ruptura sentimental por la que estaba pasando. Pero ese quinto día, una noticia cambió por completo su forma de actuar. Había leído en la prensa que Robert se comprometía con una rica heredera que ella conocía. Alta, voluptuosa, de pelo largo y sedoso, y única hija del barón de Sandringham. Una joven debutante de grandes pechos y redondeadas caderas. Leyó la noticia en las páginas de sociedad, y lo maldijo. Su orgullo resurgió de las cenizas de la autocompasión donde estaba encerrado, y le insufló fuerzas para destrozarse todos y cada uno de los regalos que él le había obsequiado durante esos dos años de compromiso, y que adornaban algunos rincones del elegante dormitorio. Cuando iba a estrellar en el suelo la delicada figura de porcelana que le había obsequiado por su último cumpleaños, sonó con insistencia unos toques en la puerta de su apartamento.

Heaven estaba ojerosa, despeinada. Seguía en ropa de dormir, y con la furia alimentando cada poro de su cuerpo.

—Heaven, sé que estás ahí —era su madre la que golpeaba la puerta con insistencia—. Me ha dicho tu casera que te encerraste el viernes, y que ya no le abres la puerta a nadie.

Respiró hondo, y contempló el resultado de su furia. La espaciosa alcoba estaba hecha un

desastre. Resignada se dirigió hacia la puerta de entrada y abrió. Su madre al verla lanzó una exclamación ahogada.

—¡Oh, Dios mío! —se llevó una mano a la boca mientras entraba al apartamento de su hija—. ¿Qué te ha pasado?

Heaven cerró la puerta con un golpe seco. Precedió a su madre al interior.

—Ponte cómoda —le dijo mientras ella se lanzaba al sillón con desgana y subía los pies sobre el mismo.

—Estoy preocupada por ti —le dijo la mujer—. Todos estamos muy preocupados.

Heaven cerró los ojos un instante.

—No me hables en gaélico —le ordenó—. Sabes que no me gusta.

La madre se encogió ante la crítica.

—Cuéntame qué ha sucedido —pidió en voz baja obedeciéndola—. Tu casera me ha dicho que llevas cinco días sin contestar mensajes.

—Ahora no deseo hablar con nadie —fue su impulsiva respuesta.

Susan Woodward observó la estancia con mirada preocupada. Había ropa por doquier, porcelana rota, cristales hechos añicos. Todo estaba tan desordenado y sucio como su hija. Su estado de abandono desató todas las alarmas dentro de su cabeza, y su corazón de madre se entristeció.

—No me trates condescendentemente —respondió severa—. No soy estúpida.

Heaven no quería contarle a su madre su fracaso personal. Todavía tenía que digerir la noticia de la ruptura del compromiso con Robert.

—Claro que no eres estúpida, pero sí entrometida.

—Eres mi hija y me preocupo por ti —respondió tierna—. Tu padre y yo estábamos en contra de que te vinieras a vivir a este apartamento tan pequeño, que dejaras tus clases de piano, y que te comprometieras con un hombre que en nada te convenía.

—Te quiero, mamá —le dijo de pronto—, pero no quiero hablar sobre mis errores.

La madre la observó de forma detenida, y, sin que ella se lo dijera, supo lo que había sucedido.

—¡Ha roto el compromiso!

Heaven, al escucharla, rompió a llorar. Seguía llena de ira, de frustración. Sentía rabia, impotencia, y unas ansias de vengarse que aumentaban a cada minuto. Susan se levantó y corrió hacia ella. La abrazó por los hombros, y Heaven lloró todavía más.

—Lo lamento mucho cariño...

No la dejó terminar.

—No me digas, “ya te lo dije” —le espetó amargamente.

—No pensaba hacerlo —respondió la otra con suavidad.

Ambas mujeres siguieron abrazadas durante largo tiempo. Cuando Heaven se tranquilizó lo suficiente como para hablar sin que le temblara la voz, le relató la ruptura dolorosa que había sufrido. Susan la miraba sin interrumpirla, y permitió que se desahogara. Que sacara toda esa frustración que la mantenía muerta en vida. La escuchó, y la compadeció a la vez.

—¡Se ha comprometido con otra! —exclamó con dolor—. ¿Puedes creerlo?

—Suele suceder con hombres como él.

—No lo vi venir —continuó—, pensé que era feliz a mi lado. Que envejeceríamos juntos.

La madre no supo qué contestarle.

Cuando su hija se embarcó en una relación amorosa con el hombre más libertino de Inglaterra, supo que esa relación no tendría un final feliz, y no solo por la diferencia de edad



entre ambos, sino porque él llevaba a sus espaldas cuando conoció a su hija, un divorcio, y una larga lista de aventuras. Robert Green era el típico seductor que deslumbraba, no solo por la cantidad de libras que tenía, sino porque sabía cómo atraer a una mujer joven e incauta como su hija.

—Me alegro de que se haya mostrado tal y como es, pues tu compromiso no era aceptado por nosotros.

—¡Mamá! —exclamó la hija llorosa.

La madre no quería ahondar en la herida. Pero casi se alegraba de que el seductor la hubiera dejado plantada, aunque agradecía que no hubiera sido frente al altar.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó.

—Luchar por recuperarlo.

La madre comenzó entonces una serie de insultos en gaélico que no fue capaz de seguir su hija aunque lo intentó.

Susan Woodward era hija de escoceses. En un viaje a Londres había conocido a al que sería su esposo, un ilustre juez, hijo tercero del conde de Kedleston. Susan había decidido casarse en Inglaterra bajo la iglesia anglicana, y abandonar a su familia escocesa que no se lo perdonó nunca. Sus padres nunca la visitaron, y cuando su abuela murió debido a una enfermedad, su abuelo se aisló y dejó de mantener contacto por escrito con su única nieta. Años después murieron sus padres en un estúpido accidente de carruaje, y ahora solo quedaba un anciano que se negaba a verla. Susan lo había intentado, pero en las dos últimas ocasiones se había negado a recibirla. Ella se había resignado al fin. Su abuelo jamás iba a perdonarla que se hubiera casado con un inglés y hubiera renunciado a la iglesia católica por propia voluntad.

—Por tu aspecto, veo que no has comido nada —la recriminó aunque de forma cariñosa.

—No me entra ni el aire —respondió en un susurro.

A Susan le molestaba la delgadez extrema de su hija. Siempre había sido una niña bien alimentada y que disfrutaba de las comidas, hasta que se cruzó en su vida el maduro libertino que cambió por completo sus gustos y decisiones. Heaven se limitó a seguir sus órdenes hasta el punto de la tiranía. Heaven no tenía ni un gramo de grasa en su cuerpo, y buena falta le hacía.

—Pediré a tu casera que te prepare algo sustancioso.

Heaven no protestó pues no pensaba comer. Estaba convencida que cualquier cosa que se metiera en la boca, se le convertiría en serrín.

—Tenemos que hablar —le dijo la madre.

No quería preguntar, pero lo hizo.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu intención de arrastrarte por todo Londres haciendo el ridículo para traer la atención del hombre que te ha abandonado —la hija la miró seria y sin responder—. Me alegro de que haya sido él el que diera el paso para liberarte...

Heaven volvió a estallar en llanto.

## CAPÍTULO 2

*Annan, Escocia*

El anciano lo miraba con un brillo de orgullo en los ojos. La mujer en cambio no podía ocultar las lágrimas. Los dos habían mucho tiempo sin verlo. Tenerlo de nuevo en casa era maravilloso.

—Entonces, ¿vas a establecerte definitivamente en Elgin?

—Sí —respondió. La mujer terminó por llorar aunque lo hizo de forma discreta—. Quiero que os vengáis conmigo.

Jamie Graham miró a su único hijo con dicha desmedida. Había regresado de Inglaterra muy preparado.

—He firmado un contrato con Sean McGregor, y tengo carta blanca para remodelar toda la bodega.

Jamie silbó asombrado.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Y era cierto. Su hijo había sufrido un terrible accidente de caballo que lo mantuvo en cama durante muchos meses, pero el muchacho no se dio por vencido. Compaginó su carrera universitaria con la recuperación pues estaba empeñado en convertirse en el mejor abogado de Escocia.

—El trabajo de una bodega es muy duro —le dijo el padre.

—Lo sé, pero estoy decidido.

Había sido muy duro prepararse como abogado, y el trabajo en la bodega le permitiría ahorrar las libras que necesitaba para montar su propio bufete en las Lowlands.

—Entendemos que quieras montar tu propio bufete, hijo —dijo la madre realmente emocionada—, pero trabajar en una bodega, y no para otro abogado, nos parece cuanto menos extraño. Debías de haber continuado en Inglaterra.

Alexander Graham miró a su madre de forma tierna. Tenía que convencerlos para que se marcharan con él. Ya había contratado una casa en la mejor zona. Había contratado personal de servicio, ahora solo tenía que convencerlos porque no podía dejarlos solos, sobre todo, porque eran muy mayores.

—Vamos a extrañarte —le dijo su padre—, pero tienes que mirar por tu futuro.

Jamie Graham, su padre, había sido un hombre íntegro, aunque era armígero pues nunca había pertenecido a ningún clan. Megan Graham, su madre, era una excelente hiladora. Se había quedado embarazada de él a los cuarenta años de edad, y después de sufrir tres abortos muy complicados que habían dejado su salud muy precaria.

—Nosotros no tenemos edad para instalarnos en otra ciudad, y mucho menos en las Tierras Altas —le dijo cariñosa—. Estamos muy viejos.

—Y entendemos que no puedes viajar de Elgin a Annan cada cierto tiempo como hasta ahora —apuntó el padre sin dejar de sonreír.

Esa era la parte más dura para él porque al principio no le había importado, pero el trabajo se complicaba. Llevar la bodega y pleitos como abogado, apenas le dejaba tiempo para desplazarse al hogar de sus padres.

—Ya lo tengo todo preparado para que os instaléis conmigo —insistió el hijo—. Es una casa tranquila —les informó—. Además, he contratado un par de sirvientes.

Los padres estaban emocionados.

—Hijo, nosotros no debemos dejar este lugar, aquí está nuestro hogar —mencionó el padre—. Allí sólo te estorbaríamos.

Alexander lo interrumpió.

—Quiero y necesito a mis padres cerca —afirmó con ansiedad—, o estos meses que me esperan se me harán interminables.

La madre se levantó y lo abrazó.

—Nosotros también te necesitamos cerca, pero tu futuro nos importa demasiado.

—Desde ya os digo que vendréis conmigo.

—¿No pretenderás secuestrarnos? —bromeó el padre.

Alexander pensó que si así lograba que lo acompañaran, sería capaz de hacerlo.

—¿Quieres decir que vendréis conmigo?

Ambos progenitores se mantuvieron en silencio durante un momento.

—Tenemos que pensarlo —insistió el Jamie—. Tendríamos que dejarlo todo durante demasiado tiempo. Las Tierras Altas no son para gente armígera como nosotros. Sabes de sobra que allí nos detestan, y además no hablamos gaélico como ellos.

Era cierto. Las familias que vivían en las Tierras Bajas eran considerados parias porque en el pasado, muchos de los hombres se habían convertido en forajidos y ladrones para subsistir.

—Podríais alquilar esta casa durante el tiempo que estemos en Elgin.

La madre soltó un suspiro.

—Podríamos ir los meses más calurosos del año —apuntó con modestia.

Alexander pensó, que ante la reticencia de los dos en acompañarlo, que pasaran en Escocia el verano junto a él, era una opción más que aceptable.

—La casa que he alquilado es amplia.

La madre lo miró abrumada.

—¿Y puedes permitirte?

—El precio era razonablemente aceptable.

—¿Por qué no continuamos con la conversación mientras cenamos? Tengo un apetito canino —el padre ya se había levantado y enfilaba sus pasos hacia el comedor.

Madre e hijo lo siguieron.

Cuando los tres estuvieron sentados alrededor de la mesa, Megan miró a su hijo con un orgullo maternal desmedido. Alexander había sido un bebé muy buscado y querido. Lo habían criado con amor y dedicación, y se sentía terriblemente orgullosa de él. Tenía un carácter apacible y decía las cosas como las pensaba aunque sin mostrarse pedante o soberbio. Era más callado de lo normal. Era un gran aficionado a la lectura, y había compaginado sus estudios con su rehabilitación apenas sin esfuerzo. Adoraba y sentía verdadera debilidad por los quesos y las tartas saladas que ella le preparaba. Alexander era un hombre íntegro. Meticuloso y muy serio en su trabajo. Intelectual, sensible...

Su esposo interrumpió sus pensamientos.

—Se te va a caer la baba dentro del plato, querida —dijo en broma.

Alexander miró a su madre con una gran sonrisa.

—Es que soy una madre muy orgullosa.

—Te quiero mucho —le dijo el hijo—. Y me emociona que os vengáis conmigo en esta aventura que comienzo.

—Cuéntanos, cuéntanos —pidió Jamie—, ¿has conocido a alguna mujer interesante?

—¿Son guapas las inglesas? —se interesó la madre.

Alexander sabía que ese tema iba a salir a colación tarde o temprano. Sus padres no llevaban muy bien que no tuviera esposa a sus veintiocho años, pero a él no le apetecía subirse a una montaña rusa de emociones, no, después del desengaño que sufrió a los veintidós. Había estado a punto de casarse con una guapa maestra que había conocido mientras estudiaba en la mejor universidad de Londres. Durante un tiempo había vivido en una nube, pero cuando puso los pies de nuevo en la tierra, comprendió que ese tipo de mujer no le convenía en absoluto. Se consideraba demasiado aburrido, demasiado serio para vivir continuamente pendiente de fiestas, viajes, y los excesos que una gran ciudad como Londres traía consigo. Había llegado a odiar todo lo que tuviera que ver con la ciudad.

—¿Son guapas las inglesas? —Megan repitió la pregunta que le había formulado un momento antes.

—Son muy elegantes y refinadas —respondió evadiéndose.

—En Londres se puede comprar de todo —apuntó el padre.

—Por cierto que hace calor en verano —reconoció el hijo—, pero la ciudad se llena de visitantes que disfrutan de los jardines y eventos.

—No creo que me guste tanto calor —dijo la madre en voz baja como si hablara consigo misma.

—Es un cambio interesante porque apetece mucho visitar lugares como Bath.

—En verano regresaremos aquí —afirmó Megan decidida.

Alexander sonrió porque con esas palabras mostraban que habían aceptado acompañarlo. No podía sentirse más feliz. Tenía en alquiler una bonita casa en una zona tranquila en las afueras de Edimburgo. Él podría visitarlos muy a menudo.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Annan? —le preguntó el padre.

—Una semana como mucho —respondió serio.

El resto de la velada siguió su curso entre risas y bromas. Cuando se retiraron a sus respectivos dormitorios, la madre expresó la preocupación que sentía. Durante la cena había tratado de mostrarse despreocupada, pero nada más lejos de la verdad.

—¿Qué piensas Jamie?

El anciano se sentó en el borde de la cama pensativo.

—Que estoy feliz por él.

Ella estaba de acuerdo.

—¿Pero no te preocupa lo solo que está? A este paso no conoceremos a nuestros nietos.

Jamie la entendía. Ambos estaban mayores, y cada vez más limitados.

—Nuestro muchacho es un hombre responsable.

No hacía falta que se lo recordara.

—¡Pero tiene edad para estar casado! —exclamó la mujer con cierta irritación, como si fuera imperativo que su marido se percatara de ese detalle.

—¿Piensas que estaría mejor con Elsie?

El gemido de Megan no se hizo esperar.

—Era muy guapa —admitió a regañadientes.

Pero el estilo de vida de Elsie era muy diferente al de Alexander que no le gustaban especialmente las fiestas y los excesos de Londres. Los tres meses que había durado la relación de ambos, había sido caótica para él que de pronto se encontró asistiendo a numerosas fiestas y eventos hasta altas horas de la madrugada.

—¿Dónde están las muchachas sencillas y buenas?

—Ya no existen, querida. Las mujeres de ahora quieren ser más independientes. La madre chasqueó la lengua por el comentario de su marido.

—Ya nos merecíamos algo de independencia.

Ambos se metieron en la cama, y se durmieron abrazados como el primer día.

## CAPÍTULO 3

Heaven sentía deseos de estrellar algo. Habían pasado cuatro meses desde la ruptura, y seguía sumida en la autocompasión. Lo intentaba, pero era ver a Robert con la otra, y se deshacía en un mar de lágrimas de rabia e impotencia. A pesar de cómo se sentía, había decidido mantener su parte de la casa, y había llegado a un acuerdo con él para hacerse cargo de ella hasta que pudieran venderla. Esas semanas resultaron muy duras, pues cada vez que se lo encontraba en los diversos eventos a los que asistía, él la trataba con indiferencia. Ella se había convertido en el chisme de la temporada, aunque las murmuraciones se silenciaban cuando ambos se encontraban en una fiesta, o en Hyde Park, en Ascot, e incluso en Kensigton. Ahora, mientras escudriñaba al resto de invitados en la fiesta que daba el marqués de Drayton, escuchó alboroto y dio un paso al frente para ver qué sucedía. Al estar parcialmente oculta por una gran estatua del salón de baile, pudo ver con toda claridad la efusiva felicitación que el resto de invitados le prodigaba a Robert, y que acababa de llegar acompañado de su actual prometida. Tragó con fuerza y siguió mirando. Todos sin excepción reían al mismo tiempo que lo felicitaban con golpes en la espalda. Se moría de ganas por saber qué ocurría. Sin percatarse dio un par de pasos y se tropezó con Lucy Boltons. Una dama regordeta muy cotilla.

—Parece que ha entrado el propio regente al salón.

La robusta mujer se giró hacia ella.

—El regente, no, pero el libertino más crápula de todo Londres, sí.

—Parece que están de celebración. ¿Por qué será? —se preguntó así misma haciendo un gesto con la cabeza hacia Robert y su acompañante que también recibía felicitaciones.

La mujer se encogió de hombros.

—Un chisme demasiado jugoso, de esos que nos gusta tanto a las matronas, y que nos mantiene entretenidas toda la temporada.

Las cejas de ella se alzaron en un perfecto arco.

—¿Además del chisme de romper nuestro compromiso?

La mujer la miró con profunda pena. La ruptura del compromiso de ella había corrido como la pólvora por todos los círculos sociales. Y para sorpresa de todos, la muchacha seguía asistiendo a todos los eventos como si no hubiera sucedido nada. En verdad la joven era muy osada.

—Lo adivinarás tarde o temprano.

Heaven apretó los dientes.

—¡Se casa el flamante y fiel enamorado! —dijo sarcástica.

Lucy optó por guardar silencio, y Heaven decidió regresar a su refugio al lado de la enorme estatua de piedra. A la vista estaba de que no se cansaba de ponerse en evidencia delante de todos, incluso delante de la mujer más chismosa de todo Londres.

—Me maravilla tu autocontrol —le dijo la mujer que seguía mirándola de forma atenta—. A todos nos sorprende lo madura y racional que te muestras en esta situación tan difícil.

Heaven la miró atónita.

—Madura y racional es lo último que me siento —admitió en un susurro.

—Todos pensábamos que no aceptarías ninguna invitación a la que asistiera él.

Heaven apretó los labios con disgusto. Sería lo más lógico ante una situación así: que tratara

de evitarlo, pero si algo caracterizaba su fuerte personalidad, era que no se dejaba achantar por nadie. Era una mujer que había aprendido a endurecer los nervios y a sujetar la impulsividad. Ignoraba que esa forma de tomarse las cosas la hacía parecer ante los demás como una mujer demasiado fría y soberbia.

—No fui yo la que rompí el compromiso entre ambos —le dijo—, no tengo por qué avergonzarme.

—Y todos aplaudimos tu elección, por eso nos asombra el control que tienes para seguir aquí a pesar de todo. —Heaven era la primera sorprendida de continuar hablando con la mujer—. Plantándole cara a la adversidad.

—¿Por qué lo felicitarán? —preguntó para sí misma.

La mujer se mordió ligeramente el labio inferior. Dudó, pero al fin le dio una respuesta.

—Podrías leerlo en la prensa. —Heaven siguió mirándola con suma atención—. Acaban de regresar de Gretna Green, se han casado porque la ha dejado encinta.

Tras escucharla, fue como si la estancia se agrandara y ella se encogiera. Se oscureció todo durante un instante largo...

—Fue la noticia más comentada en los círculos sociales la semana pasada.

¡Ella no había escuchado nada! Y se sintió todavía más llena de ira. A nadie parecía escandalizarle que hubiera dejado embarazada a una mujer soltera, fuera prometida o no.

—Comprendo —dijo al fin.

Lucy sonrió de oreja a oreja.

—¿Ves? A eso me refiero —le dijo con mirada brillante—. Si yo estuviera en tu lugar habría soltado un grito horrendo.

A punto estaba de hacerlo, sin embargo, sacó toda la fuerza de voluntad que pudo, y mostró una fría sonrisa.

—No, no voy a gritar, todo lo contrario —siguió—, voy a darle la enhorabuena que se merece por su reciente matrimonio.

Heaven se adelantó un paso y caminó directa hacia él. Se detuvo un momento para observar el bullicio que había en la fiesta. Giró la cabeza hacia la derecha, y tragó con fuerza antes de dirigirse directamente hacia allí. Sintió que le sujetaban el brazo y la detenían. Era una amiga de su madre.

—Me gustaría hacerte una pregunta.

Heaven parpadeó.

—¿Podemos hablar más tarde? —le preguntó.

La mujer mayor hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tu madre no respondió a mi última invitación.

—¡Lady Montarlot, por favor! —exclamó.

Le parecía inaudito que la interceptara para esa menudencia.

—Estoy preocupada... —la apremió la otra.

Heaven dudó, pero como buena hija que era decidió dejar para después de la cena su desquite personal. Acompañó a la mujer a un rincón, y se dispuso a escucharla. Sabía que era una estrategia para que no hiciera el ridículo. Ahora estaba convencida de que su madre le había pedido que la ayudara, y que le evitara provocar algún escándalo.

Cuando Heaven decidió que ya no quería perder más tiempo con ella, Robert y su flamante esposa se habían marchado de la fiesta. Se había quedado con las ganas de montarle una escena inolvidable. Pero la intervención de la amiga de su madre se lo había impedido. Y ya sentada en su lugar correspondiente en la mesa de comedor, se preguntó si acaso la mujer no perseguía eso:



que dejara de ponerse en evidencia delante de un hombre que había decidido vilipendiarla con sus actos.

\*\*\*\*\*

Heaven había dejado su apartamento para regresar a la casa de sus padres. Su madre se había enterado por su amiga de lo que había pretendido hacer, y tomó medidas drásticas. Ya no le iba a permitir asistir a ninguna fiesta o evento sola. Tampoco le iba a permitir que siguiera abandonándose en el apartamento que había alquilado meses atrás.

Heaven había tratado de felicitar al futuro padre como había pensado, pero Robert no apareció por las siguientes fiestas que se habían organizado en la ciudad de Londres. Seguía sentada frente a su escritorio mirando fijamente la pared. Sentía una sensación de vacío muy dentro de ella, y que se iba convirtiendo en una profunda frialdad. Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. La doncella abrió la puerta y pidió permiso, tras ella venían tres hombres que llevaban numerosos ramos de flores de todos los tamaños y colores.

—Creo que tiene un admirador, milady.

Uno a uno fueron pasando y depositando los ramos por toda la estancia. Como no quedó un lugar vacío en el mobiliario, los siguientes ramos fueron depositados en el suelo. Su alcoba parecía una floristería. El aroma dulzón de las rosas y los jazmines lo inundó todo. El último ramo se lo dejaron en las manos, que era el que traía la tarjeta. Aún antes de abrir el pequeño sobre, Heaven supo de quién era. Sonrió de forma entrañable y les dio las gracias al encargado de la empresa de flores. Sacó la nota y leyó la frase.

*“Me hospedo en el hotel Carlyle.  
¿Tomamos el clásico té de las cinco?”*

—Clare —le dijo a la doncella—, ¿recolocarías las flores por la casa? Son demasiadas para tenerlas todas en mi alcoba.

—¿Todos los ramos?

—Salvo este —le dijo señalando el que sostenía entre las manos—. Pídele ayuda a Alfred y Paul para hacerlo.

Alfred era el mayordomo y Paul el palafrenero.

Heaven miró el reloj de carrillón y comprobó que faltaban cuarenta y cinco minutos para las cinco.

—Pídeme un carruaje, y por favor, cancela las visitas de esta tarde.

—¿Todas? —preguntó la doncella con horror.

Heaven la miró sin poder contener una sonrisa auténtica. La primera en muchas semanas.

\*\*\*\*\*

El carruaje la dejó en la puerta del hotel a las cinco menos cinco minutos. No estaba nerviosa pero sí emocionada pues hacía dos años que no lo veía. Caminó deprisa hacia el vestíbulo del hotel, se paró un instante en el umbral de la puerta, pero antes de que el responsable le preguntaba si podía ayudarla, Heaven lo vio.

El hombre se levantó, y le sonrió. Ella le correspondió. Caminó directamente hacia él sin dejar de sonreír y sin percatarse que dos guardaespaldas la seguían de cerca protegiéndola desde

el mismo momento que hizo su entrada en el bonito y elegante edificio.

—Me alegro mucho de verte —le dijo extendiéndole la mano para saludarlo.

El hombre se la llevó a los labios y la besó con suma galantería.

—No más de lo que me alegro yo —le correspondió.

Heaven observó su perfecto traje hecho a medida por uno de los mejores modistos de Londres.

—Se me hace raro verte vestido a la moda.

—Ello es debido a que viajo de incógnito —le respondió mientras tomaba asiento. Ella ya se había sentado.

Varios guardaespaldas hacían guardia en torno a él. Heaven nunca se acostumbraba a esa particularidad sobre su amigo. Jack FitzRoy, como hijo único del gobernador colonial de Nueva Gales del Sur, su vida había estado en peligro en innumerables ocasiones por detractores a las órdenes que cumplía su padre de Inglaterra.

—Muchas gracias por las flores, son preciosas, aunque excesivas —le agradeció y reprochó al mismo tiempo.

—Me hubiese encantado verte rodeada de ellas.

—Tan adulator como siempre —contestó mientras permitía que le pidiera un té a su gusto.

Se alegraba profundamente de verlo de nuevo.

—Estoy un poco enfadado porque no has respondido a mis mensajes.

Heaven apoyó la espalda y entrecerró los ojos.

—Han sido unas semanas difíciles para mí.

—Lo sé —le dijo—. La noticia corrió como la pólvora en las esferas financieras del uno al otro continente.

—Todavía no lo he superado.

—Si me lo pides, me ocuparé del asunto.

Heaven no le respondió porque el camarero acababa de dejar la bandeja con el té sobre la mesa.

—¿Te quedarás mucho tiempo en Londres?

El hombre de treinta años hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mañana regresó a Nueva Gales del Sur .

—Entonces, te agradezco que hayas hecho un alto para saludarme.

—La tranquilidad es cada día más difícil en esta ciudad.

Heaven le dio el primer sorbo a su té.

—Ese comentario es irrisorio viniendo de ti pues sé que te mueves en círculos muy agitados.

Ella se refería al financiero.

—Siempre me ha gustado tu rapidez mental para responder.

—Soy inteligente.

—Por tus últimas actuaciones, lo dudo.

Heaven estuvo a punto de tirarle el azucarero por burlarse de ella.

—Mi vida ahora no es como la concebí, pero es lo que quería.

—Te diría que lamento la ruptura de tu compromiso, pero sería falso.

Heaven se lamió el labio inferior turbada. Frente a él tenía a un buen amigo. Uno de esos que se hacen en los momentos más inesperados de la vida, pero que resultaban tan valiosos que perduraban en el tiempo.

—Me dejé por otra —admitió bastante dolida—. Esa es la parte más dura y que peor llevo —reconoció—, no se habían enfriado sus promesas, cuando ya se las estaba ofreciendo a otra.

El hombre de cabello castaño y tez tostada por el sol entrecerró los ojos.

—Si lo deseas y me lo pides lo arruinaré financieramente.

Heaven no respondió enseguida, y no porque considerara la oferta, sino porque le hacía sentir bien saber que estaba en su mano arruinar al hombre que le había desgraciado la vida a ella, y que sin embargo ni se planteaba esa posibilidad.

—Tu silencio es muy elocuente —apuntó él.

—Lo superaré —contestó ella.

—Ya lo has superado. Eres una superviviente. La misma mujer que conocí en Bath, ¿recuerdas?

Heaven había visitado el balneario y la ciudad, pero ella no se había conformado con visitar solo la parte turística. Y entre pesquisas e intentos de lograr conocer a varios personajes famosos que disfrutaban de los baños, se cruzó en el camino de un objetivo anarquista.

—Me entristece saber que no soy bienvenida en Bath —afirmó pensativa.

El amigo soltó una carcajada. Juntos habían liado una buena allí, por ese motivo la presencia de ambos estaba vetada en Bath.

—Yo pensaba ofrecerte una proposición de matrimonio.

Heaven estalló en carcajadas. Ese sentido del humor tan directo le resultaba refrescante.

—¿Y con estas van..? —no terminó la frase.

—Hieres mis sentimientos con esa burla inmerecida.

—Eres un buen amigo —le dijo sincera.

Entre los dos se sucedió un silencio pero que en modo alguno resultó incómodo. Él la examinó de forma concienzuda, penetrante tratando de analizarla.

—Me hubiese gustado que respondieras a mis mensajes.

Heaven desvió la mirada. Tras la ruptura con Robert, no había tenido ánimo de hablar con nadie, incluido él.

—Está siendo realmente duro —reiteró con voz cansada—. Me ilusioné con la idea que sería la última mujer en su vida. Y no ha dudado en sustituirme por otra, muy bella he de admitir. Ha aniquilado mi autoestima hasta reducirla a polvo —reconoció humilde—. Hace poco he descubierto que va a ser padre, ¿puedes entenderlo? —preguntó dolida—. Un escándalo como ese, y nadie le cierra las puertas. Sigue asistiendo a fiestas y eventos como si no me hubiera roto el corazón.

El hombre la tomó de la mano y la acarició tratando de infundirle ánimo.

—Dejado en ridículo querrás decir —la corrigió él, pero al ver su rostro compungido, cambió su expresión—. Lamento de veras tu sufrimiento.

—¿Quieres estropear todavía más mi maltrecha reputación? —ella se refería a que la tomara de la mano, y trató de controlarse y no romper a llorar porque se sentía a punto de hacerlo.

Le había expresado a él la espina más dolorosa de su relación.

—Eres la única persona que logra hacerme olvidar la rigidez de Inglaterra, sus estrechas miras y su hipocresía —contestó amable—, además, soy de Nueva Gales del Sur, tomarte de la mano en este mal momento para ti me parece un gesto normal, y que considero natural entre buenos amigos.

—Tengo que confesarte algo —comenzó ella—, en estos cuatro meses es la primera vez que me siento bien, y todo gracias a ti.

El hombre cruzó una pierna sobre la otra de forma tan elegante que Heaven soltó un suspiro. Jack era la elegancia personificada. Culto, atento, y miraba de una forma tan directa y acariciante que la ponía nerviosa.

—Me alegra mucho saber que te hago sentir así de bien.

—No seas presumido... —no terminó la frase.

—Mi familia está en deuda contigo, yo estoy en deuda contigo —le recordó él—, y todavía no te hemos pagado porque no nos lo permites —aseveró.

—Ni voy a hacerlo porque en el momento que lo haga perderíamos esta amistad que valoro tanto.

El hombre alzó una mano, y, sin pronunciar palabra, logró que tres camareros se acercaran a la mesa que compartían.

—Por favor —pidió—, una botella de champán frío.

Lo miró incrédula.

—¡Jack, son las cinco y media de la tarde! —exclamó atónita por su pedido.

—Una hora perfecta para celebrar tu liberación.

¿Por qué motivo había utilizado su amigo la misma palabra para referirse a su ruptura sentimental que la que había utilizado su madre?

—Eres incorregible.

—Eres la mujer de mi vida, salvo que todavía no te has dado cuenta de ello.

Heaven rio de forma sincera. La visita inesperada de Jack le provocaba un bienestar como no conocía en semanas.

—No me tientes, Jack, no me tientes.

Las siguientes horas las pasó entre risas, y con el hombre más enigmático y atractivo de cuantos había conocido.

## CAPÍTULO 4

Unos sonidos insistentes en la puerta de su alcoba la despertaron. Heaven encendió la lámpara de gas, y, al tratar de alzar la cabeza, sintió un latigazo. Había bebido demasiado champán y no estaba acostumbrada. Se había retirado hacía apenas tres horas. El reloj de la mesilla marcaba las cinco de la madrugada.

—¿Qué sucede? —logró decir al mismo tiempo que carraspeaba para aclararse la voz.

Al otro lado de la puerta estaba su madre desecha en llanto. Apenas lograba entenderla. Se sentó sobre el colchón preocupada al escucharla.

—Cálmate, mamá.

Pero no pudo entender nada de lo que le decía hasta que su padre le comunicó la triste noticia: su abuelo había muerto tras un infarto fulminante.

Heaven respetó la seriedad de la noticia pero pensó que sus padres podrían haber esperado a la mañana para comunicársela.

—Hablaremos en el salón —le dijo el padre.

—Está bien, bajaré enseguida.

Tanto apremio la ponía nerviosa porque ella no conocía a su bisabuelo, ni tampoco la urgencia de sus padres al pedirle que se reuniera con ellos en el salón. Se vistió con lo primero que pilló, le dolía la cabeza, y solo tenía ganas de estar tumbada en posición horizontal.

Cuando cruzó la puerta del salón, su madre seguía llorando sin tregua. Su padre estaba más serio de lo normal. Heaven aceptó el té caliente que le ofreció.

—Tienes mala cara —le dijo sin dejar de mirarla.

—Estuve hasta muy tarde de celebración.

Su madre hipó y la miró atónita. ¿De celebración? Si todavía lloraba la ruptura con el libertino.

—Tienes que ir a Elgin.

Escuchó a su padre como si le hablara en otro idioma.

—¿Por qué? —preguntó al mismo tiempo que bebía un sorbo de té.

Estaba tan caliente que se quemó la lengua.

—Para la lectura del testamento —le explicó Frank.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros en el testamento? —preguntó incrédula.

Su madre la miró con censura en sus ojos.

—Era tu bisabuelo —le recordó su padre con voz seria.

—Pero no lo conocía —agregó—, además, no puedo irme, no sé donde está ese lugar.

Su padre le hizo entrega de un telegrama con carácter urgente.

—¿Qué significa esto?

—Léelo, es importante.

Heaven, así lo hizo. El telegrama había sido enviado por el abogado de su bisabuelo donde se la requería para la lectura del testamento que se iba a celebrar tras su llegada.

—Dice que tengo que estar presente en su lectura —les dijo muy sorprendida—. Que es un requisito legal que no puedo eludir.

Su madre volvió a estallar en llanto.

—Mamá, por favor, ¡si te desheredó!

Su madre se sonó la nariz, se aclaró la garganta, y la miró con cierto reproche. Heaven había olvidado lo sentimental que se mostraba su madre para asuntos de la familia, aunque no importara la distancia que existía entre Inglaterra y Escocia.

—Tu bisabuelo era el único familiar que me quedaba.

Heaven conocía toda la historia.

—Te recuerdo que nunca quiso visitarnos —le dijo a la madre.

—Pero sé que me quiso aunque no lo demostrara —le informó Susan.

—No puedo viajar ahora a Escocia —les comunicó a sus padres que la miraban con atención.

—¿Qué te retiene? —le preguntó Frank Woodward muy serio.

La madre decidió intervenir.

—Será solo una semana. Puedes coger un barco desde Dover que te llevará a Kingston, y desde allí tomarás un carruaje de alquiler hasta Elgin.

Heaven la miró asombrada.

—No podré hacer una reserva tan pronto en un viaje tan largo.

—Ya hice la reserva en tu nombre —le advirtió el padre.

—¿Pretendéis que me vaya sola a Escocia?

—No hemos podido encontrar camarote para nosotros en el mismo barco que tomarás tú —le explico el padre—. Hemos reservado otro pasaje para la próxima semana.

—No deseo ir sola.

—No puedo dejar los asuntos de mi trabajo sin preparación —contestó el padre.

—¿Me lo estáis diciendo en serio?

Su padre la miró severo.

—Nada te retiene aquí.

—Tu padre tiene varios juicios pendientes desde hoy hasta la próxima semana —apuntó la madre.

El dolor de cabeza aumentaba a un ritmo vertiginoso, pero su madre tenía razón. Su padre era un prestigioso juez con una responsabilidad que no podía delegar, todo lo contrario de ella.

—Podrías acompañarme, mamá.

Para ellos resultó claro que Heaven no quería hacer el viaje sola.

—¿Y qué voy a hacer con mis niños? —le preguntó aunque de forma retórica—. El orfanato no puede buscarme una sustituta de un día para otro, lo sabes —Heaven soltó un suspiro largo y profundo—. Además, tú eres la citada en la lectura del testamento.

En ese momento su madre parecía resentida con su abuelo.

—Pero viajar a Escocia en este momento me resulta inoportuno.

—Sería bueno para ti —le dijo el padre—. Nuevos aires para superar la ruptura.

Ese había sido un golpe bajo.

—Piénsalo, querida, se te ofrece la maravillosa oportunidad de poner tierra de por medio.

—Será poco tiempo —les recordó—, y nadie se recupera de una ruptura así.

—¿Y no te gustaría unas largas vacaciones en el norte de Escocia? ¿Estar en otro lugar cuando ese cretino exhiba en todos los lugares a su retoño?

Esas palabras se le clavaron como dardos, pero mantenerse lejos tanto tiempo no entraba dentro de sus planes.

—¿A qué hora sale el barco?

*Elgin, Tierras Altas, Escocia*

La sala se mantenía en silencio en espera de la llegada del abogado. Tras los cristales la lluvia caía de forma incesante, y las frías gotas de agua golpeaban el vidrio con un sonido ahogado, además envolvían la claridad del día con un espeso manto gris. El peculiar ruido comenzaba a ponerla nerviosa. El mobiliario era oscuro y sobrio. Heaven miró la estancia con suma atención. No había nadie más que ella, y esa circunstancia la puso nerviosa.

La entrada del hombre enjuto hizo que se levantara de un salto, y lo saludó con corrección. El hombre correspondió con un fuerte apretón de manos.

—Siéntese, señorita Woodward.

Así lo hizo. El hombre dio apertura al acto con el secretario asistiéndolo.

—¿No asistirá nadie más? —preguntó curiosa.

—Su bisabuelo así lo estipuló —dijo el abogado con voz grave.

Heaven pensó que eso no era del todo justo, estaba su madre y algunos primos lejanos que podrían haber estado presentes, sin embargo, no dijo nada. Se mantuvo en silencio el tiempo que duró la lectura. Cuando concluyó se sentía completamente estupefacta.

—¿He entendido bien? —preguntó con tono asombrado.

—Es usted la dueña de su vivienda en Elgin, de una casa en Edimburgo, y es la propietaria de Birdwhistle —seguía completamente anonadada—. Es una de las mejores bodegas de whisky de Escocia.

Ella se preguntó qué podría hacer con una bodega.

—¿Puedo renunciar?

—¿Desea hacerlo?

—Me gustaría renunciar a una parte de la herencia.

—Su abuelo redactó el testamento de tal forma que no podrá renunciar a una parte de la herencia.

Ella había pensado aceptar las dos viviendas para venderlas después, pero ello significaría aceptar también la herencia de la bodega, valoró que de las tres herencias recibidas esa era la que menos le importaba y la que consideraba con menos valor.

—También le ha dejado la totalidad de su efectivo que asciende a diez mil libras —esa era una cifra nada despreciable—. Es usted una bisnieta afortunada.

Heaven se ruborizó porque no había concluido la lectura, y ella ya estaba pensando en vender la herencia recibida.

—¿Y no le ha dejado nada a mi madre? ¡Inaudito!

El hombre hizo un encogimiento de hombros.

—Solo ha puesto una condición, ¿la recuerda? —había estado tan centrada en menudencias que no se había percatado de lo que el abogado le decía—, para aceptar la herencia deberá establecerse un tiempo en Elgin.

Ella parpadeó con asombro.

—Pensaba aceptar la herencia y vender las propiedades después —admitió sonrojada.

—No podrá hacerlo, su bisabuelo incluyó una cláusula un mes antes de morir donde establecía que si aceptaba la herencia debería permanecer al menos un año en Escocia.

Eso era impensable. Ella no podía dejar Londres. Su bisabuelo debía estar loco al sugerir algo así.

—Renuncio a la herencia —afirmó sin pensárselo.

El abogado alzó una ceja sorprendido.

—¿Está segura? —preguntó nada convencido de la respuesta de ella—. Si sumamos el valor de las dos propiedades de su bisabuelo, la de Edimburgo y la de Elgin, más el efectivo, la suma



total asciende a ciento cincuenta mil libras. —Heaven se quedó pasmada. ¿Había dicho ciento cincuenta mil libras?—. Pero de la herencia, lo que más valor sentimental tenía para su abuelo, era su bodega de whisky.

Apenas podía decir nada.

—¿Y qué puedo hacer con una bodega? —preguntó sin creérselo todavía.

Si vendía la bodega y las dos casas podría obtener el dinero suficiente para comprarle a Robert su parte de Claremont.

—La bodega que su bisabuelo mandó construir no es muy grande, pero es la mejor de todas las Highlands.

Heaven necesitaba masticar la noticia despacio. Su abuelo le había dejado una herencia jugosa que podría vender en un año. Solo tenía que esperar doce meses, y convencer a Robert de que esperase.

—¿Por qué querría mi bisabuelo que me quedase en Elgin durante todo un año? —la pregunta se la hizo así misma.

—Tendría sus razones —contestó el otro.

—¿Y por qué no las expuso en el testamento? Me hubiese gustado conocerlas.

—Puedo imaginar que su bisabuelo no creía que vendiera de forma tan rápida la herencia que le deja.

—Es la primera vez que estoy en Elgin, bueno, en realidad en Escocia.

El abogado la miró con visible interés.

—¿Acepta entonces la herencia? —a Heaven le pareció que el abogado se involucraba demasiado en su decisión. Casi parecía que la empujaba a aceptarla—. Era íntimo amigo de su bisabuelo —le explicó al comprender la expresión de ella—. Le asesoraba en sus negocios en Escocia.

—¿Tenía otros negocios?

—Los vendió hace muchos años para construir la bodega.

Heaven pensó que su bisabuelo debía de haber sido un hombre bastante peculiar.

—Tengo que regresar a Inglaterra —le dijo—. Si decido aceptar la herencia, deberé establecerme aquí, y tengo que formalizar muchos papeles.

El abogado asintió.

—¿Dónde se hospeda? —le preguntó al mismo tiempo que sacaba unas llaves de uno de los cajones de su enorme escritorio de caoba.

—En la posada de Bertie —respondió.

—Como buen amigo de su bisabuelo, le guardaba un juego de llaves de su casa —se las tendió con rostro serio—. Puede hospedarse allí. Estará mucho más cómoda mientras formalizo todos los documentos legales.

Heaven sonrió. El abogado daba por hecho que se quedaba con la herencia. Tomó las llaves decidida.

—Si lo desea, le puedo pedir un carruaje.

Ella le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Voy a cambiar el pasaje de regreso —le explicó—. Tengo que arreglar asuntos allí antes de instalarme en mi nueva casa.

## CAPÍTULO 5

Heaven logró cambiar su billete de barco y regresó antes de que sus padres emprendieran el viaje a Escocia, pero se llevó una monumental sorpresa cuando regresó y se enteró que Robert había vendido Claremont Hall en su ausencia y sin consultarle. Sin pensarlo una sola vez, le ordenó al cochero que se dirigiera a Downing Street donde vivía. Una vez allí, y precedida por el mayordomo, fue directa al despacho de Robert e hizo lo que ansiaba durante más de cuatro meses, pegó un portazo que llamó la atención de todo el personal de la casa.

—Eres un desgraciado —le espetó con amargura.

Robert seguía sentado en la silla sin inmutarse por el insulto.

—No pude localizarte para avisarte.

—Un desgraciado y un mentiroso —lo insultó.

—Te recuerdo que la mitad de la casa era mía.

Esa era una verdad indiscutible.

—Solo necesitaba un poco de tiempo para reunir el dinero para comprarte tu parte, y ya lo tengo.

Robert sabía que eso no era cierto. Un mes después de romper con ella le había advertido que pensaba venderla, y sabía que ella no disponía del dinero para comprarle su parte.

—Salió la oportunidad y no lo pensé —contestó con voz seca.

—¡Pero la casa también era mía! —le increpó llena de furia.

—Lamento que hayamos llegado a este punto, pero te quiero fuera de mi vida para siempre, y no iba a mantener una propiedad precisamente contigo.

Heaven soltó el aire como si le hubieran golpeado las costillas.

—¡Ya estoy fuera de tu vida! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas.

Pero no era el único golpe que Robert había preparado para ella.

—Te daré tu parte del dinero menos los gastos que he tenido que pagar al venderla.

Necesitaba sentarse ante lo que oía.

—No puedes hacer eso —el silencio de él fue muy significativo—. ¿A quién se la has vendido?

—Al conde de Scunthorpe.

Heaven maldijo por lo bajo. Esa era la peor traición que podía cometer Robert.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz.

Y Robert le propinó otro golpe más.

—Porque te quiero fuera de mi vida y de mi círculo cuanto antes.

Heaven sentía una ira destructiva. Robert había vendido la casa.

—¿Por qué? —insistió.

—Sabes que no hace falta ninguna explicación por mi parte.

—Te desprecio —le dijo con los ojos reducidos a una línea—. Que me abandonaras por otra no me dolió tanto como esta traición, pero pienso hacer lo que me juré a mí misma que nunca haría cuando acepté tus atenciones —le espetó sumamente dolida—. Aceptar la ayuda que mi padre me ofreció.

Robert la miró con desprecio. Los padres de ella no habían aceptado el compromiso entre ambos, pero Heaven era mayor de edad y había actuado a espaldas de ellos. Debido a su posición

firme, el padre de ella no había intervenido. Frank Woodward podía presentarle dificultades, pero él podría hacerle frente.

—Si fueras una mujer madura, aceptarías nuestra ruptura, y que no deseo tener nada más contigo —le dijo sin dejar de mirarla—. Tengo enfrente a la mujer más vengativa de todas.

Que la acusara de ser vengativa era el colmo de la desfachatez.

—No soy yo quién te ha engañado con otro, ni he vendido de mala fe la casa que adorabas... —sentía que se ahogaba.

—Era una maldita casa —le dijo él con voz hastiada.

—¡No te reconozco! —exclamó herida y comprendiendo demasiadas cosas que antes no veía en él—. Esa casa era el sueño de mi vida —las palabras de ella quemaban—. Adquirirla era una oportunidad en la vida —Heaven había dado justo en el clavo—. Eres un maldito bastardo.

—Me dedico a los negocios —reiteró—. Y no he perdido mucho por la venta porque me urgía deshacerme de ella.

—Puedo hacer de tu vida un infierno, y me sorprende que no te hayas dado cuenta todavía de lo peligrosa que puedo llegar a ser si me provocas.

—No acepto muy bien las amenazas —le contestó con voz dura—, y menos viniendo de ti.

Robert le mostraba el terrible hombre que era. ¿Cómo había estado tan ciega!

—Yo no era una amenaza para ti —casi le gritó—. Simplemente quería compartir mi vida contigo. Amarte... envejecer a tu lado.

—No te envuelvas en dramatismo, por favor, pues ambos sabemos que eso no es del todo cierto. No hagas una escena que solo te perjudicará.

Ganas no le faltaban de hacer una escena. Todo por lo que había luchado se esfumaba como humo.

—Eras mi vida —confesó en voz baja.

Robert sonrió de forma sarcástica.

—Permíteme que lo dude.

Robert se refería a la pasión que había puesto por una maldita casa y no por él. Cada vez estaba más convencido, que si lo había aceptado, era para poder adquirirla.

—Yo te quería...

—Y yo quería a mi lado a una mujer femenina y cálida, pero detesto con toda mi alma lo frígida que eres —Heaven contuvo un jadeo de ofensa—. Fría, perfecta como florero, pero no para compartir la cama.

Las palabras de Robert se le clavaban como dardos envenenados, y por eso lo abofeteó.

—Eres un cabrón.

Robert no había variado su postura desde que ella lo había enfrentado.

Ya no se dijeron nada más. Heaven salió de la vida de Robert con el alma por los suelos.

\*\*\*\*\*

Heaven, ese preciso momento, se encontraba frente a la ventana del salón mirando la calle y tomando un té. Desde hacía varios días se sentía indispuesta, aunque era consciente que se debía a los disgustos de las últimas semanas.

—No nos has contado qué tal te fue en Elgin. —La voz de su padre hizo que se girara rápido hacia él—. ¿La lectura del testamento fue como esperabas?

Frank Woodward tomó asiento en el sillón de piel al lado de ella. Heaven lo imitó. Tomó asiento en el sofá.

—Si acepto la herencia seré una mujer rica —le contestó.

Su padre alzó las cejas con un interrogante.

—Te escucho.

Ella se bebió el té de un trago pues se le había enfriado en las manos. Miró el fondo de la taza de porcelana como si esperara que los posos le revelaran su futuro incierto.

—El bisabuelo me ha dejado su vivienda en Elgin, otra casa en Edimburgo, y diez mil libras.

El padre silbó admirado.

—Creo que te vendrá bien ese dinero.

Heaven no le había contado nada de lo que le había sucedido un par de días atrás.

—Pero lo más sorprendente de todo, papá, es que me ha dejado una bodega de whisky — Frank se quedó mudo por la sorpresa—. Si acepto la herencia, tendré que vivir un año en Elgin.

El padre volvió a silbar.

—¿Y qué piensas hacer?

La mujer no contestó de inmediato. Se tomó su tiempo mientras respiraba de forma profunda y triste.

—No lo sé.

—Entiendo que no quieras dejar toda tu vida aquí en Londres.

Heaven se percató que su padre ignoraba por completo la debacle de su vida personal. Se armó de valor para confesarle la puñalada que había recibido de la persona que había amado.

—Robert no solo rompió nuestro compromiso y me echó de su vida, sino que vendió Claremont Hall sin consultarme, y puse en esa casa la herencia del abuelo —le explicó.

El rostro del padre se endureció.

—Te lo advertí —le recordó.

—Actué de forma precipitada —admitió la hija.

—Yo te podría haber dado su parte para que tuvieras la totalidad de la casa.

Heaven soltó el aire de golpe y miró a su padre de forma directa.

—Robert no quería venderme su parte. —Su padre seguía sin comprenderla—. Ahora he comprendido que nunca me ha querido, pero estaba ciega y trataba de recuperarlo, y por eso me puse en evidencia con él en varias ocasiones.

Heaven le explicó a su padre las veces que lo había buscado y enfrentado tanto en fiestas como en lugares determinados.

—¿Esta persona que me habla es la hija que he educado?

Heaven estaba terriblemente mortificada

—Vender Claremont Hall ha sido su forma de vengarse.

Frank tenía otra opinión al respecto.

—Vender la casa era lo lógico ante la ruptura del compromiso.

—Lo sé —admitió cabizbaja.

—Has tomado una serie de decisiones equivocadas.

—Quería casarme con Robert, y quería vivir en esa casa.

El padre podía entender la desilusión de la hija.

—Lo siento, pequeña —Frank se mostraba sincero en su condolencia.

Heaven no quería llorar más porque llevaba demasiado tiempo haciéndolo.

—Perderé buena parte de la herencia del abuelo porque confié en Robert.

—Admito que te ha hecho una buena jugada —dijo el juez—. Pero no pienso quedarme de brazos cruzados.

—El daño ya está hecho —susurró la hija.

El padre tenía influencias y sabía cómo obtener información. Se había mantenido al margen de las decisiones de ella porque así se lo había pedido, pero tras conocer la ruptura, ese muro que lo contenía, se había venido abajo.

Entre padre e hija se suscitó un silencio largo.

—No esperaba esto de Robert —confesó ella en un susurro.

No se merecía las otras acusaciones injustas y que no pensaba compartir con su padre. Ella no era una mujer frígida, simplemente sabía controlar sus deseos porque era una mujer decente. Todavía le hería en lo más hondo su acusación.

—¿Aceptarás la herencia de tu bisabuelo materno?

—Necesito alejarme un tiempo de aquí —reconoció vencida—. Y creo que es la mejor opción.

—Siempre tan práctica —contestó el padre admirado por el control de su hija sobre los asuntos adversos.

Conocía muy pocas mujeres con esa fuerza de voluntad.

—Pero no quiero estar lejos de vosotros.

—Tu madre y yo iremos a verte a menudo. Siempre me ha atraído la idea de visitar Escocia. —Heaven soltó un suspiro cansado—. ¿Dueña de una bodega de Whisky? —preguntó sin poder contener una sonrisa a pesar de lo serio de la situación.

—Yo puse la misma cara cuando finalizó la lectura del testamento.

—¿Whisky? —volvió a preguntar el padre aunque de forma retórica.

—¡No entiendo nada de whisky! —exclamó con un tono derrotista.

—Sería interesante ver cómo te desenvuelves en ese cargo.

—Ufff —fue lo único que respondió Heaven al comentario de su padre.

—Tu madre y yo no hemos cancelado los pasajes a Escocia.

Heaven sonrió a su padre.

—Entonces, nos veremos en Elgin...

## CAPÍTULO 6

Las semanas que había pasado Heaven en Escocia, se sumergió en una actividad frenética. La llegada de sus padres le supuso un inmenso alivio, aunque tuvo que soportar el llanto de su madre cuando visitó, no solo la tumba de su abuelo, sino la de sus padres. Ella se había instalado en la confortable casa que era más grande de lo que había imaginado en un principio. Su padre le ayudó a abrirse una cuenta bancaria, aunque le aconsejó que no cancelara la que tenía abierta en Londres. Que sus padres estuvieran con ella en Elgin era una gran ventaja que aprovechó al máximo. Gracias a su padre pudo formalizar de forma mucho más fluida el traspaso de propiedades a su nombre. Se dedicó a conocer los alrededores que le parecieron muy bonitos, si bien no se terminaba de acostumbrar a la forma introvertida y al carácter huraño de los escoceses.

Con la ayuda de su madre renovó las cortinas de la soleada casa de techos altos que daba a un bonito jardín. Heaven pronto aprendió que el bonito jardín pertenecía a la parroquia, y que contenía un antiguo cementerio. Conocer ese detalle en particular, no le gustó mucho, pero todo comenzaba a encauzarse para ella.

—¿Pero dónde vas así de guapa? —la pregunta la hizo girarse de golpe.

Su padre la miraba de forma tierna.

—Voy a espiar...

Arrugó el ceño al escucharla. Su hija iba vestida con un precioso vestido de muselina verde.

—¿Cómo puedes lucir tan bien? —Heaven hizo un encogimiento de hombros bastante despreocupado—. Me alegro de que hayas sacado la elegancia de tu madre y no la mía.

Heaven le sonrió a su padre.

—Pero detesto que seas pelirrojo —criticó mientras trataba de mantener el rebelde cabello en su sitio.

—Eso es por mi herencia irlandesa.

—Los irlandeses son morenos.

—Siempre hay excepciones, y yo soy una —Heaven cogió la fina capa que hacía juego con los zapatos y el ridículo—. Y, tú, otra.

Heaven detestaba su cabellera pelirroja porque iba acompañada de cientos de pecas que lograba disimular a duras penas con polvos de arroz.

—No me gustaría que te enfriaras —le dijo el padre.

—No lo creo —le respondió.

—Esto es Elgin, el tiempo puede cambiar de un momento a otro.

—No te preocupes...

—¿Qué piensas espiar?

Heaven pensó que su padre era demasiado curioso.

—Quiero observar a los hombres que debo dirigir en la bodega para saber a lo que me enfrento en las próximas semanas.

Frank soltó una carcajada.

—Me alegra que hayas decidido hacerte cargo —Heaven caminó hacia su padre y le dio un rápido beso en la mejilla—. ¿Y dónde piensas espiarlos?

—Me han ha dicho que esta noche están de celebración en un mesón donde sirven el mejor

estofado de cazador —Heaven seguía mirando a su padre con suma atención—. Quiero hacerme una idea antes de presentarme a ellos como la nueva dueña de Birdwhistle.

Ese era el nombre de la bodega.

Se guardó que la información se la había dado el secretario del abogado que se había ocupado de gestionarle todo el papeleo legal que su padre no había podido resolver por no tener competencias en Escocia.

—Siempre buscando la ventaja —le dijo el padre. Ella sonrió pícara—. Te acompañaría, pero no lo creo prudente.

—Ya me conoces —respondió ella—. Nunca me arriesgo de forma innecesaria. Y si los veo sin la presión de mi cargo, será mucho mejor.

—Si no nos encuentras aquí cuando regreses, no te preocupes. Tu madre y yo estaremos de paseo por el campo.

Heaven se sentía feliz por su madre. Por primera vez en su vida podía hablar en gaélico y disfrutar de unos días de descanso alejada del bullicio de Londres. Se despidió de su padre, y salió de la vivienda.

La velada en el mesón resultó bastante peculiar. Por lo que había podido observar, otra bodega también había decidido sumarse a la celebración, porque era indudable que celebraban algo. Heaven tenía que agradecerle al secretario del abogado que le hubiera conseguido una reserva porque, viendo el ambiente y la gente que había allí reunida, ella jamás habría conseguido una mesa. La sala era grande, un poco ruidosa, e igual de grandes eran las mesas y las raciones. Todo tenía un cierto aire de exceso, pero la comida estaba rica, aunque pesada. Cocinada sin las sutilezas de los sitios que ella disfrutaba tanto en Londres.

Y se quedó con las ganas de conocer a los hombres que tendría que dirigir porque no acudieron a la cena en el mesón. Había perdido el tiempo.

Heaven no era consciente, pero desde el otro extremo de la sala donde estaba ella, unos ojos penetrantes, no se perdían detalle de los gestos que hacía, ni de la forma en la que lo escudriñaba todo. Heaven resaltaba en ese lugar de machos alfa como una mosca en un plato de leche. Había algunas mujeres cenando con sus esposos, pero se mantenían ajenas a todo.

Descorazonada y cansada pagó la cuenta y se dispuso a marcharse. Quiso la mala suerte que lloviera a mares cuando salió del local. Miró con pena el vuelo de su vestido y sus preciosos zapatos entelados, y sobre todo la ausencia de paraguas. ¿Se podía comenzar peor una nueva vida?

Por la calle venía un carruaje de alquiler, ella vio el farolillo encendido al mismo tiempo que disminuía la velocidad, y sus ojos se fijaron en el hombre que esperaba bajo un paraguas negro. Ella no era tan atrevida, pero no quería empaparse, dudó durante varios minutos, pero Heaven ya no era la misma mujer despechada de antes, había comenzado una vida nueva, y por eso ni se lo pensó: corrió los pasos que la separaban de él, y se metió bajo la protección del paraguas al mismo tiempo que se agarraba al fuerte brazo para mantener el equilibrio. El hombre no se lo esperaba, y se sorprendió, pero ella le ofreció la sonrisa más encantadora de su repertorio.

—Disculpe mi atrevimiento, pero es que llueve mucho y no quería mojarme demasiado —se excusó.

Heaven observó al hombre durante unos segundos. Era muy atractivo: de cabellos negros y ojos intensamente azules. Vestía de forma elegante, aunque no podía precisar la edad que tenía. El carruaje se había parado frente a ellos, pero el desconocido no podía apartar los ojos del rostro de ella.

—Muchas gracias, nunca olvidaré que es un auténtico caballero.



Heaven siguió otro impulso, se puso de puntillas, y le plantó un beso en la mejilla de agradecimiento, un segundo después corrió hacia el carruaje, y se metió dentro.

Alexander seguía perplejo por ese torbellino que lo había zarandeado envuelto en perfume de rosas. La mujer más guapa que había visto nunca le había robado el carruaje. Sin poder evitarlo, comenzó a reír. La mujer que se había apoderado del carruaje que él había pedido, era la misma que había estado observado en el mesón. Le extrañó que una mujer como ella cenara sola, pero su forma de observarlo todo tan minuciosamente, le provocó un interés desconocido hasta ese momento.

Regresó de nuevo al mesón para que el mozo le buscara otro carruaje, y mientras esperaba, siguió pensando en la misteriosa mujer que se había refugiado bajo su paraguas y lo había besado de forma espontánea.

Era una verdadera pena que no la volviera a ver.

### *Bodega y destilería Birdwhistle, Elgin, Escocia*

Si eso era una bodega...

Al menos los alrededores eran amplios. Las dimensiones le parecieron pequeñas comparadas con otras bodegas de Inglaterra, pero ella no entendía de destilación, y por eso escuchaba atentamente las breves explicaciones del encargado. Todo estaba bastante viejo. Hacía falta una buena remodelación.

Le había costado localizar al encargado porque no había atendido ninguno de sus mensajes, y, viendo la desgana que mostraba en ese momento al enseñarle la destilería, entendió su acritud. Michael Penn se había llevado una desagradable sorpresa al conocer que la nueva jefa era alguien sin experiencia. Mujer, y sassenach.

—No es un oficio para damas —le dijo el encargado.

Heaven no estaba acostumbrada a que le hablaran de forma tan seca.

—No tengo intención de responder a ese comentario —respondió con tono ofendido.

El encargado se giró hacia ella brusco.

—Esto es inaudito, impensable... —bajó sus ojos por el vestido de vuelo de ella. Esa mujer entendía de moda pero no de whisky.

Continuó caminado sin comprobar si ella lo seguía.

—¿Qué se espera de mí? —inquirió muy interesada.

El hombre masculló como si la pregunta lo hubiera ofendido.

—En primer lugar reunir al encargado, destilador, segadores, catadores...

—Entiendo —contestó ella, pero no era cierto.

—Por cierto, usted es el Presidente, Vicepresidente, el Secretario y el Tesorero —Heaven parpadeó confundida—. Douglas McBird se encargaba de todo.

—¿Por qué mi bisabuelo no contrató a personas calificadas para los puestos?

La pregunta había sido formulada para sí misma.

—Porque contratar a gente calificada significa un gasto excesivo de dinero.

—Entiendo.

—Su bisabuelo, que San Andrés lo tenga en su gloria —continuó el hombre de rostro enjuto y malhumorado—, se encargaba de suscribir todos los documentos, salarios, así como los libros de registro. Resolvía los casos urgentes. Nombraba y renovaba el personal de empleados. Velaba por el debido funcionamiento de la bodega... —el encargado comprobó la cara de susto que se le quedó a ella.

Heaven carraspeó y tensó la espalda.

—Por supuesto —aceptó envarada.

Heaven se dijo que el encargado trataba de asustarla con las obligaciones.

—Le haré llegar todo el papeleo.

Esas palabras le sonaron amenazantes, pero mantuvo silencio y la templanza que la caracterizaba.

—Se lo agradezco —le dijo.

—Por cierto —continuó el encargado—, los jornaleros lleva tres meses sin cobrar.

Eso sí que no se lo esperaba.

—¿Mi bisabuelo no respetaba los tiempos de pagos?

—Su abuelo cayó enfermo hace mucho tiempo...

No hizo falta que le explicara nada más. Douglas McBird había sufrido un ataque que lo mantuvo en cama mucho tiempo, después sufrió un infarto que le provocó la muerte. Heaven había descubierto que fumaba en pipa desde que tenía diecisiete años, y que su vida en las Tierras Altas había sido muy dura. Había acumulado un dinero considerable vendiendo su whisky, y lo había invertido en agrandar la bodega y la destilería.

—Pondré al día los pagos —afirmó rotunda.

—A mí se me debe cuatro meses de sueldo —le espetó hosco.

Heaven estaba cansada de tanta animadversión por parte del encargado.

—Cobraré los sueldos pendientes en el momento que me ponga al día con todas y cada una de las facturas.

El encargado gruñó, y ella estuvo a punto de mandarlo al diablo. Habían comenzado muy mal, y esa forma de hacerle ver que no la soportaba, rayaba la grosería.

—El whisky es un mundo de hombres —le recordó el encargado.

—Pero ahora mismo Birdwhistle tiene una nueva dueña, y, ¡oh, sorpresa, soy yo!

—Que San Andrés nos coja confesados...

De verdad que estaba perdiendo la paciencia.

—Trataré de hacerlo lo mejor posible.

El hombre hizo un gesto negativo bastante significativo con la cabeza.

—Si quiere un consejo...

Ella no le dejó terminar.

—¿Piensa que lo necesito?

—Si no desea quedarse sin jornaleros, creo que sí.

La amenaza velada la detuvo de golpe.

—Entonces, dígame, soy toda oídos.

El encargado debía rondar los sesenta años y tenía sobrepeso. La miró con los ojos reducidos a una línea, y carraspeó como si le costara encontrar las palabras adecuadas.

—Evite que los jornaleros sepan que es la dueña de Birdwhistle.

Heaven se dijo que el hombre se estaba esmerando en hacerle sentir mal.

—¿Por qué?

—Porque es una sassenach. —Heaven puso cara de no comprender lo que trataba de decirle—. El whisky es muy supersticioso... —pensó que el encargado había descargado toda la artillería, pero se equivocó—, y no pienso permitir que gafe Birdwhistle.

¿La había llamado gafe? ¡No podía creerlo!

## CAPÍTULO 7

Ponerse al día con los pagos le había costado casi toda la herencia que le había dejado su bisabuelo. Heaven se quedó sin dinero en el banco. Cuando conoció por fin al conjunto de jornaleros, su ánimo barrió el suelo. Ellos no sabían quién era ella pues se mantenía junto al resto de personalidades convocadas en esa tarde porque Birdwhistle había sido elegida junto a otra bodega de la misma zona, la Halfenaked, por una empresa estadounidense, la más importante del mundo. Pretendían exportar whisky escocés en grandes cantidades. Las ganancias podrían ser cuantiosas, y ella estaba convencida de que podían ganarle a la bodega rival. Mientras observaba a los jornaleros, se dijo que no parecían trabajadores sino un grupo de hombres que se dedicaban a la camaradería. El encargado se limitaba a contestar las preguntas de los convocados a la rueda de prensa. Siguiendo la sugerencia del encargado, había decidido mantenerse en un segundo plano y no hacerles saber a los trabajadores que ahora la dueña de Birdwhistle era una mujer y forastera.

Poco a poco el dolor por la traición de Robert fue disminuyendo en su corazón. Ahora no deseaba estrangularlo, todo lo contrario, solo deseaba que en su próxima vida se reencarnara en paja de establo para caballos. Y se propuso disfrutar el año que tendría que pasar en Elgin, además le pareció un bonito lugar.

Cuando contempló al atuendo de su madre, sonrió con cariño. El vestido azul oscuro le sentaba muy bien. Tenía una genética estupenda porque apenas tenía arrugas en el rostro, ni canas en el cabello.

—¿Todavía no te has vestido? —le preguntó la madre.

Heaven estaba acostumbrándose a no correr tanto, y le gustaba.

—No sé si me apetece salir a cenar con vosotros —respondió con duda en la voz.

—Tu padre ha reservado una mesa para los tres en el mejor mesón de Elgin.

—Ya sabes lo que pienso con respecto a comer haggis —soltó la hija.

Susan chasqueó la lengua en un gesto casi idéntico al que solía hacer su hija cuando algo le fastidiaba.

—Buena falta le hace a ese cuerpo varios platos de haggis.

—Ya hablas como una nativa —le dijo la hija, y era cierto.

En el tiempo que su madre llevaba en Elgin, su acento londinense casi había desaparecido, todo lo contrario de ella que sentía que se le enronquecía la voz con la fuerte pronunciación.

—¿Todavía no estás vestida? —la pregunta de su padre era una crítica en toda regla.

Heaven terminó capitulando.

—No tardo nada.

Y no mintió pues se arregló en diez minutos. Había elegido un vestido de corsé entallado confeccionado en seda italiana en tonos azul, bronce y blanco. Eligió una capa azul, guantes blancos, y zapatos a juego.

—Estás preciosa —le dijo la madre.

—Casi tanto como tú —piropeó el padre a la madre mientras le sujetaba a su hija la capa de lana.

El carruaje de alquiler ya estaba esperando en la puerta cuando salieron. El mesón era acogedor y estaba situado muy cerca del parque. Aunque le pareció pequeño y un poco oscuro, la

decoración rústica le gustó.

La mesa que habían reservado sus padres estaba en una esquina. Los tres tomaron asiento entre bromas.

—He decidido vender la casa de Edimburgo —les soltó de pronto.

Frank y Susan la miraron un tanto preocupados.

—¡Pero si no la has visto!

—Lo he meditado durante mucho tiempo —les explicó—. No voy a estar toda la vida aquí en Escocia, y me parece absurdo mantener una casa cerrada.

La madre tomó la mano de su hija entre las suyas y se la apretó.

—Tu padre y yo aceptaremos tu decisión.

—Además, me he quedado sin efectivo para pagar a los jornaleros, y no puedo permitir que se acumulen los pagos.

—Yo puedo gestionarte la venta de la casa —se ofreció el padre—. Igual te consigo por ella trescientas mil libras.

Heaven no pudo contener una risa. Risa que captó la atención de un hombre que estaba sentado justo en la otra esquina. Iba acompañado de dos personas mayores.

—Sería maravilloso porque podría actualizar la bodega —respondió Heaven que escuchaba con oído crítico los platos de la cena.

Susan interpretó correctamente su silencio.

—A ese cuerpo le hace falta una buena y generosa ración de estofado.

Heaven miró a su madre con el horror pintado en el rostro. El mesonero estaba esperando y ella lo miró con una sencilla sonrisa.

—Una ensalada y una sopa —pidió para ella.

Frank cambió el pedido de su hija. Pidió para los tres carne de caza, una buena hogaza de pan, y una jarra grande de cerveza negra.

La cena transcurrió de forma tranquila entre confidencias y risas, pero Susan se percató del hombre atractivo que de vez en cuando dirigía sus ojos hacia la mesa de ellos. Su hija no podía verlo porque estaba de espaldas a él, y se preguntó por qué motivo la miraba con tanto interés.

—Estás muy guapa —le dijo la madre. Heaven la obsequió con una gran sonrisa—. Y presumo que no soy la única que se ha dado cuenta de ello.

Heaven detuvo el tenedor a medio camino de la boca e hizo amago de mirar a su alrededor, pero su madre le hizo un gesto negativo con la cabeza casi imperceptible.

—Será por ese escandaloso color de pelo que tiene —contestó el padre.

—¡Frank! —exclamó atónita Susan—. Nuestra hija tiene un cabello precioso.

Heaven se sintió mortificada. Que su padre le recordara su mayor defecto la descolocó.

—Pero he conseguido que se olvide de esa necesidad de saber quién la mira.

Y era cierto. Si existía una forma de que ella quisiera empequeñecerse y desaparecer de un lugar, era recordándole el color de su pelo.

—Has sido poco galante —lo censuró Susan—. Precisamente la miran por su color de cabello.

—¡Mamá! —Heaven estaba atónita.

—Ahora vas tú y lo arreglas —apostilló Frank.

El camarero se acercó a la mesa con una botella de whisky.

—Una invitación —le dijo a ella mientras le enseñaba la botella y la nota.

Heaven, cuando leyó lo que ponía la nota, se puso casi tan roja como su cabello. Su padre tomó el mensaje y la botella.

—¿Qué pone? —preguntó la madre.

—Para la ladrona de carruajes.

Ni Susan ni Frank entendían el mensaje. Heaven se giró para mirar la sala esperando ver al atractivo hombre, pero no lo vio.

—Si el hombre que te ha invitado a whisky es el que te miraba con tanto interés, debo decirte que se marchó hace apenas diez minutos —le explicó la madre—. Lo acompañaban un par de ancianos encantadores.

Heaven lamentó no haberlo visto, porque se hubiera disculpado por robarle el carruaje el otro día.

—Querida, ¿cómo puedes saber que eran encantadores si no has hablado con ellos? —le preguntó su marido.

—Porque la anciana me hacía ojitos, y me ha saludado con la mano antes de salir por la puerta.

—¡Mamá! —exclamó Heaven incrédula.

Era inaudito que su madre se hubiera dedicado durante la cena a incomodar a otros comensales. ¿Y cómo no se había dado cuenta ella?

—¿Por qué te ha llamado ladrona de carruajes?

Heaven se mordió ligeramente el labio inferior.

—Fue la noche que decidí observar a los jornaleros sin que ellos supieran quién era. Cuando salía del mesón, llovía, como no me llevé paraguas, me adelanté a un hombre, y le quité el carruaje que había solicitado.

—¡Esta es mi chica! —bramó el padre orgulloso.

—Fue una conducta censurable por tu parte —la recriminó la madre— ¿Le robaste el carruaje?

—No quería mojarme —se excusó aunque sonó absurdo.

—¿Qué hacemos con la botella de whisky? —preguntó Frank.

Heaven le hizo un gesto afirmativo.

—Ya que el desconocido ha sido tan amable, pienso que debemos corresponder a su gesto y disfrutarlo —afirmó la madre.

## CAPÍTULO 8

Las semanas que habían transcurrido le habían sentado fenomenal pues necesitaba un descanso de verdad. Sus padres habían regresado a Londres, pero le habían prometido que estarían de nuevo en Escocia en verano.

El tiempo era terrible. Había creído que haría mucho menos frío, pero se había llevado una ingrata sorpresa. Su padre no le había conseguido todavía un comprador para la casa de Edimburgo. Estaba empeñado en verla primero, y vendérsela después a un inglés que necesitara una casa de verano en el norte.

Se sentía realmente bien, relajada y tranquila cuando escuchó unos toques en la puerta. Heaven pensó que debía contratar personal de servicio. Dejó de leer la prensa local, y se dispuso a abrir la puerta. Tras la hoja de madera estaba el encargado. Lo miró sorprendida.

—Necesito hablar con usted.

Ella se hizo a un lado para permitirle el paso.

—¿Desea una taza de té?

El hombre negó de forma enérgica mientras la seguía hacia el salón. Una vez que estuvieron sentados, Michael le extendió un sobre.

—Mi dimisión.

Abrió la boca por la sorpresa, pero la volvió a cerrar sin poder pronunciar palabra. Segundos después pudo preguntarle al fin.

—Se le ha pagado los atrasos que se le debían.

—No es por el dinero —respondió taciturno.

A las claras mostraba que se sentía muy incómodo en su presencia.

—Entonces, ¿por qué?

—No deseo seguir en la bodega.

—¿¡Por qué!? —repitió la pregunta atónita.

—Tengo un problema personal del que tengo que ocuparme de inmediato.

Heaven se sentía desangelada, y por algún motivo la explicación del encargado le sonó a excusa. No la miraba directamente a los ojos sino que eludía mirarla.

—¿Y quién se ocupará de llevar la bodega?

—Búsquese otro destilador.

—¿Cómo? ¿Dónde? —estaba realmente alarmada.

—Ese no es mi problema.

Heaven se llevó la mano al pelo para colocarlo detrás de la oreja en un gesto habitual en ella cuando se sentía agobiada.

—No puede dejar su puesto sin avisar al menos con dos semanas de antelación.

—Soy el encargado de fabricar whisky, y le he dicho que me marcho.

La mujer se levantó tan sorprendida como preocupada.

—Por favor, dígame la verdadera razón por la que se marcha dejando en la estacada a jornaleros que confían en usted.

Michael Penna apretó los puños. Había creído que la mujer aceptaría su renuncia y punto.

—Estoy mayor y deseo retirarme.

Le había sonado a excusa.

—No me dice la verdad —le espetó con sequedad—. Soy mujer pero no estúpida.  
El hombre soltó un suspiro largo.  
—Este año es mi último como encargado —ella lo miraba atenta—. No deseo retirarme con el estigma de una vergonzosa derrota.  
—¿Una derrota?  
—Una vergonzosa derrota —reiteró—. Vamos a perder frente a la otra bodega. El encargado que han contratado es el mejor de todas las Tierras Altas...  
Dejó el resto de la frase en el aire.  
—¡Necesitamos ganar el contrato de los americanos! —exclamó ella llena de esperanza.  
Las cejas del encargado se alzaron con burla.  
—Ganarle a Halfenaked es poco menos que imposible. Tienen el mejor whisky de Escocia — Michael calló un momento—. No podemos ganarles.  
—Pero... —el encargado la interrumpió.  
—Deseo retirarme con la satisfacción de haber llevado la bodega de Birdwhistle hasta ahora, pero no deseo continuar.  
Heaven no entendía nada.  
—¿Se lo ha comunicado al resto de personal?  
Él, hizo un gesto negativo que ella advirtió cansado, y por primera vez lo miró sin la tensión del desagrado de la primera vez.  
—Le hago entrega de mi dimisión, pero aceptó que le debo quince días para buscarse un buen encargado.  
—¿Dónde?  
—Si su bisabuelo la dejó al cargo de un oficio tan duro y difícil como la destilación de whisky, imagino que tendría sus motivos... —Heaven se tomó las palabras del encargado como un insulto velado porque su bisabuelo no la había conocido personalmente—. Le advierto que uno bueno puede costarle muy caro, y que no abundan.  
Precisamente lo que le faltaba porque no tenía liquidez, y no dispondría de libras hasta que vendiera la casa de Edimburgo.  
Cuando Michael fue consciente de la auténtica congoja de ella, se sinceró.  
—No deseo enfrentarme a Graham.  
—¿Graham? —inquirió superada.  
El encargado ya se levantaba para marcharse.  
—Alexander Graham, el mejor encargado que yo haya visto en toda mi vida. Enfrentarse a él y a la bodega que dirige es un suicidio.  
Heaven pensaba a toda velocidad.  
—¿No puedo convencerlo de que se quede?  
Michael hizo un gesto negativo fulminante.  
—Búsquese un buen encargado, y pague lo que sea necesario por él.

\*\*\*\*\*

Se pasó toda la semana buscando desesperadamente, pero no había conseguido nada. Heaven había logrado que el abogado amigo de su bisabuelo hiciera las gestiones en nombre de ella, aunque le había asegurado que era una locura contratar a un encargado sin experiencia en destilación de whisky. No conocía el mundo del whisky, y no conseguía abrir ninguna puerta. Encontrar un buen profesional le estaba resultando muy duro porque ninguno quería ocuparse de



la bodega que le había dejado su bisabuelo, y mucho menos en una pugna por un contrato con una empresa destilera de Estados Unidos. Heaven seguía ocultando que era la dueña de la bodega, al menos hasta que Michael dejara su puesto. Durante días se leyó todo lo que encontró sobre la fabricación de whisky. Contratar a un buen encargado podía costarle caro, pero aunque ofreciera una fortuna, siempre recibía respuestas negativas. Heaven estaba desesperada, a punto de mandarlo todo al diablo, pero ella era un luchadora, porque cuanto más se le complicaban las cosas, más se crecía, y porque le hacía falta el contrato con la empresa americana. El contrato significaba miles de libras, y ella no estaba dispuesta a perder una oportunidad así. Mediante mensajes, pudo hablar con su padre pero tampoco entendía de whisky, además, su padre le había dicho que vender la casa de Edimburgo le estaba resultando más difícil de lo que había pensado en un principio. Aunque le había asegurado que le haría un ingreso de trescientas libras para que pudiera contratar a un encargado que cubriera la marcha de Michael Penn por un tiempo, hasta que encontrase al definitivo. Pero ella no conseguía contratar a ninguno, y el tiempo se le echaba encima porque Michael se había despedido de los jornaleros dos días atrás.

Los hombres estaban a punto de amotinarse porque ninguno comprendía la marcha del encargado.

Una conversación con el mesonero donde solía cenar a menudo, le abrió una ventana que no había considerado: contratar un encargado aprendiz, así que se dedicó durante los siguientes días a buscar a alguno que pudiera tentar, pero descubrió amargamente que ninguno quería trabajar para ella.

Estaba a punto de gritar por la frustración. Pero una noticia en el periódico The Herald sobre Nueva Gales del Sur, logro hacerle pensar. Alguien le debía un favor, y había llegado el momento de cobrárselo. Se fue a la oficina de postas, y envió un telegrama urgente.

“Soy Heaven , y necesito tu ayuda”.

## CAPÍTULO 9

Jack Palmer había reservado la mejor habitación de la posada. Había sido una verdadera suerte que siguiera en Londres cuando ella le envió el telegrama, porque había tardado solamente un par de días en llegar hasta Escocia.

Se alegró en verdad de verlo. Jack le besó la mano con calculada galantería.

—Siempre estás encantadora, querida Heaven.

—Ni te imaginas cuánto me alegro de verte.

Jack le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento. Él lo hizo un segundo después.

—Lamento haberte hecho viajar a Escocia —se disculpó ella.

El hombre de mirada penetrante le sonrió cómplice.

—Me apetecía un cambio de clima.

Ella se lamió el labio inferior. Jack pudo ver la preocupación en su rostro.

—Necesito tu ayuda.

—¿No esperamos al té?

Ya habían pedido.

—Mientras lo sirven te pongo en antecedentes...

Y lo hizo con pelos y señales. Le informó sobre la familia gaélica de su madre. De su bisabuelo, y de la herencia que le había dejado. De la bodega de whisky que le había dejado en herencia, y del problema que tenía por ser mujer en un mundo de hombres.

—¿Eres la dueña de una bodega de whisky? —preguntó bastante divertido—. Indudablemente tu bisabuelo tenía un muy buen sentido del humor.

—¿Porque tengo la impresión de que soy y seré motivo de burla por ser mujer? ¿Conoces algo sobre whisky escocés?

Y durante los siguientes minutos, Jack comenzó una detallada narración sobre la destilación de whisky, y que ella ignoraba.

Cuando concluyó, la miró con orgullo.

—Me alegra saber que dominas el tema.

—¿Y cómo puedo ayudarte? —le preguntó.

Heaven tomó aire antes de responder.

—Simulando que has comprado la bodega, ¿qué te parece? —Jack tosió de forma discreta—. Los encargados son supersticiosos y no quieren a una mujer a quien rendir cuentas, sobre todo de whisky. Bueno, en realidad me dijo que los hombres se marcharían si descubrieran que una sassenach era la propietaria.

—Podría comprar la bodega y ser el dueño de verdad.

Heaven entrecerró los ojos y lo miró de forma calculada. Parecía que Jack consideraba la opción como algo real y factible.

—¡Pero no deseo que la compres! —exclamó impulsiva—. Quiero que te muestres como el propietario, que los jornaleros te vean, que sepan que están a tu cargo, y no bajo las órdenes de una mujer.

—No te comprendo —le dijo—. Puedo comprarte la bodega por mucho más valor de la que tiene en la actualidad.

—¿Cómo sabes...? —pero no terminó la pregunta—. Imagino que estás al tanto de lo que

vale cada bodega escocesa, ¿no es cierto? —las palabras las había dicho con cierta sorna.

—No te pongas a la defensiva —le pidió él—. Te sigo los pasos allí donde vas, y me preocupo de conocer todo lo que se relaciona contigo.

Heaven se preguntó si debía tomarse esas palabras como un halago o no. Sin embargo, respiró tranquila. Jack era un buen amigo, se lo había mostrado con creces en el pasado.

—¿Por qué deseas mantenerte en el anonimato? Eres la dueña designada por el fundador, les guste o no.

—Porque creo que estoy siguiendo un consejo bienintencionado —le dijo sin pensar—. Ofrecido por el antiguo encargado, Michael Penn, y presumo que fue acertado. Aquí los escoceses son muy desconfiados, y nos les gustan los forasteros, y que una mujer haya heredado la bodega, les parecerá insultante y de mal agüero —Jack no terminaba de comprenderla, pero era tan discreto que guardó silencio—. Y por si las supersticiones fueran pocas, mi bodega —el hombre advirtió un sentido posesivo cuando ella mencionada la bodega que había heredado—, se enfrentará con Halfenaked para conseguir un contrato estadounidense de la mayor destilería del mundo —Jack silbó bastante sorprendido—. ¿Esa es tu forma de animarme?

—Disculpa, no ha sido mi intención, pero suele resultar relativamente improbable que una bodega tan pequeña como la tuya le gane a la que has mencionado. Creo que es la mejor de Escocia.

—Pero la mía produce el mejor whisky —apuntó ella.

—Eso no está tan claro —contestó sonriendo.

Heaven destensó los hombros. Jack pidió otro té.

—¿Y cómo piensas ganar el contrato?

A ella le había gustado especialmente que la incluyera en la posibilidad de ganar.

—No lo sé todavía —le confesó casi en un susurro, un momento después cambió de tercio—. ¿Vas a ayudarme?

—¿No ha trascendido a las otras bodegas que eres la nueva dueña de Birdwhistle?

—No ha trascendido gracias al abogado amigo de mi bisabuelo que me mantiene en el anonimato —Heaven bajó los párpados—. Todo se ha complicado.

—Entiendo.

Para ella resultaba todo un alivio que Jack fuera tan ágil de mente, y tan rápido al comprenderla.

—Gracias.

Los dos se quedaron durante unos momentos en silencio.

—¿Y qué explicación darás para que hombre de Nueva Gales del Sur sea el nuevo dueño de Birdwhistle? No tengo nada que ver con tu bisabuelo, y también soy forastero.

Heaven sonrió de oreja a oreja. Jack presumió que iba a sacarse un as de debajo de la manga.

—Pero eres hombre, y voy un paso por delante —Jack alzó las cejas en un interrogante—. Vas a hacer un pedido importante de whisky para Nueva Gales del Sur —fue su única explicación.

Los ojos de Jack se iluminaron.

—Entiendo.

—Como os encanta el whisky que producimos en Birdwhistle, te has empeñado en comprar la bodega, diremos que mi bisabuelo terminó vendiéndotela, y dejándome a mí el dinero —explicó ella con un entusiasmo contagioso.

El hombre sintió deseos de aplaudirla. Heaven era en verdad una mujer brillante.

—¿Por qué no deseas que compre de verdad la bodega?

Heaven meditó muy bien las palabras que iba a decir a continuación.

—Nunca vi a mi bisabuelo —admitió abatida—. No mantuvo relación con su familia londinense, pero gracias a él tengo algo completamente mío —Jack la entendía—. Mi abuelo me lo dejó en herencia, y así deseo que continúe.

—Es porque has perdido Claremont Hall, ¿verdad? —Heaven era un libro abierto—. Ahora entiendo tu entusiasmo cuando hablas de *tú* bodega —Jack enfatizó la frase.

—Aprenderé todo lo necesario para ser una destiladora digna —afirmó con orgullo desmedido—. Todo lo que sea necesario para fabricar el mejor whisky porque deseo que los jornaleros se sientan orgullosos de que la dueña sea una mujer.

—Igual implantas una nueva moda escocesa.

—Era —lo corrigió con suavidad—. La era de las destiladoras de whisky.

Continuaron conversando durante toda la tarde. Jack envió algunos mensajes, mientras ella guardaba silencio y lo miraba con atención.

—Tenemos que lograr ese contrato.

Ella dio un toque de atención en el brazo aunque de forma cariñosa.

—No deseo sustituir a los jornaleros. Sería un menosprecio a su esfuerzo.

Jack tomó la mano de ella y la encerró entre las suyas.

—No hablo de sustituirlos sino de reforzar a los hombres.

Heaven soltó un suspiro de desaliento.

—No tengo liquidez.

El hombre entrecerró los ojos para que ella no viera el brillo calculado en ellos.

—Puedo ocuparme de adelantarte un préstamo.

—De aceptarlo es posible que no pueda devolvértelo —admitió sencilla.

—Siempre podrás pagarme con la mitad de Claremont Hall —las pupilas de ella brillaron con tristeza—. Tranquila —le dijo—, le hice una oferta generosa al hombre que la compró.

—¡Jack! —exclamó atónita.

—Conseguiré que Claremont Hall sea tuyo definitivamente.

—Ahora entiendo por qué motivo te aprecio tanto.

Jack se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el mullido respaldo del asiento.

—¿Tanto para aceptar mi proposición de matrimonio?

Heaven no sabía si reír o maldecir.

—Nunca viviría en Nueva Gales del Sur —le dijo completamente seria.

Jack soltó una sonora carcajada que hizo volver la cabeza hacia ellos de algunos comensales.

—Te informo, porque parece que lo desconoces, que Nueva Gales del Sur es un lugar maravillosamente increíble.

—No lo pongo en duda si produce hombres tan maravillosos como tú.

—Así es —reconoció él.

—Soy mujer, Jack —le dijo—, tengo muy presente que deberé cuidar a mis padres cuando ya no puedan cuidarse así mismos, y Nueva Gales del Sur está en otro continente.

Heaven suspiró porque se habían desviado del tema principal. Jack leyó en la mirada de ella una preocupación real.

—¿Y si se descubre nuestra insólita relación comercial? —dijo en un tono distendido.

Ella sabía a qué se refería.

—Admitiremos que tenemos una relación —expresó sencilla—. Nadie podrá desmentirla.

El hombre le apretó la mano que no la había soltado.

—¿Echarías a perder tu reputación?

Ella soltó un suspiro.

—Mi reputación se encargó Robert de mancillarla, pero ya lo estoy superando.

—Eres la mujer de mi vida, Heaven.

Ella resopló incrédula.

—Eres un libertino —contestó sin pensar.

Al momento se arrepintió. Jack no era en absoluto un libertino, al menos, no, como uno que conocía y que le había destrozado el futuro.

—¿Me has llamado libertino? —Jack la miró incrédulo.

—No he sido consciente de lo que he dicho —se disculpó.

Siguieron haciendo planes a corto plazo. Jack tenía que regresar a Nueva Gales del Sur, pero había decidido tomarse unas de vacaciones para poder cumplir con todos sus compromisos como dueño de una bodega en Escocia.

## CAPÍTULO 10

Durante los siguientes días Heaven se dedicó a aprender todo lo que pudo sobre whisky, y su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió quién era el encargado de la otra bodega. La que competía con la suya por el deseado contrato americano. ¡Era él! ¡El hombre al que había robado el carruaje! ¡El que le obsequió la botella de whisky en el mesón! El más atractivo hombre que ella hubiera conocido. Desde que lo besó sin pensar en la mejilla, no había podido olvidarlo.

Descubrirlo le había supuesto un pequeño caos, pues había creído que jamás lo volvería a ver. Recordó la intensidad de su mirada azul bajo la lluvia. ¿Cómo podían dos ojos brillar como dos gemas? Soltó un suspiro largo.

Pagó al carruaje cuando la dejó en la puerta de Birdwhistle. Había quedado allí para hablar con el encargado que finalmente había contratado el abogado escocés que se había convertido en su amigo. El encargado lo había querido así porque de esa forma podía hablar con ella sobre los jornaleros, la cosecha, y futuros trabajadores. Cuando lo vio, el alma se le cayó a los pies.

¡Era un muchacho! Heaven supo que estaba metida en un buen lío.

Los jornaleros rondaban los cincuenta años, y el muchacho que los iba a dirigir no debía pasar de los dieciocho. ¡Maldito el encargado que los había dejado en la estacada! Masculló enojada por el futuro negro que se les venía encima.

Los dos estaban mirándose fijamente. Heaven hubiera preferido conocerlo en persona en otro lugar. Sentía en clara desventaja.

—Eres demasiado joven —reveló con voz áspera.

El muchacho, fiel a su juventud, le sonrió con un encogimiento de hombros.

—Eso suelen decirme —respondió sin dejar de mirarla—, pero no se deje engañar por las apariencias —el chico la miraba de arriba abajo de una forma descarada—. Tengo diecinueve años.

—¿Diecinueve? —le preguntó algo envarada por los prejuicios que sentía por su juventud.

Ese muchacho en modo alguno podría dirigir a los hombres, y mucho menos ganarle a la otra bodega el contrato ansiado.

—Es usted la bodeguera más guapa que he visto nunca.

De repente sintió ganas de reír. Allí estaban ambos, una londinense apartada de su vida normal, un muchacho que no debía saber todavía cómo afeitarse, y tratando sobre temas tan complicados como el whisky.

—Soy una dama, no una bodeguera —lo rectificó.

El muchacho asintió y caminó dos pasos hasta quedar a un metro de ella. Le tendió la mano para presentarse de forma adecuada. Era la primera vez que lo contrataban sin ver su destreza.

—Dubh Lulach —se presentó el joven.

Ella le sonrió por fin.

—Heaven Woodward —el chico le guiñó un ojo cómplice—. A qué nos enfrentamos? —le preguntó con cierta congoja.

—A un desastre de los que hacen historia —contestó el chico sin rodeos.

—Admiro tu sinceridad —respondió un poco ofendida por esa tajante afirmación.

—Puedo tratar de que los hombres me obedezcan, pero ganar el contrato con la destiladora americana, es poco menos que imposible.

Su franqueza era aplastante.

—¿Y qué podemos hacer?

—Ganar el contrato, es posible que no —respondió franco—, pero podemos complicárselo a Halfenaked. Que la pugna por el mejor whisky esté reñida.

Un sin fin de expectativas se abrieron ante ella.

—Explícate, por favor.

—¿Disponemos de liquidez para contratar a más gente?

—Estoy esperando un envío de mil libras —respondió.

—Deberíamos de darnos prisa —respondió el joven encargado.

Heaven tomó asiento en una la silla. El chico encargado se plantó frente a ella.

—¿De cuánto dinero hablas? —quiso saber ella.

—No demasiado —respondió el muchacho—. Los trabajadores que deseo contratar están en las Lowlands, por eso no cobran tanto como los de las Tierras Altas, además, pronto se jugará las Highland Games.

Heaven abrió los ojos de par en par.

—¿Qué es eso?

—Son eventos que tienen lugar a lo largo del año para celebrar nuestra cultura escocesa y celta, y en especial la de las Tierras Altas.

—Ignoro a qué te refieres.

—El Cowal Highland Gathering se celebra cada agosto en Dunoon, y son los Highland Games más importantes —el rostro de ella mostraba la confusión que sentía—. Se lanzan troncos, martillo, piedras, y los jornaleros de Birdwhistle nunca le han ganado a los jornaleros de Halfenaked —concluyó.

—¿Y qué tiene que ver eso con nuestra bodega y el contrato que deseo conseguir de los americanos?

El chico la miró decepcionado.

—Para tener opción de conseguir el contrato, es necesario contar con los mejores hombres, los más experimentados.

—¿Y la calidad del whisky no importa? —preguntó irónica.

—Si ganamos los juegos, los mejores destiladores querrán trabajar en Birdwhistle, dejarán la bodega de Halfenaked, y ganaremos el contrato.

Heaven miró al chico asombrada. Nada de lo que le decía le parecía lógico, y decidió no contratarlo.

—Para optar a ganar el contrato —comenzó ella—, debemos fabricar el mejor whisky de las Tierras Altas.

El chico se quedó pensativo.

—Si me da permiso, contrataré a los mejores hombres de las Lowlands.

El muchacho tenía un motivo oculto para no revelarle a la sassenach la verdad: que nadie en las Tierras Altas contrataba a escoceses del sur.

—¿Los mejores hombres no están en las Tierras Altas? —preguntó con acritud.

El joven encargado la miro con ánimo.

—Le aseguro que puedo traerle, no sólo a los mejores competidores, sino también a los mejores destiladores de las Lowlands —Heaven abrió los ojos de par en par—. Le doy mi palabra.

—¿Y por qué me has hablado de la Cowal Highland Gathering?

—Porque primero tenemos que ganarles a los de Halfenaked, aunque tengamos que emplear

juego sucio, y después lograremos el contrato con la empresa americana.

—¡Dios mío! —exclamó ella cada vez más desanimada.

¿Había dicho juego sucio?

—Miedo me das con tus explicaciones.

—Tengo poca experiencia, es cierto, pero deseo ayudar a la bodega Birdwhistle. Quiero hacer honor de la confianza que ha depositado en mí.

Heaven sonrió tierna. Dubh Lulach era adorable. Muy diferente al antiguo encargado que la veía a ella como una molestia, y no como la dueña. El nuevo encargado, aunque fuera joven, la hacía partícipe de sus ideas, y le gustaba.

—Eres el único que ha aceptado.

El muchacho, en vez de tomarse esa afirmación con ofensa, hinchó el pecho con orgullo.

—Desde que el abogado contactó conmigo, llevo pensando en la forma de ganar el contrato para usted.

—Un contrato así sería muy importante para Elgin —dijo ella en voz baja.

—El problema surge porque Alexander Graham, el encargado de Halfenaked, es el mejor.

Era escuchar el nombre de ese encargado y le temblaban las rodillas, se le aceleraba el corazón, y se preguntó el motivo.

—¿A qué te refieres?

—Tuvo un accidente de caballo, y los médicos aseguraron que se quedaría inválido, pero con su fuerza de voluntad logró recuperarse, además, es un hombre inteligente porque ha estudiado en la universidad.

Heaven se quedó pensativa.

—Que haya estudiado en la universidad no significa que sea inteligente.

Ella estaba pensando en Robert.

—La bodega Halfenaked estaba prácticamente en la ruina, pero fue llegar Graham, y encumbrarla. Es la única que su whisky compite con el de Birdwhistle.

Qué complicado sonaba todo.

—Pues no vamos a permitir que nos gane el contrato.

—Por eso debemos ganar primero las Highland Games de Elgin. Eso le dará moral a los jornaleros, y hará que la otra bodega se preocupe de verdad.

—Lo lamento —admitió sincera—. Todo esto de los juegos me parece innecesario.

El muchacho la observó serio. Con una mirada solemne de las que producían escoceduras.

—¿Confía en mí? —le preguntó sin un titubeo.

Heaven tenía las manos atadas. No había encontrado un encargado más cualificado, tenía que conformarse con ese muchacho.

—Me preocupa lo joven que eres, y que no conozcas todo sobre la fabricación del whisky. Temo que los trabajadores no te respeten lo suficiente para acatar tus órdenes.

Al fin había dicho lo que realmente le preocupaba. La sonrisa juvenil la descolocó.

—No se preocupe por eso —respondió de forma enigmática—. Tengo mis métodos para hacerme escuchar.

Ella lo dudaba seriamente, no obstante, no tenía más remedio que aceptar la situación tal y como se presentaba, por dura y atípica que fuera.

—No pienso pagarte más de lo estipulado —le dijo seria.

—No se lo he pedido —contestó él.

—Tenía que dejar ese detalle claro.

—Y debo decirle, para ser honesto, y que luego no haya acusaciones si no logramos el



ansiado contrato, que el mundo del whisky es en verdad duro y muy difícil.

—Entiendo.

El joven encargado continuó con su explicación.

—Sé muy bien cómo maltear la cebada —le dijo muy serio—. Y conozco el proceso de producción con el alambique Coffey o de destilación continua. Venga, se lo demostraré.

Y durante las siguientes dos horas, el joven le fue enseñando el proceso de maltear la cebada, la molienda con agua caliente. Como el mosto líquido se trasladaba a unas tinajas para dejarlo fermentar, y por último, el mosto fermentado se calentaba en dos alambiques de cobre.

—¿Por qué dos alambiques y no cuatro o seis?

El joven hizo un encogimiento de hombros.

—Porque no es necesario,

Estos tienen buen tamaño —respondió—. Aquí está el alambique de mosto, y el otro es el alambique de licor. Cuando se recoge la parte del licor que posee una calidad suprema, entonces se vierte en barricas de roble para dejarlo madurar.

El joven la llevó a una parte de la bodega que ella no conocía. Vio los barriles apilados y llenos de polvo.

—Aquí está la cueva de las mil maravillas —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Estos toneles son del mejor roble, su bisabuelo se gastó muchas libras en ellos —le informó con orgullo—. Y pronto cumplirán los tres años de edad.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Por la anotación en la base.

Michael Penn no le había explicado absolutamente nada sobre la bodega. Se había limitado a enseñársela de forma escueta.

—Creo que puedo confiar en ti.

La sonrisa del joven la descolocó. Presentía problemas, pero debía confianza, tampoco le quedaba otra opción.

—Podríamos seguir hablando de whisky tomando una cerveza —ella lo miró sin creerse la osadía del muchacho—. La invito.

Heaven supo que tenía que mostrarse como la dueña y cortar de raíz cualquier pretensión por su parte.

—Soy la que te da trabajo, y la que puede despedirte sin pagarte una libra.

—Oído, jefa.

La carreta con los trabajadores acababa de parar en la puerta, Heaven se despidió porque no quería que la vieran, al menos, no todavía.

## CAPÍTULO 11

La noticia del extranjero que había comprado la bodega Birdwhistle, había corrido como la pólvora por las Tierras Altas creando un pequeño caos en cada población y destilería. Era la primera vez que un sassenach se apropiaba de algo tan importante como una destilería escocesa, y muchos de los habitantes estaban disgustados.

Jack se había instalado de forma permanente en la mejor posada de la zona, la había contratado entera para su uso particular, pero como ignoraba el tiempo que iba a pasar en Escocia, había encargado a su secretario que le buscara un lugar más apropiado. Esa tarde había sido invitado por el alcalde para disfrutar de unos juegos preparativos para la próxima competición. Afortunadamente, Heaven se lo había explicado. Ella tenía ganas de verlos competir y hacerse una idea de cómo eran como rivales.

Habían quedado que pasaría a recogerla en su propio carruaje. Heaven se sorprendió de que fuera él mismo el que lo condujera, e ignoraba que se había decidido a hacerlo porque le encantaba montar tanto a caballo como en calesa. Jack se portó como todo un caballero porque desmontó del estante para ayudarla a tomar asiento.

—Estás preciosa —la piropeó mirando el atuendo femenino—. Elegante aunque poco discreta para ver a unos hombres lanzar troncos y martillos.

Heaven pensó que se refería a la enorme pamelita que cubría su rostro.

—Tengo la intención de no pasar desapercibida.

Por algún motivo, las palabras de ella le parecieron a Jack que escondían una segunda intención, pero no se lo dijo, siguió admirando el atuendo que resultaba más apropiado para ir a la Royal Ascot que para asistir a un evento en Elgin. El precioso vestido de seda roja iba a juego con una larga chaqueta que iba entallada hasta la cintura, tenía las mangas de encaje. La pamelita tenía varios tonos de rojo y negro, y los zapatos hacían juego con el sombrero.

—Me parece que tendrás problemas para entrar en el carruaje con esa enorme pamelita.

Y era cierto. Heaven pensó en dejar la pamelita en la casa, pero se había arreglado el cabello en un recogido especial y que no quedaría bien si no iba acompañado con la pamelita, aunque la dificultad no venía tanto con la pamelita sino con el voluminoso vestido.

—Puedo no entender mucho de whisky, pero te aseguro que sé entrar en un carruaje bien vestida y sin despeinarme.

Jack la ayudó. Al inclinarse sobre ella, Heaven pudo oler el suave aroma de que desprendía. La mano fuerte rozó su vientre al colocarle la capa.

—Así está mejor.

—Gracias... —logró decir todavía impresionada.

Durante el trayecto, Heaven se dedicó a observar el rostro de perfil de Jack. Admiró sus rasgos. Su piel tostada y curtida por un sol que no mostraba piedad en Nueva Gales del Sur. Era un hombre culto, inteligente, refinado, pero de un mundo completamente diferente al suyo.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con burla.

Heaven sonrió, y se percató, por primera vez, que en el pasado Robert casi nunca la había hecho reír durante el tiempo que duró la relación de ambos, y se preguntó cuál habría sido el detonante para pensar en él precisamente en ese momento que estaba acompañada por otro hombre más interesante.

—Estaba pensando en Robert —confesó un poco avergonzada.

Durante semanas no había pensado en él, y Jack se lo había traído a la memoria.

—El alcalde pretende presentarnos a los hombres que compiten.

A Heaven la incomodó un poco que Jack se mostrara tan posesivo.

—¿Y lo hará antes o después de la exhibición?

Jack hizo un gesto negativo.

—Una pequeña recepción cuando finalicen, creo.

—Será interesante conocer a nuestros rivales, además de una ventaja.

—Le agradecí la atención que me dispensa al permitirme llevarte conmigo a la recepción, igual que ahora a la exhibición, pero somos los únicos forasteros en esta parte de Escocia.

Heaven sabía la impresión que iba a dar ella acompañando a Jack a los eventos, pero no le importó. La única opinión que tenía en cuenta era la de las personas que amaba. Esa era realmente la única que le importaba.

—Lástima que no sepas hablar gaélico —le dijo guiándole un ojo—. En realidad también tienes un pésimo acento inglés.

Jack alzó las cejas con sorpresa.

—¿No te gusta mi acento de Nueva Gales del Sur?

Pero ya no pudo responderle porque habían llegado. Siguieron todas y cada una de las indicaciones que recibieron, y estacionaron el carruaje en la zona habilitada para el resto de carruajes.

—Estoy nerviosa —admitió ella.

Jack la miró asombrado.

—Increíble viniendo de ti.

—Escocia me provoca ese sentimiento.

Jack la miró de frente al mismo tiempo que le ofrecía el brazo para que se apoyara.

\*\*\*\*\*

Heaven no podía apartar la mirada del atractivo hombre. Lo seguía con los ojos sin percatarse. Mientras Jack se encontraba atendiendo las demandas de información del alcalde, Sheriff, y párroco, ella centraba toda su atención en el atractivo encargado que se mantenía discretamente apartado. Conversaba con otro hombre que ella había visto en Elgin, creyó que era el médico.

Alexander Graham sostenía en las manos una jarra de cerveza negra, y ella se encontró arrugando el ceño sin ser consciente. Parecía un bicho raro en ese ambiente distendido. Vestía traje oscuro y clásica camisa blanca, como aquella vez en el mesón cuando le robó el carruaje.

—Respira profundo, por favor —le dijo Jack al oído de forma sarcástica—. Indudablemente estás en estado de shock —volvía a colocarse a su lado como acompañante.

—Estoy evaluando a mi rival —se excusó por el escrutinio al que lo sometía, y sin apartar la mirada de la espalda ancha.

—Puedo asegurarte que nunca vi esa expresión cuando mirabas a Robert, o incluso cuando me miras a mí —esas palabras captaron por completo la atención de ella—. ¿Otra jarra de cerveza?

La que sostenía en la mano se le había calentado.

—Me intriga —confesó casi en un susurro.

—Créeme si te digo que ese detalle salta a la vista de todo el que te observa ahora mismo —

respondió Jack—, y debo admitir que me molesta no ser yo quien te corte el aliento de esa forma, ni te provoque ese estado de ansiedad y expectación.

Heaven terminó por reír. Jack poseía esa cualidad innata que hacía sentir bien a una mujer sin importar el tipo de conversación que mantuvieran.

—Necesito que me lo presenten de forma oficial —afirmó rotunda y mirando a su alrededor evaluando el medio para llegar hasta él—. Me siento como una intrusa observándolo a hurtadillas.

—No necesitas presentación. —Ella parpadeó un momento sin comprender—. Le hice saber al alcalde, que has venido a Escocia para cubrir un evento tan importante como el posible contrato internacional con Templeton&Bardstown.

—¿En calidad de? —quiso saber ella.

—Accionista mayoría de Heraldo del sur.

Ella parpadeó incrédula.

—¡Ese periódico es tuyo!

—Pero ellos no lo saben.

Eso era cierto.

—Eres un genio.

—¿Lo dudabas?

—Le debo una disculpa... —Jack se sorprendió al escucharla.

Pero no pudo preguntarle a qué se refería porque ella comenzó a caminar directamente hacia uno de los sirvientes que llevaba una bandeja con copas de champán.

Alexander era plenamente consciente de la presencia de la hermosa mujer en el gran salón. Seguía sus pasos aunque de forma discreta, y la miraba de vez en cuando de reojo. Cuando la divisó minutos antes de que comenzara el torneo de lanzamientos de troncos, le pudo el asombro. Era imposible no verla con esa pámela llamativa. Había sido una pincelada roja en medio de una pradera verde, y se preguntó qué habría hecho con ella porque no la llevaba puesta sobre el cabello en ese momento.

—Es alta aunque no tiene unas curvas espectaculares, pero tiene algo que capta la atención por completo.

Alexander estaba de acuerdo con la apreciación del sheriff. Estaba claro que todos los hombres de alrededor la admiraban.

—Son las pecas que no puede ocultar —dijo para sí mismo.

Uno de los participantes en los lanzamientos miró al encargado con atención.

—Pues yo habría jurado que no puedo dejar de mirarla por su espléndida cabellera.

—También —admitió el encargado—. Es imposible dejar de admirarla.

El hombre se percató de la mirada que el reservado y esquivo encargado de la bodega Halfenaked le dedicaba a la guapa forastera.

—¿La conoces?

—¿Por qué?

—Porque camina directamente hacia aquí.

Alexander no tuvo tiempo de prepararse para enfrentarla. La preciosa mujer se plantó frente a él con una sonrisa que lo dejó reducido a polvo.

—Le debo una disculpa —le dijo al mismo tiempo que le ofrecía una copa de champán.

Sostenía otra con la mano izquierda. Alexander no pudo rechazarla. El sheriff miraba a uno y a otro con gran interés. Ninguna mujer le ofrecía una copa a un hombre salvo la reina.

Cuando Heaven tuvo la mano libre se la tendió.

—Heaven Woodward, soy de Londres.

—Tiene un acento precioso —afirmó el sheriff que no podía dejar de mirarla, pero ninguno de los dos lo oyeron.

—Alexander Graham —contestó correspondiendo al saludo inicial de ella, y aceptando la mano que le tendía para besársela—. Soy de Annan.

A ella le gustaba la rapidez en las respuestas, pero no tenía ni idea de donde se encontraba Annan.

—Estoy encantada de poder visitar las Tierras Altas.

—Confío que no la defraudemos —fue la contenida respuesta de Alexander.

Heaven no podía apartar sus ojos de los suyos. Eran penetrantes, intensos. Precavidos y reservados. El atractivo encargado era un hombre al que no le gustaban los eventos sociales, lo supo cuando lo vio apartado del resto, también por la forma en la que se mantenía en segundo plano cuando era el artífice de las victorias que había logrado la bodega en tan poco tiempo.

—¿Qué opinión le merece la bodega Birdwhistle al que tendrá que enfrentarse para lograr el ansiado contrato?

Ese era un terreno que ella dominaba muy bien pues era la insigne propietaria.

—Un digno rival al que profeso un profundo respeto porque el whisky que produce ha sido el mejor de toda Escocia —hablaba en pasado.

La respuesta la dejó tan suave como la seda, y Heaven no supo valorar si era debido a las palabras bien escogidas o al tono aterciopelado y con acento que tenía. Podría estar escuchándolo toda la noche.

—Yo soy Peter Moore—se presentó el sheriff en vista de que los dos le hacían de menos—. Y ha sido un placer conocerla.

Peter sabía cuándo estaba de más entre un hombre y una mujer. Además, esos dos soltaban chispas que iban a convertirse en rayos en cualquier momento.

—Ahora que nos hemos quedado a solas —le dijo ella con voz cómplice. Alexander ni se había dado cuenta—. Deseo pedirle que me disculpe por robarle el carruaje aquella tarde.

—Soy un caballero —respondió en un tono burlón que la descolocó porque, con la media sonrisa que le obsequiaba, su rostro se había suavizado hasta el punto de parecer que tenía veinte años y no treinta como había averiguado recientemente.

—Y también quería darle las gracias por la botella de whisky con la que obsequió a mis padres en el mesón.

Los ojos de él brillaron con intensidad.

—Fue un placer —le dijo sin variar la postura de su cuerpo a pesar de la incomodidad que sentía frente a ella—. Es uno de los que elaboramos en Halfenaked.

La seguridad de la mujer. Su postura firme, y, la decisión en sus ojos, le indicaba que podía ser muy peligrosa si se lo proponía.

—¿Cómo puedo corresponderle?

—No puede —afirmó franco.

Y ella se quedó con las ganas de que le explicará esa última afirmación.

—¡Estás aquí! —la aparición de Jack rompió el hechizo que los envolvía a ambos.

Heaven parpadeó como si despertara de un sueño profundo.

—Le he dado las gracias porque fue muy atento en dos ocasiones en las que coincidimos.

Jack supo que Heaven estaba realmente interesada, quizás, por primera vez en su vida.

—Ya le he dicho que no es necesario, señorita Woodward —Heaven sintió que perdía puntos—. Ha sido un placer.

Alexander los dejó solos. Heaven y Jack contemplaron su marcha en silencio.

—Casi lo has dejado noqueado.

Heaven sabía que no. Jack trataba de ser amable, pero estaba en la misma posición que antes. Su rival bodeguero seguía siendo escurridizo como una anguila.

—Es un hueso duro de roer, pero tengo tiempo. ¿Puedes creer que se ha pavoneado con el whisky que elabora?

Jack le puso la mano en la espalda para guiarla hacia una parte del salón más concurrida.

—Confío que le hagas tragar su arrogancia —le dijo pegado a la oreja femenina.

—¿Lo dudas? —respondió en un tono que simuló enojada.

—Siendo imparcial, su whisky es mejor que el tuyo.

Heaven lo miró con censura. Ciertamente Jack sabía cómo picarla.

—Usaré toda la artillería disponible para cambiar eso.

—No creo que te sirva —respondió jocoso—, porque estás en su terreno.

No había verdad más cierta.

## CAPÍTULO 12

Heaven había logrado hacerse un pequeño hueco en los diferentes eventos que se sucedían en Elgin. Como Jack había cumplido las expectativas de todos, había regresado a Nueva Gales del Sur porque unos asuntos importantes lo reclamaban. No obstante, había prometido regresar cuanto antes. El joven Dubh Lulach había logrado contratar a cuatro jornaleros que conocían muy bien el arte de la destilería, y se habían integrado al resto del grupo de hombres. Cuando asistió una mañana a la bodega de forma imprevista, comprendió por qué motivo Dubhle había respondido tan seguro de sí mismo sobre la obediencia que obtendría de los trabajadores. El muchacho traía consigo a su tío: un verdadero ogro, y el causante de que ninguno rechistara las órdenes que recibían.

Como no tenía forma de llegar hasta el atractivo encargado, Heaven tendió sus redes sobre el alcalde y gobernador, y logró que la invitara a varios eventos sucesivos. El siguiente ocurriría en Forfar, donde también iba a asistir Alexander Graham porque seguía muy cerca la evolución en los juegos de los hombres contratados en su bodega.

Heaven no cabía en sí de alegría porque no podía dejar de pensar en él. Le atraía. Era la primera vez que un hombre le interesaba tanto, y él se mostraba tan esquivo. Cada vez que lo veía, se le aceleraba el pulso, se le humedecían las manos, y sentía un cosquilleo en el estómago desconocido hasta entonces para ella.

Se vistió para el evento de una forma espectacular porque quería que la admirara, y porque tenía un guardarropa digno de una reina. La falda de vuelo del vestido verde era demasiado pomposa, pero no pasaría desapercibida. Se recogió el cobrizo pelo en una cola que ató con un pañuelo de seda con brillantes flores verdes y blancas. Prescindió del ridículo porque creyó que no lo necesitaría. El alcalde tuvo la cortesía de enviarle un carruaje para que la recogiera. Ya en el campo, tuvo la suerte de sentarse al lado de Graham. Heaven lo consideró un golpe de suerte que pensaba aprovechar al máximo.

¿Cómo podía un hombre oler tan bien? Llevaba el cabello un poco largo, pero no desmerecía su atractivo, todo lo contrario. Se puso tan nerviosa, que casi le da hipo. Graham estaba sentado a su derecha. Se fijó en el carboncillo y en el papel que utilizaba para tomar apuntes, y se dijo que daría lo que fuera por hacerse con ello y comprobar lo que escribía en su interior. Cuando llevaba un tiempo observando, se levantó una brisa bastante molesta, y Heaven se encontró con la dificultad de sujetar el vuelo de su falda porque el aire se la levantaba. Minutos después fue consciente que Alexander se movía de forma constante, y, cuando lo miró, se dio cuenta que el pañuelo que sujetaba su largo cabello le golpeaba la cara y le impedía fijarse en el terreno de juego.

—Lo lamento —se disculpó.

Quiso solventar el incidente, pero no calculó bien la acción. En un segundo sus manos abandonaron el tejido de la falda que sujetaban para quitarse el pañuelo y guardarlo, pretendía evitar que lo siguiera molestando. Se desató el pañuelo pero la falda se le subió y le tapó la cara. Al tratar de bajársela soltó el pañuelo que se le escapó de la mano, por instinto se levantó y trató de alcanzarlo, pero con tan mala suerte que al inclinarse para sujetarlo, el aire le levanto la falda por detrás. Graham tuvo una visión perfecta de su ropa interior y los tersos glúteos. Heaven escuchó los murmullos tras ella, y se giró de golpe tratando de sujetar al diablo en el que se había

convertido el vuelo de su falda.

Se sentía muerta de vergüenza.

—¡Lo siento! De verdad —se sentó mortificada porque los hombres de las filas de atrás no dejaban de murmurar.

—Suele pasar cuando uno asiste a eventos con vestidos vaporosos.

Graham hizo algo sumamente caballeroso por ella, miró hacia atrás y les lanzó una mirada tan seca y dura a los hombres, que logró callar de inmediato el griterío. Un minuto después se quitó la chaqueta y se la colocó a ella sobre las piernas. El peso de la misma mantuvo la revoltosa falda en su sitio.

El pañuelo de seda ya planeaba en un zigzag bastante curioso sobre la zona donde los hombres lanzaban troncos, piedras y martillos. Uno de ellos logró sujetarlo, y, ni corto ni perezoso se lo ató. Cuando alzó el brazo con el femenino pañuelo, el griterío del resto de hombres casi la dejan sorda.

—Me voy a morir de vergüenza —admitió en voz baja.

—No se preocupe por el pañuelo —le dijo Alexander—. Charles no lo perderá —Heaven intuyó que Charles era el hombre que se había enlazado el pañuelo al brazo—. Y ha amenizado en gran medida el momento aburrido.

Heaven giró el rostro y lo miró. Graham tenía en los ojos un brillo divertido que calmó en parte su desazón. Había armado un revuelo, pero había logrado penetrar en el caparazón de él, y, ser consciente de ese detalle, hizo que su corazón diera un salto dentro de su pecho.

Un salto mortal como no había dado nunca. Se le salía el corazón por la boca, se le secó la garganta, y el resto de competición se la paso haciéndose cábalas. Tenía puesta su completa atención en el hombre sentado a su derecha. Seguía teniendo la chaqueta sobre las piernas, y, de vez en cuando, la brisa juguetona le llevaba hasta la nariz el aroma masculino de él. Cuando todo concluyó, ella no se atrevía a moverse. El aire había disminuido lo suficiente como para no ser incómodo, pero Heaven estaba demasiado impresionada por la sonrisa de él y lo que le hacía sentir.

—¿Le gustaría acompañarme para recuperar su pañuelo?

Graham le ofrecía una oportunidad de oro, pero la descartó. Estaba demasiado conmocionada. Nunca en su vida se había sentido así.

—Quizás en otro momento —respondió de forma apática.

Graham la observó con atención porque la mujer que se había sentado a su lado con inusitada energía momentos antes, no se parecía en nada a la que ahora evitaba mirarlo a los ojos.

—Con el tiempo se reirá del incidente, créame —le aseguró. Ella supo que se refería al momento incómodo en el que se quedó con el culo al aire frente a sus ojos—. Se quedara en una divertida anécdota de su visita.

—Había estado tan entusiasmada por asistir que no pensé mucho en el atuendo que llevaba —confesó azorada—, tampoco en el aire que se levantaría.

—En esta época del año siempre suele hacer viento —Graham miró la chaqueta de ella con atención—. Un atuendo muy bonito, pero poco práctico.

Heaven estaba completamente de acuerdo. A ella le encantaba vestir de forma muy femenina y nada práctica.

—¿Recogerá el pañuelo por mí?

Heaven valoró que podría ser una forma de verlo otra vez.

—¿De verdad que no desea acompañarme?

—Prefiero esperarlo aquí sentada.



Apenas quedaban personas alrededor de ellos.

—Está bien, le traeré el pañuelo, y la acompañaré a su casa. —Ella lo miró bastante ilusionada—. Así evitaré la tentación de que robe otro carruaje.

La congoja de Heaven se esfumó tan rápido como si hubiese soplado de pronto una brisa como la que se había desatado antes.

\*\*\*\*\*

Jamie Graham miró a su hijo y se inquietó. Cuando estaba concentrado se encerraba en sí mismo de tal forma que era imposible llegar hasta él. En ese momento miraba por la ventana del salón principal con las manos anudadas en su espalda. Tenía las mangas de la camisa dobladas hasta el codo. Era la imagen misma de la preocupación.

—Te traigo una taza de té.

Alexander se giró hacia su padre y le sonrió. Tomó la bandeja que traía.

—Me vendrá bien uno —respondió.

Megan Graham traía un plato con rosquillas calientes. Le gustaba prepararlas casi a diario.

—Te noto muy preocupado —le dijo el padre—. ¿Piensas en el contrato americano?

Alexander tomó asiento mientras su madre servía en las tazas el té que humeaba.

—Me preocupa el nuevo propietario de Birdwhistle.

—¿Por qué? —preguntó la madre.

Alexander tomó un pequeño sorbo de antes de contestarle.

—Ha contratado a hombres de las Lowlands.

—¿No hay suficientes hombres en las Tierras Altas? —preguntó el padre asombrado.

—Está decidido a quedarse el contrato de Templeton&Bardstown —respondió en voz baja.

—¿Pero tu whisky no es el mejor de todos? —inquirió la madre con su habitual candidez.

Fue Jamie el que respondió.

—Ignoro lo que pretende el forastero, pero pienso que no actuará de forma limpia — Alexander se quedó pensativo unos instantes—. Los hombres que ha contratado de las Lowlands, son hombres muy peligrosos.

Alexander comenzó a relatarle a sus padres las peleas que habían propiciado dos de esos hombres en la frontera y sus consecuencias.

—¡Pero ese hombre debería de estar en la cárcel! —exclamó la madre escandalizada.

La madre miraba al hijo y al esposo con un brillo de preocupación en los ojos. Los dos estaban ensimismados.

—Hay algo más que te preocupa —apuntó el padre.

Alexander hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Los hombres de Halfenaked lo van a tener más complicado.

—Los hombres de las Lowlands también tienen honor —afirmó el padre bastante afectado—.

Es injusto que nos traten como apestados.

—También somos escoceses —apuntó la madre.

Alexander calló un momento

—Como no les permiten participar en los eventos del norte, pienso que se esforzarán al máximo para quedar primeros —reflexionó Alexander.

—Nada puede más que la terquedad —expresó la madre—. Y los Lowlands son más tercos que nadie.

Alexander tendió el brazo con la taza vacía para que se la llenara de nuevo.

—No me gustaría que mis hombres se desanimaran.

—Son escoceses del norte —afirmó el padre atento—. Nada les puede desanimar.

—Pues yo confío que no ganen —dijo la madre con tono orgulloso.

Y durante los siguientes treinta minutos padre e hijo se enzarzaron en estrategias de juego. Megan se cansó de escucharlos y los interrumpió. Cuando se ponían a debatir no tenían fin.

—Te he preparado tu mejor traje para esta noche.

Jamie y Alexander la miraron por la interrupción.

—¿Sales esta noche? —quiso saber el padre.

—Nuestro chico invitará a una señorita a cenar —susurró la madre como si contara un secreto.

—La mujer es accionista de Templeton&Bardstown, aunque no tiene acento norteamericano sino inglés —respondió Alexander—. Y me he decidido a invitarla a cenar.

—¿Deseas inclinar la balanza en favor de Halfenaked? —le preguntó el padre.

—Es ella la que me ha invitado en compensación por robarme el carruaje en una ocasión —dijo sin pensar, y en seguida se arrepintió.

Había dado más explicaciones de las necesarias.

—¿Cenarás con la deslumbrante pelirroja a la que obsequiaste con tu mejor botella de whisky?

Preguntó el padre.

—A mí me parece guapísima —intervino la madre—. Y sus padres me parecieron encantadores.

—Está de paso en Escocia —les informó como si sintiera la imperiosa necesidad de hacerlo—. Es inglesa.

—A nosotros no nos importa que sea de allí —contestó la madre con dulzura.

—Ni de aquí —apostilló Jamie.

Alexander terminó por chasquear la lengua.

—Puede ser un comienzo bonito para los dos.

Alexander negó con la cabeza.

—Lo dudo. Os recuerdo que es forastera, y quizás mantenga una relación con el dueño de Birdwhistle pues los he visto muy cercanos.

A la madre se le cayó de repente el castillo que construía.

Alexander no tenía duda de la relación que mantenía ella con el adinerado hombre de Nueva Gales del Sur. Estaba claro para todo el que asistió que ella le pertenecía. El hombre lo había dejado claro en cada mirada que le dirigía. En la posesión de su cuerpo al tocarla. Los hombres entendían muy bien ese tipo de lenguaje sin palabras.

—¿Y dónde vais a cenar? —se interesó el padre.

—En el mesón de Lochan —y ya no les dijo nada más.

Alexander había pensado mucho en ella desde aquella vez que la vio por primera vez bajo la lluvia. Le había parecido la mujer más hermosa que había visto nunca, también la más osada aunque él no fuera el objetivo de su atención sino el carruaje que había pedido, y, por primera vez en su vida, lamentó que el interés de ella en él no fuera real. Le atraía muchísimo, pero era la mujer de otro, bueno, de otro no, precisamente del hombre que había comprado la mejor bodega de las Highlands.

—Estás muy callado —le dijo la madre que, como siempre, trataba de inmiscuirse entre sus pensamientos más íntimos—. Y no me pareció mala persona cuando la vi en el mesón con esos padres adorables.

Jamie miró a su mujer, y le indicó que no siguiera por ese camino.

—¿Y cómo sabes que eran sus padres? —Alexander había formulado la pregunta descentrado, como si estuviera pensado en dos cosas a la vez.

—Porque el hombre tenía el mismo color de pelo que ella, y porque la mujer de mediana edad la reprendió como solo una madre puede hacer.

—Eres incorregible —le dijo Jamie.

—Me cayó muy simpática —aseguró la madre.

—Puede que esté pensando quedarse en las Tierras Altas —aventuró el padre.

—Puedes preguntárselo esta noche —lo animó la madre.

Alexander optó por mantenerse callado. Si su madre había puesto su interés en la guapa sassenach, no tenía nada que hacer al respecto porque averiguaría todo sobre ella aunque le llevara tiempo.

—Déjalo estar, mamá —le pidió él.

Alexander se levantó y se dirigió hacia la biblioteca. Tenía mucho en qué pensar, sobre todo en una hermosa y seductora pelirroja.

## CAPÍTULO 13

Heaven tenía una verdadera oportunidad con Alexander Graham, y se dijo que tenía que vestirse de forma impresionante para deslumbrarlo. Le había pedido al abogado de su bisabuelo que recabara toda la información posible sobre la vida privada de Alexander Graham, y así se había enterado de su compromiso fallido con una inglesa. Y estuvo parte de la tarde observando el interior de su armario con ojo crítico. Tenía que vestirse seductora, pero no vulgar. Elegante, pero no anticuada. Femenina pero con un aire profesional.

Pensó en Robert. En las duras palabras que le había dicho para justificar su abandono. Ella no era una fría frígida. Recordarlo, le tiñó las mejillas de rojo. Por eso, Heaven escogió un vestido de muselina dorada con un fajín negro en la cintura. La confección del vestido era en verdad una maravilla: delicado y cuidado. Cuando se lo puso, sonrió, estaba muy femenina gracias al generoso escote que dejaba entrever el nacimiento de sus pechos.

No quería parecer una frígida mujer florero.

Como el color del vestido realzaba el color rojo de su cabello, decidió hacerse un moño bajo. Se maquilló con esmero para ocultar la mayoría de las pecas, y, una vez que se calzó las bonitas botas de un tono más claro que el vestido, el resultado fue el que esperaba.

Cuando Graham pasó a buscarla en su propio carruaje, se mostró impresionado. Heaven se felicitó porque preveía un gran éxito. La ayudó a subir al carruaje, y le dio instrucciones al cochero.

—Gracias.

—Está muy hermosa.

—¿Lo dice en serio?

—Absolutamente.

Ella se lo tomó como un cumplido.

—Sé que no es habitual que una mujer invite a un hombre a cenar si no es pariente o amigo —le dijo ella, y si pensó en sorprenderlo lo consiguió—. Pero le debía una disculpa, y pensé que esta era la mejor forma de dársela.

Alexander soltó el aire poco a poco. No sabía qué le había sorprendido más, si el precioso y sensual vestido de ella, o saber que tendría que controlar lo que le hacía sentir cada vez que lo miraba con esos ojos almendrados.

Ella hizo un movimiento que dejó el cremoso nacimiento de sus pechos a la vista. Se le endureció la entrepierna.

—No había necesidad de una invitación porque ya acepté tu disculpa, ¿no lo recuerdas —afirmó rotundo, y tuteándola por primera vez—. Aunque será un placer poder conversar con una mujer tan inteligente.

Y Heaven supo en ese preciso momento que había cometido un error descomunal. Ella no quería parecer inteligente sino apasionada. Quería que la deseara, verlo en el brillo de sus ojos azules. Quería que la besara porque necesitaba comprobar si otro hombre la consideraba frígida.

¡Maldito Robert!

—Por tus palabras deduzco que no conoce a muchas mujeres inteligentes en Escocia —Alexander giró el rostro para mirarla—. Y eso es muy poco caballeroso.

Del rostro de ella bajó al busto que el vestido realzaba. A la estrecha cintura que se apreciaba

a pesar de estar sentada, y a las esbeltas piernas.

Heaven percibió su escrutinio, y se sonrojó. No recordaba los años que hacía que no se sonrojaba tan seguido. Pero ese escrutinio le demostró que no le era indiferente, que la atraía, pero se preguntó hasta qué punto. ¿Dejaría de verla atractiva si la besaba? ¿Comprobaría que era un témpano de hielo?

Sintió ganas de llorar por el enorme daño emocional que le había provocado Robert con sus acusaciones.

—¿Le gusta mostrarse sarcástica a propósito? —le preguntó de pronto—. En modo alguno me he referido a las escocesas.

Y ella se resbaló un poco en el sillón de cuero del carruaje. Era escucharle con ese sensual acento escocés, y se derretía como la mantequilla al fuego. Como ella no controlaba con fluidez el gaélico, todos le hablaban en inglés, pero el acento de él la seducía.

—Confío que le guste el lugar elegido para la cena —le dijo de pronto para cambiar de conversación—. Yo no suelo ser problemática con los menús, además, no conozco muy bien la comida escocesa aunque mi madre es nacida aquí.

Alexander medio sonrió. A ese tentador cuerpo le hacían falta unos buenos haggis.

—Te preocupados demasiado, sassenach —le dijo sin que ella pudiera objetar nada.

Una vez que estuvieron sentados en la taberna, ella le permitió que pidiera para los dos. Alexander pidió tanta comida, que cuando el tabernero se marchó, Heaven se mostró asombrada.

—¿Todo eso es para nosotros, o estamos esperando a todo ser viviente de Elgin?

Alexander sonrió de una forma encantadora, y el estómago de Heaven le bajó de golpe hasta los pies. Se juró que no volvería a sacarle una sonrisa porque peligraba su salud física.

—Las verduras son para ti, el resto es para mí.

Heaven desvió la mirada porque sostenérsela a él la turbaba. Antes de que el mesonero sirviera la cerveza, Alexander le preguntó.

—¿Comenzamos?

Ella se mordió ligeramente el labio inferior. Con el encargado no sabía a qué atenerse. No respondía a los cánones típicos que ella conocía tan bien.

—¿Te refieres a la comida?

Había formulado la pregunta de una forma tan sensual que logró que Alexander respirara profundamente. Soltó el aire poco a poco.

Heaven agradeció que le afectara la cercanía entre ambos tanto como la afectaba a ella.

—Creí que ya se había roto el hielo entre nosotros el otro día —le soltó con sorna.

Heaven se sonrojó al recordar el espectáculo que había ofrecido con la dichosa falda de vuelo, y enseñando su culo a los espectadores. ¿Cuántos sonrojos llevaba en el rato que estaba con él? Había perdido la cuenta.

—¿Lograste recuperar mi pañuelo? —le preguntó con falsa preocupación.

El rostro de él se puso serio, y ella interpretó que lo había olvidado por completo. Alexander lo había olvidado.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez que vea a Charles.

El tabernero puso en la mesa los primeros platos, y los dos se embarcaron en una conversación que en nada tenía que ver con el whisky. Hablaron de política, carreras, etc. A Alexander lo sorprendió lo informada que estaba ella en temas tan intrínsecamente varoniles.

Heaven le llevaba cierta ventaja porque su padre había sido el mejor profesor que podía tener una mujer.

—Con ese aspecto pareces una princesa —dijo él de pronto cuando ella rechazó la carta de

postres.

Los dos iban por la segunda jarra de cerveza.

—Creo que estoy un poco mareada, pues no suelo beber cerveza —se lamentó ella porque le apetecía alargar la velada y seguir disfrutando de su compañía.

—Estoy tan embelesado admirándote, que apenas me he dado cuenta de lo que hemos bebido.

Los ojos de ella se redujeron a una línea. Por momentos parecía que él se interesaba por ella de verdad, y en otras que ponía distancia, como si le desagradara algo en particular.

—Entonces si has bebido lo suficiente podrás desvelarme tus secretos para que la bodega Halfelnaked haya logrado el éxito tan pronto.

—¿Pronto? —preguntó sorprendido—. Llevo más de cinco años dedicado al whisky.

Heaven lo escuchaba atentamente, y, durante la siguiente hora, Heaven sacó toda su poder inquisitorio. Alexander contestó una pregunta tras otra con la paciencia y la serenidad que lo caracterizaba.

—Para tener una madre escocesa, no hablas bien gaélico —le dijo de pronto.

—Mis abuelos eran de las Tierras Altas, así que no soy tan sassenach como me decís —lo había dicho como una auténtica queja—. Mi madre se enamoró de mi padre, y decidió quedarse con él en Inglaterra, fin de la historia.

Cuando vio la sorpresa en el rostro firme, decidió contarle parte de su vida.

—¿Cómo conociste al actual propietario de Birdwhistle? —le preguntó tiempo después.

Heaven sentía remordimientos por haberle mentido. Y como la cena que había tomado era tan ligera, el alcohol de la cerveza hizo lo que se esperaba en un cuerpo sin un gramo de grasa como el de ella: se le subió a la cabeza hasta el punto de que se mostró divertida, dulcemente espontánea, y seductoramente desinhibida.

Le sonrió de oreja a oreja antes de responderle.

—Le salvé la vida en Bath —no logró sorprenderlo con su revelación—. Es un buen amigo —la miró sin parpadear, esperando que explicara mejor el término que había utilizado para referirse a un hombre como él.

Ante el silencio de ella decidió atacar.

—No parece un amigo.

Ahora fue ella la que contraatacó.

—¿Y qué parece entonces?

—Un amante —respondió tan franco como era habitual en él.

Ahora fue ella la que se quedó sin palabras. Echó la espalda hacia atrás, y lo miró tan asombrada, como incapaz de decir algo coherente.

—Le tengo un profundo cariño a Jack, pero no es mi amante. —Él golpeaba la mesa con los dedos de la mano en un lento tac-tac. Finalmente, y antes de tomarse el último trago de vino, le soltó con mirada coqueta—. Bajo esta luz romántica y a través de esta copa, tú sí que podrías serlo.

Después de decirlo, Heaven se arrepintió, pero ya no había vuelta atrás. Maldijo la cerveza negra escocesa y la escasa cena con la que lo había acompañado.

El rostro de Alexander era una máscara indescifrable.

—Tú también me atraes mucho —admitió al fin en voz tan baja, y con esa candencia que comenzaba a volverla loca—. Desde el mismo momento que te apropiaste de mi carruaje.

Heaven rio, y a él le gustó su sonrisa.

—No suelo hacerlo.

—No puedo creerlo.

—Es cierto.

—No es posible.

Alexander la miró tan intensamente que ella sintió que le desnudaba el alma.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien en compañía de un hombre.

—¿Eso incluye al dueño de Birdwhistle?

—He sido sincera —respondió ella.

—¿Ha sido la cerveza o mi compañía? —inquirió él.

—Ambos —al escucharla se mostró un tanto decepcionado. Heaven continuó en su ataque y derribo—. ¿Hay una mujer en tu vida?

Alexander le hizo un gesto afirmativo casi imperceptible.

—Mi madre.

—¡Ohhh! —exclamó ella con voz melosa.

¡Cómo le gustaban sus respuestas!

—¿Y en la tuya? —se interesó Alexander.

—Mi padre —afirmó sin dejar de mirarlo.

—¡Ohhh! —repitió.

El tabernero ya traía la cuenta, y Alexander fue muy rápido al cogerla.

—Me corresponde pagar puesto que te invite a cenar —le recordó ella con ojos entrecerrados.

Alexander no dijo nada, se limitó a sacar el dinero. Una vez que hubo finalizado de pagar, entonces le respondió.

—Un caballero de verdad permite que le roben el carruaje, y además siempre paga la cuenta.

—Gracias —ella estaba acostumbrada a hombres galantes como su padre.

Robert lo había sido. Jack también, sin embargo, Alexander era tan auténtico que podría provocarle un cataclismo emocional si no llevaba cuidado. Le atraía muchísimo, y no sabía como pedirle que la besara.

—No voy a dejar que te marches —lo tentó ella que no quería que la velada terminara.

—Podemos pasear un rato, conozco un lugar donde podemos degustar una buen trago de whisky —fue la sencilla respuesta.

—Si bebo más alcohol, puedo convertirme en un peligro —le advirtió ella.

Alexander lo pensó durante un momento.

—Me arriesgaré —aceptó él.

Alexander se levantó y ella lo imitó.

## CAPÍTULO 14

Heaven despertó con una sonrisa dulce en los labios. Se despertó como si fuera una gatita satisfecha, aunque su mente no supo registrar el motivo por el que se sentía tan bien. Hacía meses que no dormía de forma tan relajada. Miró hacia la ventana, y vio que no había amanecido. Su horario interior todavía seguía el ritmo de Londres. Respiró profundamente cuando percibió que algo se movía a su lado. Se giró con suavidad, y se dio de bruces con Alexander que dormía de forma plácida junto a ella.

De repente lo recordó todo. La ligereza en la cabeza, el deseo palpitante entre sus piernas. Los besos apasionados, y la leve molestia que vino después.

Tras la cena y las dos jarras de cerveza negra, habían continuado conversando en un lugar cercano acompañados con un poco de whisky, y cuando el establecimiento cerró, continuaron en la vivienda de ella. Afortunadamente, su abuelo tenía una buena reserva de whisky y licores. Habían estado riendo y bromeando hasta pasadas las doce de la noche. Heaven no supo precisar quién de los dos fue el que dio el paso para el primer beso. Y, tras el primero, vino un segundo y un tercero. Sin darse cuenta se encontró recibiendo unas caricias sublimes, y una cosa llevó a la otra. Ella quería comprobar que no era frígida como Robert había dicho, eso, sumado al alcohol que circulaba por su cuerpo, y a los embriagadores besos que le había dado Alexander, convergió en un cataclismo que no le importó. Ella deseaba con todas sus fuerzas que le hiciera el amor, le había enviado todos los mensajes posibles, y él había respondido.

Había sido tan agradable, tan mágico y perturbador, que no sabía cómo podría enfrentarlo sin arder de vergüenza.

Heaven sintió la acuciante necesidad de acariciar el rostro de Alexander, y se encontró haciendo precisamente eso. Con mucha suavidad apartó un mechón de pelo, y lo apartó detrás de la oreja. Él, no se despertó, siguió durmiendo de forma plácida ajeno a todo.

Era un amante excepcional que besaba maravillosamente bien. El perfecto galán que hacía suspirar a las mujeres. Atento, tierno, y con un sentido del humor increíble. Y le hacía sentir única, especial...

—¡Buenos días! —la sorprendió con una mirada tan intensa, que podría quemarla si se acercaba demasiado.

Los dos estaban desnudos bajo las sábanas. Ella estaba muy azorada porque jamás había estado así con un hombre, pero le gustó.

Heaven tendió su palma derecha y la posó en el fuerte torso. El contacto le abrasó la piel y envió una descarga a cada una de sus extremidades poniéndole los miembros rígidos. Lo sintió ponerse tan tenso bajo ella que los músculos se le marcaron sobre los huesos, y los tendones se tensaron hasta el punto de parecer cuerdas de navío.

—Eres maravillosa —ella no podía decir nada porque mantenía todas sus energías en percibir su calor y los leves movimientos bajo su mano—. Voy a besarte.

Y lo hizo de forma muy suave, casi en una caricia, hasta que percibió que ella entreabría los labios para recibirlo. Alexander intensificó el asalto. Se introdujo en la boca deseoso de llegar hasta dónde ningún otro hombre hubiese llegado jamás. Como si pretendiera borrar cualquier rastro anterior que no fuera el suyo propio. No quería limitarse a besarla, no, quería que sintiera lo que era ser besada de verdad, con pasión abrasadora, con deseo letal, y con ansias desmedidas



de complacerla en todo. La boca de Heaven era lo que le había mostrado la noche anterior: cálida, sabrosa, en cierto modo tímida y tremendamente sensual. Ella buscaba su lengua como si de pronto se hubiera vuelto dominante y quisiera llevar la iniciativa. Alexander cerró los dedos en torno a la nuca de Heaven, y siguió envolviéndole la boca hasta que le arrancó un ronco gemido de satisfacción. Saboreó el sonido con gozo sublime y recibió un nuevo gemido que le supo absolutamente delicioso. Ella se apretó a él buscando una profundidad mayor, ladeando la cabeza para que sus bocas se adaptaran mejor la una a la otra. La sujetó con ternura de las muñecas y se las inmovilizó con una mano mientras se colocaba sobre ella. Acarició el rostro de Heaven, sus tersas mejillas, sus labios voluptuosos. Estaba completamente rendida, y Alexander contempló el magnífico cuerpo femenino de pechos generosos que se convulsionaban bajo él con apremiante necesidad. Con el dedo pulgar le ordenó que dejara la boca abierta, y ella obedeció solícita, separando los labios y lamiéndose el labio inferior al intuir lo que iba a ocurrir. Alexander se hundió en su boca de forma lenta, disfrutando de la textura de su lengua, de la tibia calidez y de la humedad de su saliva, recreándose en el momento. Estaba tan húmeda y tan excitada que Alexander deslizó su miembro dentro de ella con suma facilidad hasta el fondo. Ella abrió los ojos con un jadeo entrecortado sintiendo cómo con cada centímetro de recorrido sus músculos se tensaban y se estiraban para recibirlo. Todavía le escocía, pero Alexander se mostró tierno y delicado a medida que se iba introduciendo en ella. Y lo hizo lentamente tomándose todo el tiempo del mundo, como la noche anterior, y una vez que el vientre femenino se relajó bajo él, comenzó un lento vaivén que le hizo a ella cerrar los ojos ante las sensaciones que comenzaron a inundarla.

Primero fueron suaves movimientos tratando de que ella lo siguiera, después la embistió con tanta fuerza que cada vez que llegaba al final, Heaven veía estrellas. El cuerpo se le cubrió de un sudor resbaladizo, y no pudo sino agarrarse con fuerza a las sábanas. Alexander había desatado un infierno caliente en su vientre cada vez que él frotaba su corona en el lugar más íntimo de su cuerpo. Estaba tan excitada, que cada vez que lo sentía empujar gritaba.

—No grites —susurró Alexander en su oreja.

Pegó una mejilla caliente a la de Heaven, y ella inspiró hondo para empaparse con su olor. El vello de la barba le raspaba.

—¡Por Dios que no puedo callarme! —exclamó al mismo tiempo que percibía en su mejilla los latidos del corazón de Alexander—. Me gusta mucho... me encanta todo lo que me haces...

—Estoy a punto de arder por completo —confesó él mientras seguía empujando y acelerando el ritmo—. Me has convertido en una brasa incandescente.

—Uf, no puedo respirar —dijo entrecortadamente.

—¿Peso mucho? —Alexander se apoyó en los brazos al mismo tiempo que disminuía un poco el ritmo.

—No puedo respirar por el placer —contestó sincera—, me vas a hacer estallar en cientos de pedazos.

La piel de ambos transpiraba. El sudor se entremezclaba dulzón, caliente. Ella le acarició la mejilla con los dedos, y la carne de Alexander, allí, donde lo había tocado, hormigueó de tal forma que le provocó un acceso de calor que le bajó por el cuello hasta los pies. Tensó la espalda al mismo tiempo que un escalofrío le bajó por la espina dorsal y se transformó en un latigazo que le llegó directamente a los testículos. Las convulsiones se centraron en esa parte de su cuerpo, y Heaven lo siguió en el orgasmo un segundo después.

Los oscuros ojos azules se recrearon en el cuerpo de ella desnudo. Alexander nunca imaginó que pudiese disfrutar tanto de la visión maravillosa de Heaven: su cuerpo exudaba placer

satisfecho por cada poro.

Finalmente se derrumbó sobre ella al mismo tiempo que la abrazaba.

\*\*\*\*\*

Heaven se miró la piel de los pechos que tenían una tonalidad sonrojada. Alexander los había besado, acariciado a placer. Se puso la mano en la garganta para contener una exclamación de satisfacción porque habían sido las horas más increíbles de su vida. Lo había dejado en la cama mientras ella se disponía a asearse. Apenas eran las ocho de la mañana, y él tenía que irse pronto.

No había deseado nada tanto como deseaba que Alexander le hiciera el amor.

Heaven se preguntó qué sucedería a partir de ese momento, porque ya no solamente le gustaba. Comenzaba a sentir una necesidad emocional como no le había sucedido nunca, ni con Robert. Pensar en el otro le hizo arrugar la nariz. Parecía tan lejano, tan difuso en el tiempo. Heaven no supo discernir en qué momento Robert había quedado en el olvido, ni en qué momento sus sentimientos renacidos habían tomado el relevo. Se fue aseando con gestos mecánicos sin dejar de pensar en el monumental lío en el que se hallaba metida. Alexander le gustaba desde aquella ocasión en la que le robó el carruaje. Se había colgado de su brazo con la intención de resguardarse bajo su paraguas hasta que el carruaje se detuviera frente a ellos, y, él, con esa sonrisa sencilla le había hecho una mella profunda en la coraza que se había colocado tras su ruptura con Robert. «Me gusta demasiado», se dijo apurada. Heaven siguió cavilando entre lo correcto e incorrecto mientras se secaba y se vestía con ropa más sencilla. No se recogió la larga melena, dejó que los rizos rebeldes camparan a sus anchas. Cuando salió de la alcoba, el aroma del desayuno inundó sus fosas nasales. Cerró los ojos con placer porque estaba hambrienta. Cuando llegó a la cocina, Alexander solo estaba vestido con su camisa que le llegaba hasta la mitad de las caderas, tapando lo justo sus atributos masculinos, y que tanto la habían hecho gozar. Se preguntó por enésima vez cómo podía un hombre ser tan seductor vestido solo con eso.

Él, la miró, y ella enrojació hasta la raíz del cabello. Debería de sentirse avergonzada por haberse dejado seducir de forma tan rápida, pero estaba tan dolida por las acusaciones de Robert, que tenía que comprobar si eran ciertas.

—Estoy hambrienta —reconoció con una sonrisa al mismo tiempo que se sentaba. Cuando Heaven vio lo que había preparado de desayuno se extrañó bastante—. ¿Tenía todo esto en la despensa?

La pregunta había sonado incrédula.

—No es mucho, pero calmará nuestras ansias de nutrirnos.

Heaven creyó que no había escuchado bien. Con lo que había preparado Alexander podrían comer la totalidad de Elgin. Había huevos revueltos, tocino, tostadas, té, fruta, y quesos.

—Tomaré solo un té —dijo ella mientras él ponía en un plato la mitad de los huevos revueltos y dos lonchas de tocino.

—Ni hablar —dijo sin miramientos mientras le ponía en las manos el plato al que añadió un par de tostadas con mantequilla derretida.

—No estoy acostumbrada a comer tanto justo después de levantarme —le confesó.

—Lo necesitas —afirmó rotundo.

Heaven se había puesto un vestido de seda verde claro con mangas hasta el codo, y abotonado en el pecho. Era de vuelo amplio, y, como iba descalza, arrastraba unos centímetros.

—Necesitas energía si quieres seguir mi ritmo.

—¿Tú ritmo?

Alexander acababa de darle un mordisco a una de sus tostadas. La mantequilla le resbaló por el labio inferior. Se lo lamió sin contemplaciones. Ella siguió el gesto hipnotizada.

—Voy a hacerte el amor cada día, y necesitas recuperar fuerzas para no caer desfallecida.

El plato tembló en las manos de Heaven que no se esperó esa respuesta. Lo miró con un brillo de temor que no escapó a la aguda mirada de él.

—¿Te he complacido? —se atrevió a preguntarle.

Le quemaba esa pregunta en la boca porque quería borrar el estigma de frígida que le había endilgado Robert.

—Mucho —contestó muy serio—. Demasiado para mi paz mental.

—No soy una mujer promiscua —le advirtió sin mirarlo.

—Lo sé —respondió quedo—. Fui plenamente consciente de tu virginidad.

Ella se mordió el labio inferior.

—Creo que el exceso de cerveza tuvo un poco la culpa —trató de disculparse, pero lo pensó mejor—. En realidad fue todo lo que me haces sentir.

—¿Te arrepientes? —le preguntó preocupado.

—No —admitió sincera.

—No parece la típica mujer a la que le asusta una relación como la que hemos iniciado.

Heaven sintió deseos de reír porque él ni se imaginaba lo que había sufrido con Robert, pero le dio el primer bocado a su tostada a la que acompañó con los huevos revueltos.

—Qué rico está —admitió asombrada.

La sonrisa de él se le clavó directamente en el corazón.

—Eres especial, Heaven —le dijo él—. Me alegro de haberte encontrado.

Heaven se ahogó al tragar, y tosió con aspavientos. Alexander le quitó el plato de las manos y le levantó los brazos por encima de la cabeza.

—¿Mejor? —increíblemente, el acceso de tos había desaparecido—. Mi madre solía hacérmelo de niño cuando me atragantaba.

Alexander le acarició la mejilla, y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Un instante después los dedos de él tomaron un mechón de cabello rojo y se lo llevó a los labios.

—Tienes un cabello precioso. Me gusta mucho —Heaven pensó que si él seguía hablándole así, ella iba a terminar llorando—. Pero estás muy flaca.

—Antes de llegar a Escocia, pasé unas semanas muy duras —respondió con humor.

Los ojos de Alexander se habían oscurecido, y ella entendió esa mirada muy bien.

—Tus ojos hablan de desengaño.

—Ni te imaginas cuánto —exclamó para sí misma.

—Soy una clase de hombre que ama la vida, la belleza, y tú eres la más hermosa de todas las creaciones.

—Me haces sonrojar —admitió cabizbaja.

Alexander tomó de nuevo su plato y se lo terminó. Repitió, y le animó a ella a que hiciera lo mismo.

—Ahora un poco de queso...

No le dio opción a negarse. Le colocó un trozo de queso en la mano y se lo acercó a la boca, ella lo mordió con una sonrisa.

—Sabes que no voy a dejarte marchar —le dijo él de pronto.

Heaven lo miró muy seria. Ella iba a estar un año en Escocia, después regresaría a Inglaterra. Le había permitido que le hiciera el amor, le había entregado su virginidad, pero no se arrepentía.

—No tengo intención de irme —respondió ella.

Si él le ofrecía un compromiso, no estaba segura de la respuesta que le ofrecería.

—Me siento responsable de ti —le dijo de pronto.

Ella no quería responder, pero lo hizo.

—¿Por qué ya no soy doncella? Es lo que decidí anoche, y hoy no me arrepiento.

—Es cierto que te entregaste sin una promesa por mi parte —le recordó él.

—No la buscaba —se atrevió a decir.

Alexander estaba desubicado. Ella no se comportaba como una muchacha sin experiencia, pero lo era. Durante la cena de la noche anterior, le había enviado todos los mensajes posibles tanto físicos como emocionales. Y él había aceptado el ofrecimiento. Descubrir que era virgen le había supuesto un maremoto emocional. Una mujer no ofrecía su virginidad al primero que llegara, entonces, ¿por qué lo había escogido a él? Desde luego que se sentía ufano por ello.

—Pero deseo ofrecértela ahora —afirmó él.

Ella podía aceptar eso.

—Estoy de acuerdo —aceptó al fin—. Vamos a conocernos mejor, y más adelante decidimos.

Él, parpadeó incrédulo.

—¿No aceptarás un compromiso por mi parte? ¿Pretendes que seamos amantes?

La palabra compromiso la odiaba a muerte porque en el pasado había quedado vacía de contexto.

—Sí...

Los dos se quedaron mirando con atención. Y a ella le cuadró por completo el carácter de Alexander: sereno, elegante, sincero, emotivo, pasional.

—Quiero ser tu amante ahora —le dijo sin pensar—. Más adelante, decidiremos

Pero él no le respondió. Se acercó a ella con claras intenciones de besarla, y lo hizo de una forma que la marcó con fuego.

## CAPÍTULO 15

Alexander seguía su rutina habitual de trabajo, pero se reservaba unas horas cada día para dedicarlas a Heaven. Solía visitarla a menudo en su casa, y terminaron cenando juntos cada noche, algunas veces en lugares apartados, y otras en casa de ella. Cuando no hacían el amor, jugaban. Cuando no se bañaban juntos, leían. Alexander le dio clases magistrales sobre whisky. Ella lo escuchaba arrobada. En ese momento estaban abrazados en el sofá, y comían dulces que había traído él de su madre.

—Yo sería incapaz de cocinar esto —dijo ella refiriéndose al dulce que comía en ese momento.

Alexander la miró de reojo, y sonrió.

—No te hace falta cocinar —le dijo arrobado—. Me nutres por completo.

—He tenido el mejor profesional —respondió orgullosa—. Tú.

Alexander le quitó el dulce, y la giró hacia él para besarla. Heaven adoraba su forma de besar: firme pero tierno. Apasionado pero respetuoso.

—Quiero conocer a tus padres —le informó él.

Ella se apartó un poco, y lo miró con los ojos reducidos a una línea.

—Es un poco pronto —dijo de pronto.

—¿Sabes que mantenemos una relación íntima?

—No —confesó.

Alexander la miró perplejo.

—Es lo correcto.

Heaven bajó los pies del sofá al suelo, y rescató el dulce de la mesita.

—Es un poco pronto para conocerlos, ¿no crees? —inquirió ella.

—Llevamos más de un mes acostándonos juntos.

De nuevo lo rectificó.

—No nos acostamos juntos, hacemos el amor juntos... —esa respuesta le valió otro beso apasionado—. ¿Verdad que suena mejor?

—Suena más romántico.

—Eres un hombre romántico.

—¿Te molestaría que no lo fuese?

Heaven meditó la respuesta durante unos momentos.

—Me gustas tú —respondió sincera—, y eso incluye todas y cada una de tus habilidades y emociones.

—Gracias.

—De nada.

—¿Puedo invitarte el viernes a cenar en casa de mis padres?

Heaven había estado todos esos días viviendo en una burbuja de felicidad. Esperando el momento del día en el que vería a Alexander, pero conocer a sus padres no le pareció una buena idea porque implicaba algo más serio que ella todavía no quería considerar. Quería estar segura antes de dar ese paso. Con Robert le había ido realmente mal.

—Es extraño —dijo de pronto.

—¿El qué? —inquirió él.

Heaven tomó aire de forma suave.

—Normalmente sería yo la que debería estar ansiosa de presentarte a mis padres. De normalizar nuestra relación íntima.

—¿Están tus padres aquí? Porque me presentaré enseguida.

—¡Por supuesto que no!

—Los míos sí, y si vamos a seguir compartiendo momentos como este, es justo que mis padres te conozcan. Ya no me conformo con mantenerte en el anonimato. Ha llegado el momento de formalizar nuestra relación.

—¡No me presiones! —Alexander la miró atentamente sin comprender esa última exclamación—. A veces cuando estoy contigo —le explicó ella—, siento que todo es posible.

—¿Y eso es malo?

—Es extraño.

Alexander se tomó su tiempo en responder.

—Quiero que aceptes mi propuesta.

—Yo he salido de una relación horrible hace un tiempo.

Ella se lo había explicado semanas atrás, y él lo había entendido, pero en este momento, Alexander se tomó las palabras de ella de una forma muy diferente.

—¿Tratas de decirme que todavía lo amas? ¿Qué no lo has olvidado?

Heaven no había sido sincera, y aunque sentía la tentación de hacerlo y de revelarle quién era ella realmente, se retraía porque mucho se temía que las cosas entre ellos podrían cambiar de forma drástica. Y en su egoísmo prefería callar y que todo siguiera igual. Alexander se había convertido en una droga para ella, pero en esta ocasión quería hacer las cosas mejor, sin precipitarse.

—¡Claro que lo he olvidado! —exclamó sincera.

—Bueno —dijo él—, la decisión está tomada.

—¿Me estás presionando? —le preguntó ella intencionadamente.

Le gustaba el cambio de conversación a un campo más neutral para ella. Él le hizo un gesto negativo con la cabeza.

La besó otra vez de forma larga y prolongada.

Alexander separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino que se abría para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina. Ella sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla, era como el paraíso. Al ver que ella lo alentaba a continuar con su insinuante movimiento de caderas, él enterró un segundo dedo en ella. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre. Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorría la columna vertebral y vibraba en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión que crecía. La boca de él abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Aferró entre sus dientes el maduro pezón y lo mordió con una delicadeza que no se creía capaz. Lo único que quería era devorar. Devorar ese cuerpo que se retorció bajo él y que tantas y tantas noches lo había vuelto loco de placer. Notó el mordisco de ella en el lóbulo de su oreja, pero no le importó, también él quería morderla. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación, una liberación que él no quería ni pretendía retrasar. Heaven estaba más que lista para él, como siempre. Sus dedos estaban tan empapados que casi parecía tenerlos metido en miel templada. Los retiró de ella no sin escuchar la súplica de sus dulces labios de que no parara aquella tortura. Equilibró su peso en los codos y antebrazos, uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó por su cuerpo con una mano, y buscó su pesado miembro con ella,

lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta el portal en el que se moría por entrar.

La cabeza púrpura de su miembro encontró la entrada femenina, y se introdujo suavemente dentro de ella. Se deslizaba dentro de ella como seda, ella le absorbía por completo. Se ajustaba a su alrededor como un guante de cuero nuevo a una mano. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido, y, de una fuerte estocada, se hundió firmemente en ella hasta la raíz. El cuerpo suave se tensó por unos segundos ante la invasión, pero al momento estaba ondulándose bajo él como la marea mecida por la corriente. Era el mejor sexo que jamás había experimentado, y sólo le sucedía con ella, con Heaven.

Ella buscó con sus manos el cuerpo de él, en una muda súplica de decirle con caricias lo que no podía decirle con palabras porque tenía la boca silenciada por sus besos. Sus dedos recorrieron la ancha espalda hasta la misma base de la columna, y un poco más abajo también: hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él hacia su interior. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido de dolor, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos. Entonces, su cuerpo fuerte y masculino se lanzó también en busca de la liberación, y, junto al ahogado grito de ella, reverberó también el de él en el momento en el que el cálido fluido de vida que era su semen inundó la matriz de Heaven.

\*\*\*\*\*

Heaven había quedado que pasaría a recogerlo a Halfenaked. Ella había capitulado al fin, y había aceptado mostrar la relación entre ambos con un compromiso de por medio. Cuando el carruaje aparcó en la zona habilitada, parecía que todos sabían quién era ella. Soportó con mirada indiferente las sonrisas malintencionadas de algunos hombres que se marchaban, y de otros que se dirigían hacia el exterior. Hasta que no la perdían de vista, no giraban las cabezas.

Pudo entrar al enorme patio de la bodega sin dificultad pues Alexander ya había informado sobre su llegada.

Alexander estaba impartiendo órdenes a varios hombres. Vestía traje oscuro y camisa blanca. Sonó un trueno en la lejanía, y Heaven alzó el rostro al cielo. Había estado todo el día nublado y con amenazas de lluvias, pero para ella era como si el sol brillara en todo su esplendor. Se sentía en verdad feliz.

Alexander siguió el gesto de uno de los trabajadores, y miró hacia donde estaba ella plantada. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Heaven lo hizo encantada.

—Qué hermosa estás... —Heaven se alzó de puntillas, y le dio un beso ligero en la boca.

Alexander la abrazó por la cintura y profundizó el beso. Parecía que no lo molestaba que los trabajadores los miraran embobados.

—Nos están mirando —le dijo ella un tanto azorada.

—Termino enseguida, y nos vamos.

Durante la siguiente hora lo estuvo mirando sin perder detalle de las explicaciones que le daba a los hombres. Era correcto y educado hasta cuando ordenaba. No llevaba la chaqueta puesta, sólo la camisa blanca. Heaven admiró los músculos del fuerte cuerpo cuando en cada movimiento la camisa se adhería a la piel bronceada. Alexander era un hombre de presencia imponente. Y, ella, que conocía cada músculo de ese cuerpo fuerte y bien estructurado, sintió un extraño hormigueo en el estómago que le subió hasta la garganta al recordar lo que le provocaba a su cuerpo cada vez que le hacía el amor. Tenía un culo bien marcado y unos muslos que los camales del pantalón ajustado acentuaban. Concluyó las órdenes en un tono nada autoritativo, y

Heaven se dijo que los hombres le obedecían porque lo respetaban. Su admiración hacia él crecía a cada momento que pasaba a su lado. El patio se quedó vacío, y Alexander se giró hacia ella en el mismo momento que comenzó a chispear. Se resguardó de las gotas de lluvia bajo el dintel de una puerta.

—Confío que sea algo pasajero —el rostro masculino no la miraba a ella sino al cielo completamente gris—. Esperaremos un poco para ver si amaina.

—Me alegro que llueva —le dijo emocionada.

Cada día en compañía de Alexander se volvía inolvidable.

Alexander miró el fino vestido de satén color azul claro que vestía ella. Como todo lo que se ponía era muy femenino: ajustado en el corpiño y con un vuelo enorme en la falda. Los bonitos botines de tacón bajo estilizaba las piernas pero no eran apropiados para caminar por un campo embarrado.

—¿Apruebas mi atuendo?

Alexander le ofreció una mirada pícaro que ella atesoró muy dentro de sí.

—No pises el barro.

Heaven miró los bonitos botines que llevaba, y, un instante después lo miró con ojos que rezumaban algo más que placer por observarlo. Dio un paso, y fue directamente hacia él, se abrazó al duro cuerpo, y pegó la cabeza al pecho.

—Baila conmigo, Alexander. Bailemos al sonido de la lluvia.

Si la petición le extrañó, no lo demostró. La abrazó con suavidad y la movió como si meciera a una niña pequeña.

—Es maravilloso estar aquí a tu lado —reconoció sincera.

Siguieron moviéndose al compás de una música imaginaria, y, de pronto, un recuerdo despertó en la mente de Heaven: uno de los más bonitos que conservaba, y era el de su padre bailando y cantando con ella bajo un espeso manto de lluvia en el jardín de su casa en Londres. El recuerdo fue tan intenso y entrañable, que deseó repetirlo, pero con el hombre que la mantenía abrazada a él.

—Vamos a bailar bajo la lluvia —le dijo de pronto.

En esta ocasión sí que la miró atónito.

—Nos mojaremos la ropa, y te recuerdo que debemos asistir a una fiesta.

—Baila conmigo —le suplicó con voz melosa.

Él, le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No me apetece mojarme.

Heaven respiró el aroma que la lluvia le arrancaba a la verde hierba, y el deseo de bailar bajo la lluvia le pudo. Se sentía libre, feliz, y quería mostrarlo.

—Mi padre solía cantarme una nana maravillosa —Alexander negó con la cabeza—. Siempre que tenía problemas, que me sentía triste, bailaba para mí y me cantaba esa canción. Era tan hermoso...

Alexander no pudo detenerla. Heaven corrió hacia el centro del patio, y levantó el rostro hacia el cielo. Las gotas le mojaron la cara, y la tela del vestido comenzó a pegársele al cuerpo como si fuera una segunda piel.

—Acabas de mancharte los botines de barro —le dijo él que se sentía sumamente divertido al contemplarla, pero ni loco pensaba acompañarla.

Heaven era la viva imagen de la felicidad, y no se sintió con la suficiente fuerza como para estropearle el momento. Si ella quería bailar bajo la lluvia, que lo hiciera.

—Ven, baila conmigo —nuevamente negó.



Ella comenzó a cantar.

—¿No te animas? —Alexander no le contestó, pero su mirada era brillante.

Heaven se descalzó, y, con un botín en cada mano, comenzó a bailar al mismo tiempo que seguía cantando.

—Ven, baila conmigo bajo la lluvia —Alexander pensó que no había nada más delicioso que ver ese cuerpo maravilloso contonearse bajo las gotas de lluvia.

Alexander finalmente la acompañó abrazándola fuertemente. Ambos quedaron empapados en minutos, pero a ninguno de los dos importó. Era delicioso sentirla. Vivir su alegría que era increíblemente contagiosa. Alexander rio con ella mientras se movían al compás de la canción que cantaba.

—Repíteme conmigo —le dijo con una gran sonrisa.

La besó con una necesidad desconocida para él. De forma larga, profunda y posesiva.

—No me gustaría que te enfriaras —le mostró su preocupación tras el beso.

Ella soltó un suspiro satisfecho.

—Me das todo el calor que necesito.

Volvió a besarla bajo la fina lluvia. Los dos eran ajenos a todo lo que no fuera ese momento entre ambos. La necesidad que sentían el uno del otro. De la felicidad que compartían cuando estaban juntos. Heaven terminó el beso con un quejido de placer inusitado.

—Tendremos que cambiarnos de ropa, y llegaremos tarde —se quejó él.

—Me encanta bailar contigo bajo la lluvia, aunque nos mojemos.

En ese momento, Heaven sufrió un escalofrío.

—Te advertí que podrías enfriarte —le recordó severo.

Alexander tomó su capa de lana gruesa, y se la puso sobre los hombros.

—Pero me he divertido mucho con esta travesura porque he logrado que peques conmigo.

—Siempre pecaré contigo.

Heaven se alzó para besarlo.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. Estaría besándote toda la vida.

—Prométemelo...

## CAPÍTULO 16

Como Alexander había pronosticado, Heaven se enfrió, y pasó un par de días con fiebre, e igual como le ocurriera de niña, sufrió una de sus habituales infecciones de garganta, y el médico le recetó unos polvos para que le bajara la inflamación. A los pocos días de estar tomándolos, su estado mejoró considerablemente. Ya no le dolía la garganta. Alexander la cuidó con mimo y con una entrega que la enterneció, por ese motivo había decidido prepararle una cena especial, pero como no sabía cocinar, contrató a una cocinera que también trajo una doncella para mantener la vivienda limpia. Encendió velas, y preparó la mesa de forma elegante y muy íntima. Se puso un vestido muy ajustado, apenas le permitía respirar, y Heaven se dijo que debía de haber engordado porque meses atrás le quedaba bien. Se calzó los zapatos de salón, y se colocó la tiara dorada para mantener la melena lejos del rostro. Siempre lo llevaba suelto cuando se veían, porque a Alexander le gustaba.

La aldaba de la puerta sonó con insistencia, y ella se apresuró a abrir. Alexander estaba apoyado en el marco con un enorme ramo de flores. Se las ofreció con una sonrisa de las que tiraban de espaldas.

—Te veo algo diferente —Heaven se miró el atuendo tratando de ver lo que veía él diferente en ella—. Debe ser esto —las fuertes manos tocaron los pechos femeninos en una caricia lenta y premeditada—. Dos globos maduros perfectos.

—He cogido algo de peso —admitió ella un poco preocupada.

—Estás fabulosa —y para demostrárselo la cogió en brazos y giró varias vueltas con ella.

—Si no hubiera sido por el doctor, ahora mismo no podrías levantarme —bromeó sin dejar de mirarlo.

—Te quiero, Heaven.

La dejó en el suelo y la besó ardientemente una y otra vez. La acarició, y el ramo de flores quedó olvidado en el aparador del vestíbulo. No llegaron al comedor. Alexander la fue llevando hacia la alcoba sin dejar de besarla. Heaven se perdía entre sus besos y caricias hasta el punto que no le importó nada más.

—Estos días se me han hecho eternos —admitió él sin pudor alguno.

—No quería contagiarte.

—Contágame lo que quieras, amor, pero no me mantengas separado de ti nunca más.

Se desnudaron al unísono. Se abrazaron y besaron como si estuvieran hambrientos de contacto físico. La mesa con los cubiertos quedó olvidada. La cena se enfrió, pero el retraso mereció la pena porque Alexander la obsequió con una noche de amor de las que no se olvidaban en la vida. La amó. La agasajó como solo un hombre como él podía hacer: dando, entregando, y pidiendo lo justo. Heaven se volcó en darle lo que no le pedía. La hacía sentirse generosa, dichosa, y llena de expectativas. Ningún hombre había logrado que se sintiera tan viva y deseada. Tan en armonía y enamorada.

La revelación la golpeó al mismo tiempo que recibía los embates de él. Y ser consciente de esa realidad la noqueó. Se había enamorado perdida e irremediabilmente. Tenía mucho que analizar, pero en ese momento solo podía centrarse en la excitación que Alexander le arrancaba a su cuerpo. No podía pensar, tan solo sentir. Y sentía en cada poro de su piel la esencia que él derramaba en ella con ferviente posesión. Heaven no podía respirar ante la espiral de deseo que

se le enroscaba en el estómago. La hacía encogerse ante lo que se avecinaba, pero no se resistía, todo lo contrario. Los dos eran un solo cuerpo, una misma piel. Ambos corazones latían al mismo son. Heaven lo abrazó por el cuello y lo pegó a ella porque quería sentirlo unido a su piel cuando el orgasmo la alcanzara. Respiró hondo varias veces porque quería esperarlo, pero era tanta su excitación, que se mordió el labio inferior para no gritar.

Los dos estallaron al mismo tiempo.

\*\*\*\*\*

El silencio la despertó. No habían cenado. Hacer el amor con él la había agotado por completo y hasta el punto de quedarse profundamente dormida en sus brazos. Heaven pasó la mano por el hueco vacío del lado de la cama que había dejado él. Las sábanas todavía estaban calientes y olían a Alexander. Heaven inhaló el olor embriagador, y sonrió. Se levantó de la cama y se colocó la camisa de él que estaba tirada en el suelo. Cuando llegó al salón, Alexander había encendido de nuevo las velas.

—No cenamos anoche —le dijo él.

Heaven miró el reloj de carrillón, y comprobó que eran las siete de la mañana.

—Siempre tienes hambre —respondió.

Alexander iba vestido solo con el kilt, e iba descalzo por el suelo frío. La visión de ese magnífico espécimen escocés, le quitó el aliento.

—Te sienta bien mi camisa.

—Creo que es lo único que me cabe.

La alusión a su leve aumento de peso le hizo enarcar una ceja. La miró con las manos en las caderas.

—Si antes eras perfecta, ahora lo eres mucho más.

—Me tienes todo el día comiendo —se quejó ella.

—Y haciendo el amor —afirmó él.

—Y haciendo el amor —confirmó ella.

—Ahora mismo tengo ganas de tumbarte de nuevo en la cama y besar cada una de tus pecas.

Heaven no pudo contener una carcajada. Los viernes se habían convertido en su día preferido, y presumía que ese en particular iba a resultar inolvidable.

—¿Desayunamos? —preguntó Heaven.

—¿La cena?

—¡Por supuesto! —exclamó ella—. Sería una barbaridad tirarla.

—Ya está caliente —le dijo él que la acompañó a la silla y la separó para que se sentara con comodidad.

—No vamos vestidos para una cena formal.

—Me encanta verte con mi camisa.

—Con tu blanca camisa —le reprochó—. Eres monotemático con los colores. Y a mí verte solo con el kilt.

—Me gusta la simpleza —Alexander había repartido parte de la deliciosa comida en ambos platos—. Y en ese kilt cabemos los dos.

—Me gustaría verte con otros colores.

—Soy un Graham, solo puedo vestir los colores de mi clan.

—Y me encantan los colores de tu clan.

Durante los siguientes diez minutos comieron en silencio, pero sin apartar la mirada el uno

del otro, y bebiéndose con los ojos.

—Me gustaría que me acompañaras el próximo sábado por la noche.

—¿Por qué? ¿A dónde?

—Quiero presentarte formalmente a unos amigos.

—¿Unos amigos?

—Formalizar nuestro compromiso, es importante para mí.

—Mantenemos una relación formal —le recordó.

—Deseo formalizarlo todavía más —reiteró.

—¿Lo crees prudente?

—Deseo incluirte en mis planes.

—Me halaga mucho que digas algo así de trascendente.

—Hay una empresa francesa que desea hacer unos pedidos de whisky —Alexander se llevó la mano al corazón al mismo tiempo que hacía una mueca de dolor—. Hafelnaked comienza a ser reconocida fuera de Escocia.

—¡Cuánto me alegro! —Alexander le hizo un gesto con la cabeza—. El trabajo arduo es tu seña de identidad —lo aduló ella sincera.

—Espero no ser tan previsible en la cama.

—No lo eres —admitió ella mientras seguía masticando de forma lenta.

Alexander echó la espalda hacia atrás, y la miró con ojos entrecerrados.

—No lo has dicho muy convencida.

—¡Por supuesto que sí! —afirmó rotunda.

Alexander la miraba de forma atenta y sin perderse detalle de los gestos seductores que hacía ella mientras se llevaba trocitos de queso a la boca.

—¿De verdad lo piensas? —insistió.

—No he tenido mucho donde comparar, pero sí, eres extraordinario en la cama.

Alexander sonrió, y ella se derritió.

—Desde ya te anuncio que no pienso permitirte las comparaciones, eres mía y solo mía —afirmó muy serio.

—Tú también eres solo mío.

—¿Y por qué motivo estamos hablando sobre comparaciones, y no de otros temas más interesantes? —Alexander le había lanzado el anzuelo.

—¿Por ejemplo? —ella lo había mordido.

—Tú, y mis padres que se mueren por conocer a la prometida que mantengo escondida según ellos.

Ella no quería volver a hablar de lo mismo. Ya había aceptado un compromiso serio entre los dos. Con sus padres, quería tomarse más tiempo.

—Creo que me voy a quitar la camisa —dijo ella para cambiar el tema de conversación que se volvía inquietante.

—No deberías hacerlo...

Ella solo le sonrió. A Alexander no le quedó más remedio que seguirla al dormitorio.

## CAPÍTULO 17

Heaven había pasado unas semanas maravillosas en compañía de Alexander, pero había puesto los pies de nuevo en el tierra. Al principio todo era mucho más sencillo porque se reducía a cenas, charlas, y sexo apasionado. Pero todo había cambiado desde que él se había tomado la relación entre ellos muy en serio, y ella había aceptado un compromiso entre ambos. Miró los objetos de él, y entrecerró los ojos. Alexander no vivía en la casa con ella, pero casi. En cada lugar y estancia había objetos personales de él. Miró la mesa del salón donde se había dejado su cuaderno de notas. Lo tomó con cuidado y examinó la primera y segunda hoja donde estaba detallado su forma de elaborar el whisky. Suspiró y dejó el cuaderno en el mismo lugar donde él la había dejado por la noche completamente confiado.

La aldaba de la puerta sonó varias veces, y ella se dispuso a abrir la puerta. Frente a ella estaba el joven encargado que había contratado. Lo invitó a pasar y que la siguiera. Lo había citado porque la situación de la bodega comenzaba a ser crítica. Los trabajadores de las Tierras Altas se mostraban desconfiados con los trabajadores de las Lowlands. El muchacho se mostraba visiblemente nervioso.

—Hay problemas en la bodega —le dijo en un tono severo.

Dubh optó por sentarse frente a ella.

—Me dijiste que no los habría.

—Los hombres de las Tierras Altas no permiten a los otros que hagan su trabajo. Vamos muy atrasados.

Heaven estaba muy alterada.

—Despídelos!

—No, hasta después de la Highland games —dijo el encargado.

El rostro atribulado de Dubhle le indicó que había algo más, y ella no tuvo que sumar mucho.

—Estás preocupado, ¿verdad?

El encargado agachó la cabeza, y le hizo un gesto afirmativo.

—Estamos a punto de sufrir un motín en Birdwhistle.

—¿Estás seguro?

El gesto negativo le arrancó una maldición por lo bajo.

—Se odian demasiado entre sí para trabajar en unidad y compañerismo.

—¿Y qué piensas hacer? —inquirió ella.

—Esperar hasta que finalicen los Highland games —repitió.

Eso era un verdadero dislate.

Heaven supo que había llegado el momento de presentarse a los trabajadores y poner las cartas sobre la mesa. A la vista estaba que no respetaban al joven encargado ni entendían la seriedad del asunto. Pero ella sí se creía con la suficiente capacidad para hacerlo.

—Convoca una reunión con los hombres —le dijo—. Hablaré con ellos.

El encargado la miró estupefacto.

—¿Lo cree conveniente?

Heaven suspiró profundamente, y después soltó el aire poco a poco.

—Tienen que entender que nos arriesgamos a perder el contrato, y eso se traduce en menos dinero y quizás despidos si me veo obligada a cerrar la bodega.

Dubh cruzó los brazos al pecho.

—Ahora pienso que contratar a Lowlands puede ser contraproducente.

Heaven no estaba de acuerdo en absoluto.

—Eres el encargado, debes asumir las decisiones que tomas, y hacerles saber a los trabajadores que son indiscutibles porque están orientadas a obtener beneficios para la bodega.

—Los hombres desean un encargado más capacitado —los excusó el chico—. La edad para dirigir una bodega de whisky, es muy importante en las Tierras Altas.

Heaven lo miró atentamente y mantuvo silencio durante un momento.

—¿Cómo se puede incentivar a los hombres?

—Con más dinero.

—Está bien —admitió ella—. Les ofreceremos más dinero si logramos el contrato con Templeton&Bardstown.

—Tendrá que ser como mínimo de un diez por ciento —dijo Dubh.

Heaven silbó porque le pareció exagerado.

—Si ganamos el contrato tendré que poner la mayor parte del dinero en reserva para pagar a los trabajadores en los meses siguientes, hasta que de nuevo obtengamos beneficios. El diez por ciento me parece excesivo.

El encargado la miró con una ceja alzada.

—Es el diez por ciento por cada trabajador, no para el conjunto —la corrigió.

Heaven abrió los ojos como platos.

—¡Pero eso se comería un tercio del dinero ganado! —exclamó con voz aguda—. Pretendía actualizar la bodega.

—Esto es Escocia —dijo el joven de forma llana.

—Esto es una bodega para ganar dinero como otra cualquiera —rezongó cansada.

—Si quiere reformar la bodega, necesitará inversores.

Era consciente.

—Lo sé, y estoy en ello.

El encargado hizo un alzamiento de hombros bastante significativo.

—¿Me puede dar un poco de agua? —le pidió.

Heaven se levantó y se dirigió a la cocina. Llenó un vaso de agua, y regresó tan taciturna como se había marchado.

—Puedo organizar una reunión para dentro de un par de días —le dijo después de tomarse de un trago de agua.

Le pareció perfecto.

Los dos escucharon la puerta de la calle, y se miraron con asombro. Ella le había dado a Alexander un juego de llaves del la casa semanas atrás.

—Cariño, ¿estás aquí? —era la voz de Alexander—. Me he dejado el cuaderno.

Cuando Alexander asomó la cabeza por el hueco de la puerta del salón, Heaven se olvidó de respirar.

—No sabía que tenías visita.

Los ojos escudriñaron al joven Dubh hasta el punto de ponerlo nervioso.

—Le estaba haciendo una entrevista pues necesito un palafrenero —fue lo único que se le ocurrió decir para salir del paso.

Alexander giró el rostro serio, callado, y mirándola tan intensamente que Heaven se ruborizó.

Su explicación había sonado estúpida. Ella no tenía cuadra ni sementales, tampoco un carruaje ni cochero.

—Entonces no te entretengo —fue su escueta respuesta.

Alexander caminó hacia la mesa pasando por detrás de Dubhy, y cogió el cuaderno de anotaciones.

—No te olvides de nuestra cita —le recordó ella.

—No lo haré —respondió él acercándose hasta el cuerpo femenino para darle un beso en los labios.

Heaven se sintió francamente mal. Y, tras la marcha de Alexander, el silencio en la estancia fue completo. Apenas se oían las respiraciones de ella y del joven encargado.

—Tendría que haberle dicho que venía en busca del señor Jack Palmer porque ha surgido un problema en la bodega, y que ignoraba que estuviera de viaje.

La culpabilidad que sentía Heaven la había empujado a mostrarse imprudente.

—Es posible que no sepa quién eres —esa era una esperanza que no se materializaría a su favor, y las palabras de Dubh se lo mostraron.

—Sabe que trabajo en Birdwhistle —ante la cara perpleja de ella, Dubhle aclaró—. Halfenaked es la competencia, por supuesto que conoce a cada trabajador contrario.

—No importa —dijo en voz baja aunque no era cierto.

No quería mentirle a Alexander, no, después de lo que compartían y de lo que sentían el uno por el otro, sin embargo, todo se había complicado de una manera que le provocaba un ahogo físico.

—¿Le preparo la reunión con los trabajadores?

Heaven le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y lo acompañó a la salida. Cuando cerró la puerta tras ella, cerró los ojos muy preocupada. Estuvo de pie y en silencio varios minutos, hasta que sonó otra vez la aldaba de la puerta. Era un mensaje de su padre, y, al leerlo, casi cedió al llanto. Le anunciaba que su madre y él llegarían a Elgin la próxima semana, y que le traía buenas noticias. Se sentía desangelada por la aparición de Alexander en un momento muy complicado para ella, y que no podría explicar fácilmente a menos que reconociera que le había mentido, que se había acercado a él por puro interés porque deseaba quedarse con el contrato de Templeton&Bardstown, pero que había empezado a quererlo por su buen corazón, porque era una excelente persona, y porque le encantaba que le hiciera el amor... las risas que le provocaba.

¡Absolutamente todo!

Heaven inspiró profundo varias veces tratando de normalizar el pulso y la respiración.

«Tengo que hablar con él», se dijo valiente. «Tengo que ser sincera. Me ama, me perdonará», era más fácil decírselo que creérselo. No obstante, era una mujer acostumbrada a enfrentarse a los problemas con decisión y valentía.

«Vamos Heaven, tú puedes enfrentarte a esto».

## CAPÍTULO 18

Pero la llegada imprevista de Jack dio al traste sus buenas intenciones. Para colmo, la posada donde se había hospedado la primera vez que la visitó, estaba prácticamente llena, y a ella no le quedó más remedio que ofrecerle la hospitalidad de su casa por un par de días. Jack estaba en pleno proceso de compra de un palacete en Edimburgo, pero necesitaba hospedaje porque ninguna otra posada o taberna cumplía sus exquisitas expectativas. A pesar de que su vivienda disponía de cinco amplios dormitorios, la casa se le quedó pequeña porque Jack llevaba consigo demasiado personal. Desde el atentado fallido que había sufrido en Bath, había aumentado su seguridad personal.

Heaven había decidido esperar a Alexander en Halfenaked. Estaba a punto de finalizar su jornada laboral. Saludó a los vigilantes, y se adentró en el patio para observarlo con atención desde un rincón. Alexander era un placer para la vista. Musculoso, alto, elegante, y con los ojos más bellos que había visto en un hombre. En esta ocasión vestía kilt y tartán como el resto de hombres.

«Estoy enamorada hasta los huesos», admitió para sí misma con franqueza.

Como si él presintiera la presencia de ella, se giró después de dar una orden, y la vio. Alzó el brazo en un gesto de saludo que le alborotó las mariposas en el estómago. Lo observó dar un par de órdenes antes de avanzar hacia donde estaba ella de pie. Con zancadas largas y precisas se plantó frente a ella con ese tipo de sonrisa que no debería tener un hombre tan atractivo.

—No te molestaré mientras te espero —le dijo ella.

Alexander le tomó la mano para llevársela a los labios.

—Nunca me molestas, pero debes dejar de venir porque distraes a los hombres.

Contuvo la respiración durante unos momentos porque desde que Alexander había descubierto a Dubhen el apartamento de ella, se había mostrado un poco más frío de lo normal, salvo en ese momento.

—No vengo a distraerlos —se quejó—. Sé que estás a punto de concluir tu jornada, y me apetecía verte —las cejas negras se alzaron con interés—. He contratado un carruaje para que nos recoja dentro de media hora.

—No tardaré.

Alexander le dio un ligero beso en los labios y se marchó. Ella no tuvo que esperar mucho porque tardó menos de lo que había dicho.

—¿Estás preparada?

Ella dudó un solo instante. Conocer a sus padres formalmente, le provocaba un cosquilleo en el estómago, también, que supiera que Jack, con su séquito, se había instalado en la casa de ella. Antes tenía que prevenirlo. Contarle el motivo porque el que se hospedaba con ella. El carruaje estaba parado donde ella le había indicado, y su sorpresa fue mayúscula porque el cochero era un conocido de Alexander. Durante todo el camino estuvo haciéndole preguntas personales. Nunca un trayecto le pareció más largo.

—Tus padres viven en un lugar muy bonito —le dijo a mismo tiempo que el carruaje se alejaba.

—Es una zona tranquila —respondió—, justo lo que mis padres necesitaban.

—Debe ser difícil para ellos que seas hijo único —respondió.



—Mi madre sufrió varios abortos antes de quedar encinta de mí.

—Entiendo —dijo con una sonrisa triste—. Yo también soy hija única.

Cuando Alexander introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta, un olor a repostería le inundó las fosas nasales. Oía delicioso. El estómago de Heaven protestó con energía.

—¿No has comido?

La pregunta había sonado algo seca. Alexander sabía que ella podía pasarse días sin comer.

—He tenido una mañana muy agitada —y era cierto.

Jack creaba un pequeño terremoto de actividad allí por donde pasaba.

Una señora mayor salió a recibirlos porque había escuchado la voz de ambos. Su rostro se iluminó al verla. Alexander hizo las presentaciones formales, y la mujer la saludó afectuosamente en gaélico.

—Lo lamento, mi madre no habla inglés.

Heaven le obsequió una sonrisa, y comenzó a conversar con ella en su propio lengua, Alexander se quedó parado al escucharla. Ignoraba que ella lo pronunciara tan bien.

—Mi madre se empeñó en enseñarme gaélico cuando era niña, salvo que no lo hablaba bien, y en estos meses en Escocia, he perfeccionado la pronunciación —le dijo cuando estuvieron sentados en el salón.

—Casi lo hablas mejor que yo.

Alexander le pidió a su madre un té. Ella aceptó encantada, pero Alexander la dejó un momento a solas para ayudar a su madre con la bandeja. Heaven aprovechó para inspeccionar la sala. Se detuvo en los cuadros pintados de Alexander. Ante ella tenía un trozo de su historia que no conocía.

Heaven comió por primera vez un trozo enorme de tarta de mantequilla, y le gustó tanto que repitió dos veces. La madre de Alexander se mostró encantadora, y cuando el patriarca hizo su aparición una hora después, el tiempo voló, y ella se encontró tan a gusto que aceptó la invitación para cenar que Megan le extendió. A veces le costaba entender parte de las preguntas que le formulaba Jamie Graham, pero Alexander acudía en su ayuda solícito. La corrigió con suavidad en algunas ocasiones cuando decía una palabra con un significado muy diferente. Rio, y se divirtió mucho, y no se percató de la mirada de orgullo que asomaba a los ojos de él que la miraba arrobado, y la mayor parte del tiempo en silencio.

A Alexander le pareció significativo que ella no hubiera accedido a conocer a sus padres hasta ese momento, y se preguntó qué motivo había propiciado el cambio. La vio disfrutar. Reír por las ocurrencias de su padre, y mirar de forma atenta a su madre cada vez que le preguntaba algo personal. Heaven no esquivó ninguna pregunta, y le gustó que no se mostrara tan reservada con sus padres, como con él en ocasiones.

Gracias al acoso de su madre, se enteró que su padre era juez, y que su madre era una maestra firmemente comprometida con los más necesitados, por eso se dedicaba en cuerpo y alma a los huérfanos. Supo que su abuelo había vivido en Edimburgo, y que le había dejado una casa allí. También que había muerto en Elgin meses atrás.

Su madre Megan era única sonsacando información. Por primera vez Heaven hablaba de sus sueños, de su opinión sobre el matrimonio. De los hijos que le gustaría tener, y él solo había tenido que dejar que sus padres la acosaran a preguntas. La veía relajada, sonriente, y comiendo cosas que no habría probado jamás. Cuando varias horas después sus padres se marcharon a la cocina con la excusa de preparar un té, supo que era la forma particular de ellos de permitirles cierta intimidad. Cuando Heaven desvió los ojos de la puerta por la que habían desaparecido los Graham y miró a Alexander, no entendió la mirada enigmática que le dirigía.

—¿Qué? —preguntó de pronto seria.

—Tendrías que verte —le dijo en voz baja—. Nunca te había visto disfrutar tanto salvo aquella vez que bailaste bajo la lluvia, o cuando te hago el amor.

Heaven se lamió el labio inferior.

—Tus padres son encantadores —le dijo sincera.

—Esperaba este momento desde hace mucho tiempo.

Las palabras de él lograron ponerla seria.

—Me gusta dar los pasos uno a uno —admitió sin variar la postura de su cuerpo que se había tensado.

—No te pongas a la defensiva conmigo —le pidió él con una tierna sonrisa: la misma que lograba derretirle hasta los huesos.

—¿Piensas regresar conmigo esta noche? —la pregunta era tan extraña que las cejas de Alexander se enarcaron con precaución.

—¿Te violenta que mis padre sepan que somos amantes?

Heaven soltó el aire lentamente. Por supuesto que le preocupaba lo que pensarán esos dos ancianos encantadores.

—Tenemos visita —le soltó a bocajarro.

La sonrisa se había borrado del rostro de Alexander. Redujo los ojos a una línea, y la escudriñó a conciencia.

—¿Qué? —volvió a preguntar ella porque la mirada penetrante de Alexander la ponía nerviosa.

—¿El dueño de Birdwhistle? —preguntó seco.

—¿Cómo has adivinado...? —no terminó la pregunta porque le pareció innecesaria.

—¿No hay hoteles en Edimburgo?

—No he podido negarle mi hospitalidad.

—Podría alojarse en la posada de William, o en la de Sean...

Alexander lo dejó caer, pero ella no se amilanó.

—¿No le ofrecerías la hospitalidad de tu hogar a un amigo?

—¿Te parece correcto siendo soltera y mi prometida?

Ella lo miró sin comprender.

—¿Correcto? —preguntó con reserva—. Es una amigo —la mirada de él resultó muy reveladora—. ¡Estás celoso!

—¿Te extraña?

—Por supuesto, y me ofende esa falta de confianza —admitió un poco enojada—. Jack se hospeda en mi casa junto a su séquito y su jefe de seguridad. En modo alguno estamos solos, y, aunque estuviéramos solos, no tienes de qué preocuparte... —él, no la dejó continuar.

—Estoy enamorado de ti, Heaven, es normal que sienta celos de otro hombre que acapara tu atención —la confesión la desarmó.

—¿Te das cuenta que estamos teniendo nuestra primera discusión? —le preguntó con asombro mal disimulado.

—Yo no estoy discutiendo contigo —la corrigió—, pero es un hecho que me molesta que me digas que no puedo dormir contigo porque tienes un amigo en tu casa. Me estás desplazando, y ningún hombre lleva bien que la mujer de su vidas lo desplace por otro hombre.

Dicho así parecía incluso normal.

—Podrías molestarte si Jack hubiera sido algo íntimo en mi pasado, pero jamás lo ha sido.

—Y no porque él no lo intentara, ¿verdad?

Heaven abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Le parecía insólito el rifirrafe que estaba manteniendo con Alexander por Jack.

—¿Y qué dirías si yo hospedara en mi casa a una antigua amiga que siempre me ha visto como algo más que un amigo, y que desea tener algo más que amistad? —contraatacó él.

Heaven meditó la pregunta de forma muy pausada, y supo lo que Alexander trataba de que entendiera.

—Y, entonces, ¿qué sugieres?

Alexander ni se lo pensó.

—Que te quedes aquí conmigo hasta que el otro se de por enterado y se marche.

Le pareció una sugerencia tan absurda que no pudo evitar una sonrisa. Si era sincera consigo misma, debía admitir que le gustaba mucho esa vena celosa que hasta ese momento desconocía de él. Robert jamás se había molestado por su trato con otros hombres, en verdad no le había importado nada de lo que hacía o dejaba de hacer ella en su día a día.

Lo vio tan claro que soltó un exabrupto del alivio por lo que significaba para ella en ese momento. Y se preguntó una vez más qué fue lo que vio en Robert en el pasado.

—Ni loca voy a dormir contigo bajo el techo de tus padres.

Ahora fue él que sonrió.

—Pues no tenemos más opción que irnos nosotros a un hotel porque pienso hacerte el amor esta noche y todas las noches futuras.

—¡Alexander! —exclamó escandalizada—. Tus padres pueden oírte.

—Te dejo elegir el lugar —le ordenó.

Ella terminó por claudicar. Era imposible enfadarse con él cuando su máxima preocupación era hacerle el amor. ¿Qué mujer se resistiría a eso?

## CAPÍTULO 19

Visitar a los trabajadores en la bodega fue el trago más amargo que había pasado en su vida, pero no le quedó más remedio porque la dejaron plantada. Habían mostrado la opinión que les merecía la nueva dueña negándose a reunirse con ella. Heaven se había dado cuenta que con ellos no valían las peticiones sino las órdenes. Heaven se dijo que no iba a titubear. Si ellos pensaban que podrían intimidarla, estaban muy equivocados.

—¿Es cierto que es la dueña de Birdwhistle? —el tono duro de uno logró que se girara hacia él—. Porque debe de ser una broma.

Dubh Lulach los había puesto en antecedentes cuando les explicó que deseaba una reunión con ellos.

—¿Qué hay del empresario de Nueva Gales del Sur? —preguntó otro.

—¿Por qué nos mintió?

—¿Su estancia en las Tierras Altas será definitiva?

—No queremos una mujer como encargada de la bodega.

La mareaban con la sucesión de preguntas y quejas.

—Es un insulto a la inteligencia que una bodega de whisky sea dirigida por una mujer.

—El whisky es un asunto de hombres.

—¡Sileencio, mamarrachos! —bramó el tío de Dubh—. Parecéis un puñado de críos malcriados.

Heaven agradeció el momento de respiro que obtuvo gracias a la corrección del hombre.

—Es poco ético que nos haya mentido en algo tan importante como quién es realmente el dueño de Birdwhistle —dijo el cabecilla.

El hombre no podía imaginarse las noches en vela que había pasado ella buscando dinero para la bodega, y tratando de hacer lo mejor posible para los trabajadores.

—Yo no pienso ser el hazmerreír de otras bodegas —apostilló uno.

—¿Cuándo quiere mi renuncia?

—¿Y la mía?

—La mía también...

Era de locos, pero Heaven, y pensó a arrancar ese comienzo de motín desde la raíz.

—Todo aquel que desee presentarme su renuncia puede hacerlo ahora mismo de forma verbal, y mañana a primera hora por escrito.

En salón principal de la bodega se escuchó un silencio sepulcral. Nadie decía nada. Se limitaban a respirar, algunos intentando contener la furia, y otros con indudable sorpresa.

—Si nos vamos, no podrá reunir a un equipo a tiempo para jugar la Highland games. Birdwhistle quedará descalificada.

A ella le importaba bien poco la Highland games

—¿Queréis ver que sí? —la pregunta la había formulado con su tono más condescendiente.

Heaven estaba aterrada, pero los miró uno a uno de forma larga y pausada. Con ese aplomo que jamás espera un hombre en una mujer que debía mostrarse intimidada ante la superioridad de ellos.

—Aunque logre reunir a un equipo completo no ganará —sentenció otro.

Heaven respiró hondo varias veces pero sin que se notara.

—Está claro que tampoco la ganaré con vosotros —les espetó con suma dureza—. Se os han pagado los atrasos. La bodega se ha puesto al día con todo, y por eso venía a contaros los planes que tengo para mejorarla, pero si queréis tirar la toalla porque mi bisabuelo decidió dejarme en herencia Birdwhistle, estáis en vuestro derecho —les dijo en un tono neutro para no alterarlos más de lo que estaban—. Pero sois prescindibles, y los últimos contratos de hombres de las Lowlands así lo atestiguan.

—Una mujer no puede dirigir una bodega, es una profesión de hombres —las palabras del cabecilla se las conocía de memoria porque las había escuchado hasta la saciedad.

¿Por qué motivo se creían con el derecho divino de controlarlo todo? ¿De creerse por encima del bien y del mal?

—Pues es un hecho que voy a dirigir una bodega de whisky os guste o no.

—Seremos el hazmerreír del resto de bodegas —dijo otro, pero en esta ocasión en un tono de voz más bajo.

—¡Ya sois el hazmerreír, idiotas! —les gritó el segundo encargado, y que ellos habían creído el primero.

El joven Dubh estaba apartado a un lado mirando todo en silencio, y sin atreverse a intervenir.

—Lamento sinceramente no haberos dicho que era la dueña —admitió en un tono franco que no les importó en absoluto—. Pero seguí el consejo del anterior encargado Michael Penn.

—Pues mire lo bien que nos ha ido —farfulló otro.

Heaven estaba a punto de perder la paciencia.

—Es injusta esa acusación —le cortó—, porque ninguno tenía conocimiento de quién era yo hasta este mismo momento, ¿no es cierto?

—Las mujeres lo gafan todo —dijo otro con voz chillona—. Y usted ya nos ha gafado a nosotros.

Heaven se giró de golpe hacia él.

—Espero su renuncia mañana a primera hora. —El jadeo colectivo le indicó que iba por buen camino—. No pienso permitir más sandeces como esa —les advirtió a todos.

—¿Por qué motivo no regresa a Inglaterra, sassnach? —espetó otro.

—¿Desea presentarme su renuncia? —inquirió muy seria—. Porque pienso contratar a todos los hombres de las Lowlands si es necesario.

—Esto son las Tierras Altas —se burló otro.

Y Heaven entendió muy bien a lo que se enfrentaba a diario el joven Dubh. Eran un grupo de arrogantes pendencieros que no aceptaban las órdenes de un encargado joven, ni el deseo del anterior dueño que tanto se había esforzado por sacar adelante la bodega. Ser consciente de esa certeza la empujó más todavía a esforzarse más. Estaban a dos semanas de que se celebrara la Highland games, y reunir un equipo nuevo era imposible. Ellos lo sabían, pero ella no estaba dispuesta a transigir.

—No debería de estar aquí, señorita —el que había pronunciado las palabras era uno de los hombres de las Lowlands que había contratado—. Una dama no debería oler olores de animales.

Lo había dicho en un perfecto inglés, y suspiró sin darse cuenta. Era un alivio esa ayuda inesperada. Tras el hombre hicieron su aparición los otros dos.

—La reunión debería celebrarse en el gran salón —dijo Dubh.

Los contratados Lowlands resultaban tan intimidantes en presencia, que el resto de hombres se apartaron hacia la pared para dejarles espacio.

—Entonces os espero en el gran salón para comunicaros los nuevos proyectos.

Salió con paso decidido pero no rápido. No giró la cabeza. Era plenamente consciente del

mensaje que les enviaba: determinación.

—Esta zona de la bodega es para los highlanders —se oyó decir a uno.

El escocés del sur emitió un gruñido seco que se le antojó el sonido de un ogro.

—Se acabaron los bailes de ballet, damiselas, ahora vais a tener que comportaros como los hombres.

\*\*\*\*\*

Cuando Heaven dejó la bodega y se montó en el carruaje de regreso a casa, por poco no se derrumba. Le temblaban las piernas por la tensión que había sufrido durante el amotinamiento, le fallaba la voz debido al griterío entre los trabajadores, y que la había obligado a alzar la voz para hacerse oír por encima de ellos. Cuatro de los trabajadores le habían presentado su renuncia oficial de forma verbal, y por la mañana se la entregarían por escrito. De nada había servido los grandes planes que había tratado de compartir con ellos. Cuando introdujo la llave en la cerradura, la puerta fue abierta con brusquedad por uno de los guardaespaldas de Jack. Heaven gritó asustada, y varios hombres salieron al vestíbulo.

—¡Maldita sea! —exclamó furiosa—. ¡Me ha asustado!

—Había oído un ruido, y quise saber qué era —le dijo el guardaespaldas.

Ella lo fulminó con la mirada.

Jack tuvo unas palabras con el protector, y el hombre se marchó en silencio hacia el dormitorio que ocupaba en la casa.

—Lo lamento —se disculpó Jack—, a veces mis hombres demuestran un celo excesivo por protegerme.

—Me ha dado un buen susto —le dijo demasiado seria.

Le costaba acostumbrarse a esa invasión de su intimidad.

—Tienes visita en el salón.

Heaven lo miró preocupada. Esperaba que no fuera Alexander, pero tuvo suerte porque era el joven Dubh.

—Por cierto que tiene una apariencia curiosa.

Lo dejó caer como si nada, pero Heaven no estaba para actitudes quisquillosas.

—Es una apariencia curiosa en las Tierras Altas.

—¿De verdad? —inquirió mientras la acompañaba al salón donde esperaba Dubh.

—Dubh, ¿qué haces aquí?

—Cuando la reunión concluyó, decidí irme y adelantarme para hablar con usted lejos de los oídos de ellos —Jack miraba con atención al muchacho, igual que Heaven—. Lamento mucho las renuncias. —Heaven se mostró sorprendida al escucharlo—. Me lo comunicaron en el mismo momento que les dije quién era de verdad la nueva dueña de Birdwhistle.

—¿Era necesario? —le preguntó Jack en un inglés con acento pero entendible.

—Está todo perdido —trató de explicar ella.

—Pero que te presentes ahora como la dueña de la bodega me hará quedar como un pazguato —se quejó el amigo—. Un títere, ¿no es cierto?

—No trascenderá fuera de estas paredes —le aseguró ella.

—¿Puedes afirmar lo mismo de esos cuatro trabajadores que han dejado la bodega?

Jack y Heaven se enzarzaron en una discusión en inglés que el joven encargado no entendía muy bien. El hombre le reprochaba que no le hubiera permitido comprar la bodega porque habría traído hombres preparados de Nueva Gales del Sur, y que lo harían muy bien. Heaven le

respondió que el whisky escocés era muy delicado de elaborar, y que solo lo podían lograr los hombres de las Tierras Altas. Jack también le reprochó los últimos contratados de las Lowlands porque iban a desprestigiar la bodega. Heaven, en ese punto, no pudo objetar nada, pero le informó que gracias a esos contratos, la bodega disponía de trabajadores para la añada del año en curso.

El río de reproches se fue sucediendo hasta que Dubh decidió interrumpirlos.

—He tenido una idea —medió Dubh elevando la voz para que la dueña y el forastero le prestaran atención—. Podemos contratar a más hombres de las Lowlands. Allí también se elabora un excelente whisky.

Heaven no parpadeó mientras lo escuchaba.

—¿En las Lowlands también se elabora whisky? —no podía creerlo.

—El whisky de esa región suele ser seco, ligero, poco ahumado, pero muy bueno.

Ante sus ojos se abrían un sin fin de posibilidades que podría paliar el enorme desastre porque no tenía dinero, y los trabajadores se marchaban...

—¿Vendrían a trabajar aquí? —preguntó con verdadero interés.

—Estoy seguro.

Heaven se sentó porque las piernas le volvían a temblar.

—¿Y de cuántas libras hablamos? —preguntó esta vez casi en un susurro.

—El salario sería el mismo que reciben los hombres de las Tierras Altas—respondió Dubh—. Pero necesitan viviendas.

En la voz de Dubh podía advertir reticencia

—¿Viviendas?

—Nadie en las Tierras Altas querrán rentarles viviendas.

Heaven cerró los ojos porque ese sería el menor de sus problemas. Su padre le había dicho que tenía buenas noticias que comunicarle, y estaba convencida de que había encontrado un comprador para la casa de Edimburgo, y sus padres llegaban en dos días.

—Dubh, inicia los contactos que creas oportunos para contratar a más trabajadores —Heaven pensó que el joven encargado estaba siendo mucho más fructífero de lo que había pensado en un momento porque tenía ideas propias. Se preocupaba realmente por la bodega, y porque era un trabajador incansable. Se alegraba mucho de tenerlo consigo. Además, el tío gruñón no cobraba una libra, y hacía un trabajo excepcional: contener, contener a los trabajadores, y lo más importante, los mantenía a raya.

Jack hizo unas preguntas en inglés sobre la conversación que había mantenido con el joven encargado, y sobre la contratación de más personal de las Tierras Bajas.

—Si algún trabajador más se marcha, no podremos cumplir con la añada de este año —y Heaven pensó que era muy probable que se diera esa situación porque cuatro ya habían renunciado.

Preferían irse a tenerla como dueña de la bodega.

—Un equipo de trabajadores necesita tiempo para compenetrarse, para entenderse entre ellos —le dijo de forma certera.

—¿Y qué opción me queda?

Jack la miró de forma intensa. Ella le sostuvo la mirada aunque con un brillo de preocupación en su profundidad.

—Puedo traer buenos trabajadores de Nueva Gales del Sur .

Heaven se pasó las manos por el pelo en un intento de serenarse. La oferta de Jack era muy tentadora, pero no podía aceptarla.

—Gracias por tu generosa oferta, Jack, pero no puedo aceptarla —le dijo firme—. Tus trabajadores tardarían semanas, y no puedo esperar, no cuando la Highland games está tan cerca.

Dubh y su tío sabrán a quién contratar y cómo prepararlos.

—Temes que el resto de trabajadores se vayan, ¿verdad?

No quería admitirlo, pero mucho se temía que la respuesta era afirmativa.

—¡Qué diablos...! —Heaven no había escuchado la puerta, pero era indudable que Alexander había entrado a la vivienda y se había dado de bruces con dos guardaespaldas.

—Dile a tus perros guardianes que dejen de acosar la puerta de mi casa o tendrán que irse —le advirtió ella.

Jack dio unas órdenes que sus hombres cumplieron a rajatabla.

—¿Qué significa esto? —Alexander acababa de hacer su entrada al salón y se paró cuando vio a Dubh y al forastero.

Dubh se adelantó a la explicación que pretendía dar ella.

—Tengo cuatro trabajadores que se han marchado, y quería comunicárselo en persona —Alexander entrecerró los ojos al escucharlo.

—No se le da ese tipo de información a la bodega rival —lo censuró Jack en un tono demasiado estricto.

—Todas las bodegas de las Tierras Altas van a enterarse tarde o temprano —Heaven salió en defensa del joven.

—Ya puestos, también podéis decirle que no optaréis al contrato de Templeton&Bardstown.

—¡Jack! —exclamó ella—. Alexander es un hombre honesto, nunca se aprovecharía de la desgracia de su rival.

—¿Estás segura, querida mía? —la pregunta maliciosa en inglés la envaró—. ¿No te parece excesiva casualidad que haya iniciado una relación contigo cuando estás estrechamente relacionada con la bodega rival?

Heaven trago con fuerza.

—Eso que sugieres no es digno de ti —le contestó en inglés en un tono tan frío como el hielo.

—Por supuesto, pero es una duda razonable.

—Estás molesto conmigo y no te culpo, pero no son ciertas tus sospechas.

—No estoy enojado contigo, Heaven, sin embargo, no estás siendo realista.

—No te comprendo...

—Desde tu ruptura con Robert no piensas con racionalidad, ni actúas como la mujer que conocí en Bath. Estás permitiendo que tus emociones dominen la objetividad que siempre te ha caracterizado.

—No deseo hablar sobre ello —le espetó seca.

—Como gustes...

Jack ya no dijo nada más, se limitó a dejarlos solos en el salón. El joven encargado también se marchó.



## CAPÍTULO 20

—Quería invitarte a cenar —le dijo Alexander cuando el silencio entre los dos se hizo insoportable.

—Podrías haberme enviado un mensaje —se quejó ella en un tono amargo.

—Fuiste tú la que me diste las llaves de la casa, y permiso para pasar mi tiempo contigo.

—¡Sabías que Jack estaba aquí! —exclamó acusadora.

—He dormido aquí —le recordó—. Hasta este momento nunca te ha importado las veces que he salido o entrado de la vivienda.

Heaven estaba superada. Los problemas de la bodega la agobiaban en exceso. Cuando parecía que llegaba la solución a un problema, crecían varios más. Luego estaba la presencia de Jack que nunca la había molestado, pero ahora mantenía una relación con un hombre que se mostraba posesivo, y no le gustaba en absoluto ese duelo de opiniones que la herían. Comprendía muy bien en la posición ignominiosa en que lo había colocado presentándolo como el dueño de Birdwhistle, y ahora se demostraba que era falso. Había puesto en tela de juicio su credibilidad, y eso para un hombre como Jack era una verdadera ofensa.

Pensaba a toda velocidad cómo superar esa metedura de pata.

—Discúlpame, Alexander—le rogó—. Llevo unos días muy alterada.

Alexander sabía que el estado de ánimo de ella tenía que ver con el forastero.

—Lo tiene difícil —dijo de pronto refiriéndose a Birdwhistle—, pero un hombre como él sabrá solventar cualquier inconveniente. Se ve a las claras que está acostumbrado a enfrentarse a situaciones difíciles.

—Está pensando traer a trabajadores cualificados de Nueva Gales del Sur —le confesó ella—, pero creo que se equivoca porque a escoceses no les gustará. Se lo tomarán como un ultraje.

—Siempre serán mejor para la bodega que traiga trabajadores de Nueva Gales del Sur, a que se pierda la añada de este año.

Las palabras de Alexander la tensaron.

—Los trabajadores de Nueva Gales del Sur no podrían participar en las Highland games, ¿no es cierto?

—Me preocupan los hombres que has contratado —admitió sincero—. Son conocidos en toda Escocia por su brutalidad.

—Puedes rendirte —bromeó ella con una media sonrisa.

Y le pareció gracioso que Jack cuestionara las razones de Alexander para intimar con ella.

—¿Rendirme? —preguntó escéptico.

—Era una broma —contestó con un encogimiento de hombros.

—¿Vamos a cenar entonces?

Los dos se marcharon de la vivienda, y Heaven ya no regresó. Alquilaron una habitación en una posada a las afueras para seguir teniendo esa perfecta intimidad a la que se habían acostumbrado, y de la que no querían renunciar, sobre todo él.

\*\*\*\*\*

Un mensaje urgente de su padre le había bajado el ánimo hasta niveles del suelo. A Frank

Woodward le había surgido un imprevisto importante en el tribunal, y no tuvo más remedio que cancelar su viaje a Escocia. Su madre se quedaba en Londres, aunque en un principio había pensado tomar un barco sola y pasar unos días con ella.

—¿Te das cuenta de lo mucho que has cambiado?

Heaven se sobresaltó al escuchar la voz de Jack.

—Debe ser esta tierra del norte —contestó sin pensar.

El hombre llevaba puesto una bata de seda natural abierta de satén en color azul claro. Se estaba comiendo un par de scones calientes que desprendía un aroma a mantequilla que llegaba hasta ella.

—Estuve esperándote anoche —le dijo de pronto—. Nos quedamos a medias en nuestra última conversación.

Heaven enrojeció, y sintió un calor asfixiante recorrerle la totalidad del rostro.

—Creo que es la primera vez que te veo ruborizarte en mi presencia.

—En Bath también me sofocaba muchísimo.

—Pero era debido al sol nunca a mis palabras.

—He pensado mucho en tu proposición de ayer, y en la situación tan complicada en la que te colocado al revelarle que soy yo la dueña de la bodega y no tú.

Jack se había sentado frente a ella y cruzó una pierna sobre la otra. Daba gracias a Dios que Alexander no estuviera en la casa porque podría tener problemas.

—Bien, te escucho —la animó él.

—He pensado aceptar tu oferta de traer trabajadores cualificados de Nueva Gales del Sur — Jack la miró asombrado—. Pronto tendré dinero para pagarles.

—Estoy sorprendido.

—Y he decidido hacerte socio de Birdwhistle.

—¿Por qué?

—Porque te lo debo.

—Pero tú no querías un socio —le recordó.

Era cierto. Heaven había pretendido hacerse cargo de la bodega ella sola, sin embargo, le faltaba preparación para lidiar con hombres que se creían dioses.

—Los cuatro trabajadores que se marcharon me están boicoteando —Jack alzó las cejas con un interrogante—. No puedo conseguir todos las libras de cebada que necesito para esta añada.

—Pero son ellos los que se han marchado de forma voluntaria.

—Soy una sassenach en las Tierras Altas.

Fue toda su explicación.

—Les voy a retorcer el pescuezo.

Cuando Heaven había aceptado la renuncia de los cuatro trabajadores, ignoraba el poder que tenían. Podían llevarla a la bancarrota.

—Creí de verdad que podría sacar la bodega adelante —dijo en voz baja.

—Nunca he conocido a una mujer más dispuesta que tú —confesó Jack.

—Pero lo ignoraba todo con respecto al whisky —continuó—, me creí invencible, y voy a llevar la bodega a la ruina. Todo el trabajo y la ilusión de mi bisabuelo durante toda una vida, ha sido estropeado en unos pocos meses por mi soberbia.

—No seas tan dura contigo —la animó—. Me encanto verte en esta nueva faceta.

—He decidido quedarme en Elgin de forma permanente. No regresaré a Londres.

—¿Por Graham? —ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. ¿Qué has visto en él?

—¿Que no haya visto en tí? —concluyó por él—. Honestidad, lealtad. Un profundo amor por

su familia —Jack iba a interrumpirla, pero ella no se lo permitió—. Es íntegro, cabal, y besa maravillosamente bien.

El brillo en los ojos de ella le dijo a Jack mucho más de lo que callaba.

—Eso es porque no me has permitido a mí besarte —alegó jocosamente.

Heaven lo miró muy seria.

—Eres un amigo extraordinario, Jack, y si no puedes aceptarlo, dejaré de verte.

El hombre entendió demasiado bien lo que trataba de decirle.

—Cuando me pediste ayuda, pensé que había llegado mi momento de...

—De pagarte la deuda —lo cortó ella.

Jack se alegraba realmente por ella.

—De pagarme la deuda —corroboró.

—Estamos en paz —afirmó Heaven.

Pero Jack no estaba de acuerdo. Gracias a ella estaba vivo igual que el resto de su familia, y esa deuda no se podía pagar jamás.

—Quiero el cincuenta y uno por ciento de Birdwhistle —le soltó a bocajarro.

Ella soltó una carcajada inesperada.

—¿Piensas que voy a cometer otra vez el mismo error que cometí con Robert y Claremont Hall?

—Yo no soy Robert, además, ¿quién va a poner las libras?

—Siempre puedo hacerle una oferta a tu padre.

Jack entrecerró los ojos con una advertencia velada que ella no se tomó en serio porque lo conocía demasiado bien.

—Cuando nos vimos después de tu ruptura en Londres, no me gustó lo que vi.

—¿Qué viste?

—Una mujer derrotada.

—Y lo estaba —replicó ella—. Dedique mucho esfuerzo a una relación que no tenía base ni fundamento.

—Déjame terminar, por favor —ella se disculpó con un gesto—, vi a una mujer derrotada en su orgullo, pero no emocionalmente —continuó—. Tu mundo, aquel que habías construido, se derrumbó precisamente por el hombre al que tú quisiste convertir en una ilusión de adolescente.

—No me gusta el cariz que está tomando esta conversación.

—Cuando llegué a Elgin por tu llamada, vi a la misma mujer que conocí en Bath, y supe que Robert estaba olvidado.

—Eso no es cierto —se defendió porque la hacía parecer fría y calculadora.

—Explícame, por favor, si amabas a Robert, ¿cómo es que te has enamorado tan pronto de otro? —ella no supo responderle la razón—. A menos que sea un espejismo como lo fue Robert.

—Lo que siento por Graham no se parece en nada a lo que he sentido en el pasado por Robert.

—Me alegro de verdad porque ese cretino no te merecía.

—¿Y Graham?

—Está por verse.

—Eres incorregible, pero aprecio tus palabras.

—Esta es la mujer a la que quiero por socia.

—Gracias.

—Y ahora cuéntame de qué forma piensas restablecer mi honor y credibilidad ante los escoceses del norte.

Heaven se recostó hacia atrás en el sofá de piel blanco.

—Para todos seguirás siendo el dueño de Birdwhistle —si quería sorprenderlo, lo consiguió

—. Será un verdadero alivio que tengas que encargarte de la bodega en mi lugar.

—Te recuerdo que soy un hombre muy ocupado.

—Y ese hombre ocupado sabrá sobrellevar todo con ecuanimidad y eficiencia.

—¿Acaso lo dudabas? —ella le sonrió—. Por cierto, hoy me mudo a mi nuevo hogar.

Heaven se alegraba de veras de que su palacete estuviera ya restaurado, y así se lo hizo saber.

## CAPÍTULO 21

Contrariamente a lo esperado, los trabajadores de Halfenaked perdieron en algunas de las modalidades. Era la primera vez que perdían en años, y el desconcierto fue preocupante. El duro varapalo que había recibido Alexander se percibía en su postura, y en su semblante serio. Heaven trató de animarlo, pero Alexander era ya de por sí un hombre tímido y reservado, y en una circunstancia así, mucho más. La celebración no estaba siendo tan divertida como otras pasadas.

—¿Estás preocupado? —Heaven lo miraba seria.

Él, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Algunos hombres de Biderwhistle lo han hecho realmente bien —le dijo—. Pero te recuerdo que esto no ha terminado.

Los juegos de las Highland habían comenzado en mayo, y terminaban con el Cowal Highland Gathering en Dunoon durante el último fin de semana de agosto.

—En verdad ha sido toda una sorpresa —admitió ella—. Aunque me cuesta entender el motivo para que estos juegos sean tan populares.

Alexander la miró perplejo.

—El primer registro de juegos organizados en las Tierras Altas datan desde mil ochocientos setenta y uno, en el mismo año que comenzó la reunión de Argyllshire en Oban. —Ella desconocía quién era ese señor—. El interés es debido al amor de la reina Victoria por Escocia —le explicó—. El fácil acceso a Dunoon en barco desde Glasgow ha contribuido a popularizarlo.

Jack los observaba desde la distancia. Hablaba con el sheriff de Edimburgo.

—Necesitas unas vacaciones —le dijo Heaven para animarlo.

Alexander no la miraba a ella sino al forastero que hablaba de forma distendida, aunque de tanto en tanto miraba hacia donde estaban ellos.

—¿No te parece extraño que asista a todos los eventos que asistimos nosotros? —Heaven no lo había pensado, aunque no lo vio significativo—. Es cuanto menos inquietante.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es el dueño de Birdwhistle, el que me disputa el contrato con Templeton&Bardstown, es el que ha traído a las Tierras Altas a hombres de las Lowlands. Esos que han ganado algunos de los juegos.

Heaven quiso decirle que le había mentado, que la dueña era ella, pero le faltó valor.

—Imagino que a Jack le gusta conocer el terreno que pisa.

Alexander también lo había pensado.

—Imagino que sí.

—Yo tampoco tendría que estar aquí pues soy una mujer.

—¿Insinúas que te estoy dando un trato de favor? —Heaven hizo el intento de confirmarlo, pero no lo hizo—. Estás conmigo, es normal que vayamos juntos a eventos, o a mi lecho.

Alexander le estaba brindando la oportunidad perfecta de confesar, pero al mirar esos ojos con esa tonalidad tan azul, no pudo. Y no lo hizo porque le importaba demasiado. Ahora no le preocupaba salvo sus sentimientos. El amor que compartían. Y era tan profundo e intenso, que Heaven se tuvo que sujetar a su brazo porque se mareó. La revelación era tan fuerte, tan maravillosa, que apenas podía respirar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó alarmado porque el rostro de ella se había quedado

blanco como la cera.

—Te amo —respondió contra todo pronóstico.

Alexander tomó aire al escuchar la revelación.

—Me agrada mucho que me lo digas, porque creo que es la primera vez que lo haces.

Alexander sonrió de forma genuina, y ella sintió deseos de besarlo. Allí, delante de todos, y no le importó. Plantado a su lado tenía al hombre de su vida. Al que quería como padre de sus hijos y para envejecer juntos. Nunca había sentido nada tan fuerte y demoledor como lo que sentía por Alexander.

Heaven alzó la mano, y le acarició la mejilla.

—Acabo de descubrirlo —confesó aturdida.

La boca de él hizo una mueca bastante cómica.

—¡Vaya! —exclamó—. Y yo que pensaba que sentías algo por mi desde el principio.

—Me has producido un cataclismo emocional porque te amo e ignoraba hasta qué punto.

Los ojos de ambos se bebían el uno al otro. Todo el mundo pareció esfumarse, y solo quedaron ellos.

—¿Nos vamos? —le preguntó—. Esas palabras se merecen una celebración privada.

Cuando estuvo a punto de decirle que sí, que se marcharan, uno de los asistentes les robó la oportunidad de poder hacerlo. De repente, Alexander se vio rodeado por los hombres que dirigía.

—El amor te sienta bien —fue el mejor cumplido que Jack le había dicho nunca.

—Nunca pensé que pudieras decirme algo tan bonito.

Se la llevó de forma disimulada hacia aun rincón apartado. Los ojos de Alexander los seguía a pesar de que continuaba respondiendo a las preguntas que le formulaban.

—Me alegro de que los hombres de Halfenaked hayan perdido algunos de los juegos —Heaven lo miró sin comprenderlo—. Ya era hora de romper la hegemonía.

—Eso que dices es terrible —lo defendió con pasión.

Jack siguió con su diatriba.

—Pero Birdwhistle han ganado por primera vez en años —la animó con una sonrisa—. Aunque no te preocupes. Si el dueño de la bodega Halfenakek decide despedirlo, le encontraré un puesto en Nueva Gales del Sur.

Ella se giró estupefacta.

—¡No harás tal cosa!

La sonrisa de Jack la descolocó.

—¿No lo seguirías allí donde fuere? ¿Incluso bajo el terrible sol de Nueva Gales del Sur ?

—No tiene gracia —Jack soltó una carcajada desafortunada que logró que decenas de pares de ojos se clavaran en ellos—, que te guste provocarme porque sabes lo que pienso al respecto —contestó ella sin dejar de mirar a Alexander.

—Admito que me divierte provocarte.

Y una sospecha se enraizó en su pecho y ya no la abandonó.

—¿Tienes algo que ver con la derrota que han sufrido sus hombres esta tarde?

El forastero se puso serio ante la acusación grave.

—¿Y de qué forma habría podido inclinar la balanza?

Ahora que escuchaba su explicación en forma de pregunta, su sospecha le pareció absurda, sin embargo, y durante un instante, la duda había sido tan clara y pecaminosa que se avergonzó.

—Tienes razón, discúlpame.

—Te noto últimamente demasiado suspicaz. Te altera cualquier nimiedad y te pones a la defensiva. Emociones bastante primitivas.

Heaven reconoció que era cierto.

—La cancelación del viaje de mis padres me ha afectado más de lo que pensaba.

—¿Y piensas establecerte aquí en Elgin? —la pregunta había sonado burlona—. ¿Lejos del nido y la protección del águila?

—Últimamente estás de un filo que cortas —comentó sarcástica.

—Gracias por el cumplido —aceptó él.

—No era un cumplido —le espetó con enojo—. En ocasiones te comportas de una forma extraña.

—Es muy duro perder el amor de mi vida.

Heaven sonrió porque al mismo tiempo que la enojaba, la hacía reír.

—Vas a ser un socio terrible.

—Vaticino que mucho menos que Robert.

Un camarero pasó delante de ellos con una bandeja con bebidas, Heaven aceptó una copa de limonada. Jack tomó otra.

—Pensé que los de Nueva Gales del Sur no bebían limonada —trató de molestarlo con su crítica.

—Soy moderado.

Estaba Claro que nada lograba molestar a Jack.

—A fe mía que es cierto porque en ocasiones te comportas como un revolucionario europeo.

—Soy el mejor amigo que tienes.

—Eres el único amigo que tengo —lo rectificó—, pero en ocasiones te vuelves insufrible.

—Mi único propósito es entretenerte.

Y lo estaba consiguiendo. Con sus agudas respuestas, el tiempo se le pasó volando.

Alexander quedó libre una hora después. Sin despedirse de nadie, la tomó de la mano, y la sacó fuera de la recepción.

Tomaron un carruaje y se marcharon a la casa de ella donde hicieron el amor con urgencia, con desesperación. Como si Alexander necesitara calmar con el cuerpo femenino el desasosiego que sentía. Se desnudaron antes de llegar a la alcoba. Él, mucho más impaciente que ella. La tumbó en la cama con suavidad y la miró sin parpadear. Como si quisiera memorizar cada uno de sus delicados rasgos.

—Te amo —le dijo él con una candencia que le derretía los huesos.

—Repítelo de nuevo —le rogó ella—, me encanta escuchártelo decir.

—Te amo...

La candente voz penetró en su cuerpo y descendió por su piel hasta su vientre.

Heaven sintió al escucharlo que la sangre le burbujeaba en las venas como lava caliente, y de pronto sintió que tenía demasiado calor.

Alexander observó la fina piel de la garganta. El esbelto y pálido cuello. Los mechones de cabello rojo esparcidos por el lecho, y deseó sentirlos entre los dedos.

Se sentía extrañamente impotente y a la vez viva entre los fuertes brazos que la sujetaban.

Con un suave tirón la acercó a su cuerpo y le pasó la mano por la parte baja de la espalda, le rodeó la cintura para abrazarla con firmeza. Ella sintió el impacto de su aroma masculino y ahogó un jadeo porque estaba muy excitada.

Estaba, bajo el musculoso cuerpo, completamente desnuda.

Alexander emitió un ronco gruñido y rodeó los tobillos con las manos para separarle aún más las piernas y poder observarla en todo su esplendor. Le excitaba y le complacía la visión tan gloriosa de ella. Nunca imaginó que pudiera disfrutar de una imagen similar y que lo

enloqueciera tanto.

Heaven le acarició la mejilla al mismo tiempo que suspiraba de forma entrecortada, y, al contacto de ella, un escalofrío le bajó por la espina dorsal y se estrelló directamente en su pene. La sangre bajó a raudales hacia aquella parte de su cuerpo.

Los músculos del vientre de Heaven se contrajeron, y le temblaron las rodillas al conocer la causa de su súbita excitación.

Con una sonrisa se acomodó entre sus muslos hasta que percibió que ambos sexos se acoplaban. Se le oscureció la mirada, se le enronqueció la voz.

—Te amo...

El beso esperado fue recibido con ardor.



## CAPÍTULO 22

Frank Woodward le había hecho el ingreso de dinero en el banco a su hija esa misma mañana, pero no había vendido la casa de Edimburgo. Había vendido unos terrenos que poseía en Cornualles. Lo había hablado con Susan, y ella había estado de acuerdo. Conservar la casa de Edimburgo, le pareció más apropiado.

El ambiente en la bodega era muy tenso porque el resto de trabajadores no querían tratos con los Lowlands. Heaven se dijo que Dubh no tenía buenas habilidades de comunicación, y, aunque lo intentaba, no se hacía valer como el encargado que los trabajadores necesitaban.

Jack y ella hablaron largo y tendido sobre las acciones a tomar si los hombres de las Tierras Altas seguían en ese camino. Dubh había formado dos equipos que trabajarían a distintas horas: los hombres de las Tierras Altas las de la mañana, y los hombres de las Lowlands las de la tarde. Había repartido los hombres en dos equipos de cuatro miembros.

—Los voy a despedir a todos.

La observación de Jack la puso nerviosa.

—Yo he pensado lo mismo.

—Son trabajadores y tienen que acatar las reglas. —Heaven no se esperó la reacción de él—. Vuelvo en un momento.

La dejó sola con la sorpresa pintada en el rostro.

Heaven se encontró arrugando el cejo tratando de adivinar qué ocurría. Desde lejos pudo ver las instrucciones que Jack les daba a todos.

Cuando quedó satisfecho, regresó junto a ella.

—Solucionado.

Heaven lo miró con los ojos grandes y cristalinos. Le parecía increíble que se implicara tanto.

—¿Has despedido a esos cuatro? —le preguntó ella.

—Había que sacar las manzanas podridas del cesto —replicó sin dejar de mirar un punto indeterminado.

—Se me hace difícil verte en este escenario tan diferente a lo que estás acostumbrado.

—Adoro el whisky, y como accionista mayoritario, no puedo permitir que se desperdicie ni una sola gota.

—Dubh hace lo que puede —le dijo ella—. Y no eres el accionista mayoritario —le recordó.

Jack la miró con atención.

—Voy a contratar a un encargado cualificado, te lo aseguro —afirmó con una voz que no admitía réplica—. Y pienso hacer de esta bodega la mejor del mundo.

Jack ya le había comentado los contactos que tenía para contratar a un encargado francés que había trabajado en la mejor bodega de coñac de Francia. Ella, ni en sueños, había logrado lo que Jack estaba haciendo por Birdwhistle en tan poco tiempo, sin embargo, discutían a menudo porque él se había empeñado en traerse a todos los trabajadores de Nueva Gales del Sur, a lo cual se había opuesto de forma tajante. Eran la bodega de su abuelo, y el whisky lo tenían que elaborar escoceses del norte.

Dubh, aunque le faltaba experiencia, era mejor que nada.

—No conseguiremos el contrato, ¿verdad? —lo preguntó con una cierta ansia, como si esperara que Jack le dijera lo contrario.

—Vamos a intentarlo con todas nuestras fuerzas —admitió sin apartar la mirada de los hombres.

Heaven se quedó un poco más en la bodega, no así Jack que tenía una reunión importante. Era el mejor embajador que tenía Nueva Gales del Sur, y se estaba ocupando de diversos negocios fructíferos en Europa. Ella tenía todavía un par de horas hasta que Alexander pasara a buscarla. Un amigo de él celebraba su cumpleaños. Heaven no había podido rechazar la invitación, tampoco le importaba porque le gustaba ver a Alexander entre las personas que apreciaba. Aprendía mucho sobre él sin que le dijera una sola palabra.

\*\*\*\*\*

Heaven se dijo que tenía que hacerse con una pequeña calesa para moverse de un lugar a otro y no depender de carruajes de alquiler.

Alexander la había recogido puntual, y, al ver el traje oscuro y la camisa clara, sonrió. Tenía las costumbres muy arraigadas, menos mal que la nota de color la ponía el tartán del clan al que pertenecía. Ella en cambio se vistió con mimo. Había elegido un vestido en seda y muselina azul. Llevaba un recogido bajo y se había dejado algunos rizos sobre los hombros. Llevaba puestos unos pendientes de zafiro en forma de lágrima que le había regalado su padre el día de su decimoctavo cumpleaños.

Alexander, tan caballeroso como siempre, la ayudo a introducirse en el carruaje de alquiler.

—Siempre me sorprendes —le dijo admirando el atuendo.

—Voy a juego con tu traje —contestó con una sonrisa.

—¿Y cómo sabías el color del traje que pensaba ponerme?

Heaven alzó las cejas como si la pregunta de Alexander se la hubiera dicho en suajili, una lengua propia de Tanzania.

—¿Asistirá mucha gente?

—Solo amigos íntimos —ella sabía que el amigo de Alexander era abogado como él.

La preciosa casa estaba situada en Morefiel. Heaven ignoraba que era un lugar muy tranquilo y cerca de un gran lago.

Alexander detuvo el carruaje y la ayudó a salir. Hicieron una entrada discreta y silenciosa. Él, la presentó a varios conocidos, y su sorpresa fue enorme cuando entre los asistentes se encontró con un hombre que ella conocía. El hombre le hizo un gesto de saludo con la cabeza que ella correspondió.

—¿Conoces a Rhiroy Loch? —le preguntó Alexander cuando se percató que el hombre se dirigía directamente hacia ellos.

—Lo conocí en Londres. Es segundo redactor del diario Times.

El mencionado la saludó galante. Se llevó la mano de ella a los labios.

—Si de lejos deslumbra, de cerca deja completamente ciego —Heaven se quedó parada sin saber qué decir a continuación—. Me alegro de verte, Alexander.

—Yo también, aunque me ha sorprendido verte aquí —le dijo—. Creía que seguías en Annan.

—¿Por favor, nos traerías a tu preciosa acompañante y a mi unas copas de champán? —la solicitud le extrañó mucho—. No te la robaré —le dijo con ojos entrecerrados—. Tengo que darle las gracias, y me gustaría hacerlo en privado.

A Alexander empezaron a sonarle todas las alarmas. ¿Qué tenía que agradecerle?

—¿Le robaste el carruaje?

Si al hombre le extrañó la pregunta, no lo demostró. Siguió sonriendo de una forma que

Alexander no comprendía.

—Un pequeño favor...

Heaven se mantenía en silencio porque las palabras enigmáticas del hombre le sonaron a burla. Ella no le había hecho ningún pequeño favor.

—No habla en serio, Alexander—dijo cuando entendió la mirada del otro—. No he tenido el gusto de hablar con él hasta ahora.

—Cierto —admitió el otro—. Pero ha sido increíble ver la cara que ha puesto —dijo en alusión a Alexander—. Me animo a decir que casi lo ha sorprendido más mis palabras que mi atrevimiento, ¿verdad?

—La verdad es que me has desconcertado —admitió Alexander con un encogimiento de hombros—. Te has mostrado grosero y petulante.

—Descuida, yo iré a por las copas de champán.

Cuando el hombre se alejó, Heaven lo miró con un interrogante en los ojos.

—Creo que ha bebido más de la cuenta —se animó a decir porque su comportamiento le parecía de lo más extraño.

Pero Alexander no pudo responderle porque en ese momento se vio agasajado por tres amigos que lo saludaron de forma efusiva, y que lo acibillaron a preguntas. Heaven quedó relegada a un segundo plano, aunque no le importó. Disfrutaba viendo las muestras de cariño que Alexander despertaba en la gente.

—Su copa de champán.

El periodista estaba parado a escasos centímetros de ella, le tendía una copa llena del líquido dorado. La tomó educada. Alexander hablaba un poco alejado de ellos.

—Debo admitir que estoy en verdad asombrado —ella le había dado el primer sorbo al champán—. Graham es un hombre muy reservado.

—Lo es.

—Y con un gusto exquisito.

—Gracias, por la parte que me toca.

—¿Le ha confesado ya que es la dueña de Birdwhistle?

Heaven se giró tan rápido que tiró parte de la bebida. Lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Creo que no le comprendo...

El periodista seguía sonriéndole de forma boba.

—Dubh es mi primo pequeño.

Ahora estaba más sorprendida todavía.

—¿Perdón?

El hombre hizo algo que la incomodó. Se inclinó sobre el hombro de ella y le susurró al oído algo que la dejó con las rodillas temblando. ¡Dubhle había revelado todo!

—Que la dueña de Birdwhistle se enrolle con el encargado de la bodega rival es de una astucia increíble para llevarse el contrato.

Se le hizo un nudo en la garganta que le impidió respirar. El líquido burbujeante había quedado olvidado en la mano.

«¿Qué has hecho Dubh?», se preguntó angustiada.

—Debe de estar equivocado porque el dueño de Birdwhistle es Jack Palmer de Nueva Gales del Sur —dijo aceleradamente.

El periodista le guiñó un ojo y le sonrió.

—Tranquila —le susurró—. Su secreto está a salvo conmigo.

«¡Maldita sea, Dubh. ¿Qué has hecho?», volvió a preguntarse. Heaven lo miró desairada, y, en un gesto altivo, le dio la espalda. El hombre entendió que estaba enojada y se marchó.

Alexander supo que algo malo ocurría cuando observó el rostro de Heaven. Se disculpó con sus conocidos, y se plantó veloz a su lado.

—¿Te ha molestado?

Alexander le quitó la copa de la mano porque temió que la tirara al suelo.

—Se me ha subido el champán.

Era la excusa más mediocre que había dicho nunca, máxime cuando él sabía que no era cierto, aunque no la contradijo.

Varios conocidos se acercaron a ellos, y Heaven tuvo que poner su mejor sonrisa para que Alexander no sospechara lo nerviosa que se sentía. Y se pasó la mayor parte de la celebración pensando en su encargado. En si sería verdad lo que le había soltado el primo periodista, y en las posibles consecuencias que tendría en su relación con Alexander si descubría la verdad. A cada día que pasaba, todo se complicaba, y por su culpa, por ser una cobarde. Por haber callado creyendo que hacía un bien mayor cuando no era cierto.

—Discúlpame Alexander, voy un momento al baño —la preocupación le había revuelto el estómago.

Él, la miró con rostro preocupado.

Heaven caminó varios pasos, y tuvo la buena suerte que el periodista había llegado al cumpleaños acompañado de Dubh. Cuando lo vio reír en una esquina del salón, caminó directamente hacia él.

—Necesito hablar contigo —al escucharla, Dubh se sobresaltó—. Sí, ahora mismo —Heaven calló un momento—. Es muy importante, y sí, tiene que ver con tu primo periodista.

Y durante veinte minutos, Heaven escuchó la explicación de Dubh, y deseó que la tierra se la tragara. El joven encargado le confesó que se había ido de la lengua en una celebración.

—Dubh, ¿te das cuenta de lo que has hecho? —le preguntó con un hilo de voz—. No tenías que haber revelado nada, y menos a tu primo periodista —calló un momento, momento que aprovechó el joven encargado para disculparse, pero el daño ya estaba hecho—. ¿Qué crees que pensará Alexander si todo esto trasciende? —Heaven se había incluido porque su conducta también era deplorable—. Tienes que hablar con tu primo de inmediato y rogarle que no revele nada de cuanto le has contado —guardó silencio unos segundos—. Hasta que yo pueda hablar con él y le confiese todo.

Heaven escuchó durante varios minutos las explicaciones de Dubh, pero tenía la mente puesta en otro lugar y no en las excusas. Se despidió del encargado cuando obtuvo su promesa de que hablaría con el charlatán de su primo. Tragó con fuerza varias veces porque se sentía en verdad mareada. Se mojó el rostro que secó después con papel. Esperó unos momentos, y salió al vestíbulo. Fuera la esperaba Alexander, y, cuando vio su mirada herida, supo que lo sabía. Ignoraba quién de los asistentes al cumpleaños se lo habría dicho, pero lo sabía.

## CAPÍTULO 23

—Te llevaré a casa —dijo de forma hermética.

Tenía las manos en la espalda, y la mirada brillante de indignación.

—Lo siento —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Lo sé —le dijo el otro con la mandíbula tan apretada que le crujieron los dientes.

Alexander se había despedido de los anfitriones en nombre de ella, y condujo el carruaje de regreso completamente concentrado. Heaven pensaba a toda velocidad en la explicación que tenía que darle. Fue escogiendo las mejores palabras que podrían calmar su enojo. Paró el carruaje como siempre, y ella soltó el aliento con verdadero alivio. Había creído que la dejaría plantada, pero no: Alexander era un caballero hasta las últimas consecuencias.

La entrada de los dos a la casa fue la antesala del caos. Heaven se giró hacia él que en ese preciso momento dejaba su juego de llaves encima de la mesa del salón. La intención era tan clara que las piernas le temblaron.

—Te devuelvo tus llaves, dueña de Birdwhistle.

También sabía eso. Heaven pensó que la persona que le había informado no debía de haberse guardado nada.

—¿Quién ha sido?

La miró con un brillo tan intenso, que Heaven sintió que la quemaba.

Alexander se tomó su tiempo, y después le reveló que escuchó una ardiente conversación donde varios implicados se explayaban aportando datos sobre su vida. La muerte y testamento de su bisabuelo, y su herencia como dueña de Birdwhistle. Estaban enzarzados en una discusión acalorada, unos apoyándola en su aventura amorosa, otros retratándola como una mujer fría y despiadada que buscaba únicamente el contrato con Templeton&Bardstown.

—Alguien me colocó de espaldas al nutrido grupo que se explayaba, imagino que fue con la intención de abrirme los ojos, bueno, a mí y a todos los asistentes.

Ella imaginó que ese alguien había sido su amigo el que cumplía años.

—Quiero explicarte... —él, no la dejó terminar.

—Soy el hazmerreír de todos —la voz masculina sonó contenida—. Un completo imbécil.

—Quería decírtelo... —la volvió a interrumpir de nuevo.

—¿Cuándo? ¿Después de conseguir el contrato? ¿Al final de los juegos?

—Tuve miedo —le confesó—. No quería perderte.

Alexander chasqueó la lengua e hizo varios gestos con la cabeza que mostraban su frustración.

—¿Sabes cómo me siento?

—Puedo imaginarlo.

—Dolido, decepcionado... furioso —Heaven agachó la cabeza porque le costaba sostenerle la mirada.

Se sentía mortificada.

—Te amo —logró decir.

Alexander soltó una carcajada irónica.

—Claro, todavía no me has robado el contrato de mi vida, ¿no es cierto?

Se merecía todos y cada uno de sus reproches. Y en los ojos de él pudo ver que Alexander

recordaba cada una de las palabras que habían mantenido sobre whisky, etc. E intuyó todo lo que ella había tramado para sacarle información que beneficiara a su bodega.

—¿Nunca te has equivocado? —se atrevió a preguntar.

Las cejas negras se alzaron en un interrogante. La mandíbula se tensó al máximo.

—No he sido yo el que ha fingido un sentimiento para obtener un provecho ilícito de ésta relación —Heaven tragó con fuerza—. No he sido yo el que ha mentido y engañado a todo el mundo presentando a un hombre tan falso como tú como dueño de tu bodega para que yo no sospechara de tus aviesas intenciones... —iba a protestar, pero no se lo permitió—. Ni he utilizado información privada para beneficio de otros que nada tiene que ver contigo.

Indudablemente se refería los hombres contratados de las Lowlands y que habían ganado en varios juegos por primera vez en años. Alexander solo tenía que sumar uno más uno.

—Soy culpable de todo —admitió compungida—, pero te amo.

—¿Y ya está? ¿Así lo arreglas todo?

—No soy capaz de decir nada más —admitió cabizbaja.

Alexander estalló.

—¿¡Toda esta falsa por ganar un contrato!? ¿¡Me hieres de muerte por un maldito contrato!?

—Era importante entonces —se excusó—. Todavía lo es porque ando escasa de dinero

—¿¡Y YO!? ¿No era lo suficientemente importante para ti?

Alexander se giró y respiró hondo varias veces. Estaba a un paso de lanzar un grito desgarrado. Heaven se acercó lentamente y le puso la mano sobre el hombro. Lo sintió tensó bajo la palma.

—Pensé en decírtelo muchas veces —confesó en voz baja—, pero temía tu reacción, y me pudo la cobardía.

Él, se giró de golpe y quedó frente a ella.

—¿Qué reacción puedo tener al conocer este engaño? ¿Esta burla de la que me has hecho objeto delante de todos los que me respetaban? ¡Me has puesto en evidencia, maldita sea! ¡Has puesto mi honor en entredicho!

Heaven tenía los ojos llenos de lágrimas. Lo veía herido, y se le partía el alma. No valía ninguna excusa porque su conducta había sido amoral, aunque solo al principio. Lo amaba de verdad, y respetaba su duelo ante lo que había descubierto sobre ella. Se le encogía el corazón al comprender el brillo de su mirada porque creía verla como era en realidad: falsa, pero no era cierto.

Cuando ella alzó la mano para acariciarle el rostro, Alexander apartó la cabeza en un gesto airado. Como si no soportara que lo tocara.

—Mañana enviaré a alguien a por mis cosas —le dijo al fin.

—¿No... puedes... perdonarme? —balbuceó porque le fallaba la voz.

Alexander entrecerró los ojos y se apartó un paso de ella. La miró larga y profundamente de forma desnuda, descarnada. Diciéndole con los ojos todo aquello que callaba porque ante todo era un caballero, y siempre se había comportado como tal.

—¿Puedes perdonarte tú?

Ya no esperó una respuesta. Avanzó a grandes zancadas hacia la puerta de la calle y se marchó sin mirar atrás.

Heaven sintió una sensación de derrota en los huesos que la obligó a sentarse sobre el suelo y a llevarse las manos a la cintura para tratar de contener un gemido doloroso.

Había perdido el amor de su vida por callar, por miedo... lo había perdido por completo.

«Perdóname, Alexander, perdóname porque yo no puedo perdonarme».

Comenzó a llorar y ya no pudo parar.

\*\*\*\*\*

Era noticia que corría como la pólvora en todas las Tierras Altas. Todas y cada una de las tertulias mañaneras se hacían eco de la jugosa noticia, pero ella no quería ver a nadie. No había dormido en toda la noche ni había respondido a los mensajes.

Se encerró en la cama con la ropa puesta y los zapatos.

Si ella pensó que en el pasado su ruptura con Robert había sido dolorosa, ahora se daba cuenta que aquello fueron caramelos en comparación con lo que sentía en este momento. Quería morir porque no podía con la vergüenza que sentía hacia sí misma. Se sentía miserable, ruin, mezquina, y completamente enamorada. No acudió a las llamadas insistentes de la puerta, tampoco a la voz que se escuchaba tras ella, bien fuera de Dubh o de Jack.

Estaba hundida, y quería comerse sus miserias ella sola.

Pasó todo el día del viernes sin moverse. Seguía encerrada bajo la colcha de su cama rezando para que el dolor remitiera un poco. Tenía los ojos hinchados, la garganta escocida, pero nada podía compararse al tremendo dolor que sentía en el corazón. Y se puso en el lugar de Alexander millones de veces. Sufrió por él y por lo que debía de estar soportando simplemente por fijarse en una mujer como ella. No se merecía lo que le había hecho. Era imperdonable. Había destruido su reputación ganada a pulso.

Escuchó ruido tras la puerta de la calle, y se encogió todavía más en la cama. No le importaban que fueran ladrones. Periodistas, monstruos... no quería saber nada de nadie ni de nada.

Jack había convencido a un cerrajero de que le abriera la puerta con el juego de llaves maestras. El hombre no dudó en abrir la puerta, aunque no entró en el interior de la vivienda porque los dos guardaespaldas de Jack se lo impidieron.

—Sé, que estás aquí —gritó Jack—. ¿Heaven?

Caminó directamente hacia la alcoba de ella y vio el bulto bajo la colcha. Se acercó a la cama, y cogió la tela para apartarla. Heaven estaba inmóvil. Se inclinó sobre ella y le tocó el rostro. No estaba dormida aunque no abría los ojos.

—Vamos, mírame —le ordenó.

Pero Heaven lo ignoró. Se giró sobre sí misma y le dio la espalda. Jack respiró aliviado al comprender que estaba bien, bueno, dentro de lo bien que cabía estar en el desastre de su situación. Regresó sobre sus pasos y le dijo al cerrajero que él se ocupaba de todo. Los dos guardaespaldas se quedaron en el salón esperando órdenes. Jack regresó al dormitorio y se sentó al borde del colchón.

—Menuda la que has armado —le dijo en tono ligero como era costumbre en él.

Ella, se encogió todavía más, y comenzó a sollozar con fuerza.

—Ahora comprobarás si está a la altura.

—Quiero morirme —dijo al fin.

—De estar en tu lugar yo también lo querría.

Ella se giró de golpe hacia él y lo miró con rabia.

—Ya no puedo caer más bajo, no hace falta que lo intentes.

—Vamos, Heaven, que ya no eres una niña.

—¿Y esa es tu forma de consolarme? —le preguntó—, pues que sepas que sí he sembrado como una niña y ahora cosecho los frutos venenosos.

Jack sintió la necesidad de acariciarle el cabello despeinado, pero se contuvo.

—Te perdonará —vaticinó.

Ella volvió a estallar en llanto.

—¡Cállate! —explotó mortificada.

—Yo, te perdonaría...

Ya no le quedaban lágrimas para derramar. Lloraba, pero nada salía de sus lagrimales. Se había pasado toda la noche haciéndolo, y sintiendo que cada lágrima le arrancaba un girón de piel al corazón.

¡Lo tenía en carne viva!

—He amenazado a ese periodista que estuvo en el cumpleaños, y he logrado que te convoque una rueda de prensa a las seos de esta tarde para que des tu parte de la versión —ella negó varias veces con la cabeza—. Se lo debes, Heaven.

Era cierto, lo mínimo que podía hacer era tratar de paliar parte del descalabro sobre él. Alexander era una víctima inocente. Y ella tenía la obligación moral de aclararlo.

—No me resigno a perderlo —confesó contrita.

—Entonces lucha para conservarlo.

—No lo merezco —afirmó con derrota.

—Permite que sea él quien decida eso.

Heaven hipó varias veces.

—Ayer se marchó de forma definitiva.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Dejó las llaves de la casa frente a mis ojos.

Jack se hacía una imagen de lo que había sucedido, y supo que el escocés se había comportado con corrección. Entregarle las llaves era lo más suave que se le ocurría.

—Yo te habría enviado a un harem en Siria encadenada y amordazada.

Heaven se sentó al fin sobre la amplia cama. Estaba hecha un completo desastre. El vestido estaba tan arrugado que sería imposible dejarlo liso. El cabello estaban tan lleno de nudos que Jack dudó que pudiera peinarlo con normalidad. Tenía el rostro hinchado, la piel macilenta.

—¿Dónde se ha convocado la rueda de prensa?

—En el ayuntamiento —tenía que haberlo sospechado.

Era tanta su influencia, que podía lograr lo imposible.

—No responderé ninguna pregunta —afirmó triste.

—Tienes que comer algo.

—Tengo las tripas revueltas.

—No puedes presentarte así delante de los periodistas.

Era cierto. Tenía que presentarse digna para tratar de salvar la reputación de Alexander.

—¡Lo amo tanto! —exclamó dolida.

—Entonces, demuéstreselo.

Ella se quedó mirando a su amigo tratando de entenderlo.

—No me lo permitiré. Lo he herido demasiado.

Jack hizo lo que se supone que hacen los amigos en casos así, la abrazó con fuerza para transmitirle ánimo.

—Vamos, pequeña, tú puedes con esto y con lo que te pongan por delante, ya lo demostraste en el pasado en varias ocasiones.

Heaven se dejó consolar porque lo necesitaba.

—Nunca he querido a Robert, me sentía a gusto con él. Lo admiraba, pero no lo quería como



una mujer debe querer a un hombre. Lo descubrí cuando me enamoré de Alexander.

—No hace falta que sigas flagelándote —le aconsejó él que la soltó lentamente para comprobar si ella se encontraba mejor.

Al menos el color había vuelto a sus mejillas.

—Que me dejara por otra me molestó mucho. Hirió mi vanidad, pero nunca me sentí tan perdida como ahora. Tan miserable como ahora.

Jack decidió ser sincero con ella como siempre lo había sido. Eran buenos amigos. Se respetaban, y por eso se decían las verdades.

—Es lógico, con Robert fuiste la víctima, con Alexander el verdugo —Heaven lo miró absolutamente espantada—. Tienes que asumir el papel que has desempeñado en todo esto, y tomar las riendas de una vez para arreglarlo.

—No tiene arreglo. Sé, que no lo tiene —reiteró.

Jack la miró con un brillo de ofensa en sus pupilas.

—De estar en el lugar de Graham —le dijo—. Me gustaría que te esforzaras más por tratar de recuperarme, y que no me dieras por perdido con tanta facilidad —ella no supo qué responder ante tamaña verdad—. Comienza a arreglarte mientras envío a uno de mis hombres a por un poco de comida.

—Vomitare si como —respondió al mismo tiempo que se levantaba del lecho.

—Entonces volverás a comer —respondió con su habitual sentido del humor—. Y volverás a comer hasta que tu estómago se dé por vencido.

## CAPÍTULO 24

Heaven se secó la palma de las manos en el tejido de su ropa. Se había vestido de forma muy sencilla: un vestido que iba entallado en el pecho, y de vuelo amplio. Gracias a lo que Alexander le había obligado a comer, Heaven había engordado varias libras y no podía ponerse casi nada de su vestuario, solo podía ponerse las prendas más sueltas que tenía, como el vestido serio que había escogido. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo, y se había maquillado de forma discreta para tapar los signos de sufrimiento en el rostro.

Cuando alzó la cabeza y vio a la docena de periodistas casi apelotonados porque no había sitio suficiente para todos, se descorazonó. Casi parecía que estaban todos los periodistas de Escocia.

Se aclaró la voz y dejó el discurso que había preparado sobre el pequeño atril. Miró uno a uno todos los rostros de los que tenía más cerca, y comenzó su declaración con voz suave.

Explicó sin entrar en detalles, la sorpresa que había recibido al conocer que en el testamento de su bisabuelo la dejaba como única heredera de la bodega Birdwhistle, y de la ilusión que la embargó aunque desconocía todo lo relacionado con el whisky. Les mencionó las dudas del antiguo encargado, y del consejo valioso que le había dado para ocultar que era la nueva dueña. Explicó de forma sencilla que Jack Palmer era socio de la bodega. Uno de los periodistas le preguntó, aunque en la convocatoria se había dejado claro que no habría ronda de preguntas, por qué motivo había decidido incluir un socio no escocés. Heaven respiró, y contestó con la verdad: libras. Necesitaban dinero porque la bodega estaba practicante en la bancarrota, y gracias a la inversión de Jack Palmer, podían salir adelante. Cuando llegó la hora de explicar su relación con Alexander Graham, le tembló la voz, pero consciente de que ya lo había perdido todo, hizo una declaración intensa y apasionada sobre lo que sentía por él, y que en nada tenía que ver con que ella fuera la dueña de Birdwhistle, y que aspiraba a quedarse el contrato de Templeton&Bardstown.

Declaró que había pensado dejar todas las decisiones en manos del otro socio porque la bodega necesitaba una profunda reestructuración. Uno de los periodistas le echó en cara que su encargado fuera de las Lowlands. Heaven asumió toda culpa, pero le informó que ella desconocía el antagonismo que existía entre los hombres de las Tierras Altas, las Lowlands. Les agradeció a todos su asistencia, y dio por concluida la rueda de prensa.

Cuatro de los ocho guardaespaldas de Jack hicieron piña en torno a ella y la sacaron de allí. Jack le había ofrecido hospitalidad en su palacete para que pudiera evitar a la prensa en su vivienda, pero ella lo descartó. Había hecho lo más difícil, ahora tenía que esperar para poder hablar con Alexander. Tenía que convencerlo para que la perdonara. Tenía que lograrlo.

\*\*\*\*\*

Cuando el carruaje la dejó frente a la casa de Alexander, vaciló. Tenía que disculparse con los padres de él porque se habían portado genial con ella. Pagó al cochero, y caminó los dos pasos que la separaban de la puerta. Tomó la aldaba, y golpeó la madera.

Fue la madre la que abrió la puerta, y, cuando vio sus ojos enrojecidos, supo que conocía la debacle de lo que había sucedido entre su hijo y ella. Comenzó a hablarle en un torpe gaélico que

mejoró en fluidez cuando la mujer le permitió el paso hacia el interior de la vivienda. Se sentía cohibida, preocupada, pero quería explicarles que amaba a su hijo, y que esperaba que la perdonara.

Jamie Graham preparó un té que aceptó ella, al mismo tiempo que tomaba asiento en el sofá del amplio salón. Le preguntó a Megan si Alexander estaba en la casa, y su respuesta fue negativa. Heaven suspiró porque todavía no había enviado a nadie a recoger sus cosas a la vivienda que había compartido con ella todo ese tiempo, y se preguntó si eso sería buena o mala señal.

La madre llevaba un pañuelo en la mano que estaba húmedo, y Heaven se despreció porque sabía que era ella era la causante de su llanto. Megan se sentó frente a ella, y la miró con ese dolor sordo en los ojos que sólo sienten las madres cuando ve sufrir a uno de sus hijos.

Heaven tomó las manos arrugadas entre las suyas, la miró directamente a los ojos, y le pidió perdón. La mujer no le respondió sino que la miró de forma intensa, y ella supo que tenía que comenzar su larga explicación. Agradeció en silencio que se lo permitiera, y lo hizo sin dejarse nada en el tintero. Le reveló absolutamente todo, desde el principio, incluida aquella primera vez cuando le robó el carruaje. Jamie las había dejado a solas para que Heaven no se sintiera intimidada por su presencia, pero ella había llegado a un punto que nada le importaba salvo recuperar a Alexander: su confianza, su amor, su persona.

Megan fue muy dura en sus recriminaciones. Ella las aceptó con humildad, y le aseguró una y otra vez que amaba profundamente a su hijo, y que esperaba obtener su perdón. Cuando finalmente el padre optó por sentarse junto a las dos mujeres, la tensión se alivió considerablemente. Heaven le confió que no pensaba asistir a los juegos finales.

Se mostró sencilla, cercana, y completamente arrepentida.

Megan le preguntó qué pensaba hacer si su hijo finalmente no la perdonaba, pero ella no quería contemplar esa opción que le parecía devastadora. Contestó que haría lo imposible para lograr que la escuchara, y que confiaba en su capacidad de comprender y de valorar que había intentado hacer lo mejor para la bodega que había heredado, aunque se había equivocado. La madre, que al principio se había mostrado renuente y crítica, acabó por ceder al llanto y la arrastró con ella. Jamie se encontró consolando no solo a su mujer, sino a muchacha que se deshacía en lágrimas.

Le aseguró que todo iba a arreglarse, que su hijo era muy orgulloso pero justo, y sus palabras no hicieron sino incrementar la angustia que sentía Heaven, aunque les agradecía el trato que le daban en vista de lo mal que se había portado. Y la madre terminó abrazada a ella y asegurándole que hablaría con su hijo para que entrara en razón. Que conocía la explicación que había dado, y que había comprendido que sólo una mujer que ama de verdad, se exponía al escarnio público por defender al amor de su vida.

Escucharla fue toda una sorpresa para ella, y la abrazó más fuerte todavía.

Heaven se encontró de pronto, no con dos enemigos, sino con dos valiosos aliados que se habían posicionado a su lado para defender el amor que sentía por Alexander. Pero Heaven había calculado mal porque él se lo iba a tomar de forma muy diferente. Ya la creía una manipuladora sin sentimientos. Cuando decidió levantarse para marcharse, sufrió un severo mareo que la obligó a tomar asiento de nuevo. No se había alimentado en dos días, que unido a la angustia que la embargaba, habían propiciado el profundo malestar que sentía. Los padres de Alexander se preocuparon realmente y se ofrecieron a llamar a un médico, pero ella les dijo que no hacía falta.

No se quedaron conformes, pero lo aceptaron. Jamie envió un mensaje para pedir un carruaje para ella. Cuando oyeron el relincho en la puerta, se despidieron.

Heaven les sonrió, les dio las gracias, y les pidió perdón de nuevo.

La madre la besó en la mejilla como muestra de apoyo, y Jamie le estrechó la mano. Cuando ella se montó en el carruaje, Megan miró a su marido con los ojos como platos.

—¡Hoy es un día maravilloso! ¿Pero no te has dado cuenta?

Si pretendía sorprenderlo, lo consiguió.

## CAPÍTULO 25

Faltaban pocas horas para que comenzara los juegos definitivos. Heaven pensaba cumplir su promesa de no asistir, y así se lo había comunicado a Jack que tenía que disculparse por la ausencia de ella. Estaba nerviosa, impaciente, y esperando la visita de Dubh porque tenía que darle una última orden y que esperaba que la cumpliera a rajatabla.

Heaven quería recuperar a Alexander, y haría lo que hiciera falta para lograrlo. Estaba sumida en pensamientos contradictorios cuando tocaron a la puerta. Un mensajero le llevaba un sobre grande sin remitente, y ella lo tomó intrigada. Le dio las gracias y cerró la puerta. Cuando se sentó en el salón, se atrevió a rasgarlo y sacar su contenido, dentro encontró la carta donde le anunciaba que renunciaba como encargado de Halfenaked. ¡Renunciaba! Por su culpa, por ella, por su maldita intromisión en su vida, pero él no sólo le había entregado su renuncia, también le entregaba su cuaderno donde escribía todas las formulas y secretos para lograr el mejor whisky de toda Escocia. La nota también decía:

«Que todo tu esfuerzo no resulte en vano»

Soltó el aire de golpe, y miró las letras sin creer lo que veía. ¿Por qué renunciaba? ¡Por su culpa! ¿Por qué motivo le dejaba un tesoro como su cuaderno? Porque era lo que ella había buscado desde el principio, quedarse con el contrato de Templeton&Bardstown, y se lo servía en bandeja de plata.

¡Maldito seas, Alexander! ¡Maldito tú y tu honorabilidad porque me haces sentir una miserable! Heaven pegó un brinco cuando el timbre de la puerta sonó de pronto. Y esperanzada de que fuera Alexander el que iba a verla para decirle que se olvidara del sobre que había recibido, se dispuso a abrir la puerta con la esperanza pintada en el rostro.

Pero era Dubh.

—Voy de camino a los juegos.

—¿No vas en carruaje?

Le hizo un gesto negativo.

—Tengo que meditar mucho, y no podré hacerlo si estoy allí.

Heaven lo invitó a pasar al salón, y le dijo que tomara asiento. Cuando Dubh lo hizo, ella le enseñó la renuncia de Alexander. El encargado se la quitó de las manos.

—No podemos permitirlo —aseveró ella.

—¿Por qué lo hace?

Se había precipitado, pero quería y necesitaba confiar en Dubh.

—Renuncia por mi culpa —explicó ella.

—Pero usted no ha hecho nada malo, fui yo el que se fue de la lengua.

—Le he mentado, y cree que lo he utilizado.

—Pero tenemos que ganar el contrato de la Templeton&Bardstown.

Ella negaba con la cabeza de forma efusiva.

—Tiene que ganar el mejor, y creo que es la bodega Halfenaked.

Dubh resopló al escucharla.

—Los hombres van a por todas.

—Por favor —reiteró—, pídeles que se retiren.

—¿Y qué hay del contrato? —insistió.

Heaven pensó que Dubh era joven y no podía entender muchas cosas, y decidió ponerlo en su sitio. A ella le importaba el dinero pero no a costa de la honradez y la fidelidad.

—Fue una completa estupidez que le revelaras a tu primo algo que te pedí expresamente que no hicieras —Dubh tuvo la decencia de agachar la cabeza—. Aunque yo soy la responsable de todo.

La regañina subía de volumen.

—Tarde o temprano se iba a saber que usted es la verdadera dueña de Birdwhistle.

—Estuvo mal por mi parte, Dubh, pero debías de respetar mi decisión al respecto.

—No le puedo decir a los hombres que se retiren de los juegos, sobre todo a los hombres de las Lowlands.

—No tendríamos que haber contratado a hombres de las Tierras Bajas.

Esa era una verdad indiscutible.

—Pero ya está hecho —insistió el chico—. Ahora dejemos que jueguen, y sea lo que san Andrés quiera.

Ahora fue ella la que soltó el aliento de golpe.

—Como encargado de Birdwhistle te hago responsable.

Dubh masculló con esa impetuosidad que provoca la juventud al comprender la amenaza velada.

—La mitad del whisky se echará a perder —le dijo de pronto.

—Entonces perderemos la mitad del whisky —aceptó—. Pero no pienso perjudicar a Alexander. Debe ganar el contrato de Templeton&Bardstown el mejor, y él lo es.

Dubh la contempló largo y tendido. Estaba plantada frente a él, y no titubeaba ni un ápice.

—Hablaré primero con mi tío para que me ayude los Lowlands —Heaven destensó los hombros al escucharlo—, pero sigo creyendo que es un error que le puede costar muy caro a la bodega.

—Muchas gracias Dubh, me alegra comprobar tu buena disposición.

\*\*\*\*\*

Heaven se estaba preparando mentalmente para encarar a Alexander. Ya se encaminaba hacia el baño, cuando la aldaba de la puerta comenzó a sonar con insistencia y la desvió de su rumbo. Sin penar abrió la puerta y vio a Jack y a los dos guardaespaldas que siempre lo acompañaban, los otros se mantenían invisibles incluso hasta para ella, pero sabía que siempre estaban vigilantes.

—Hacía mucho tiempo que no te veía ataviado tan informal.

Jack era un hombre que vestía muy elegante para ser de Nueva Gales del Sur.

—Así pasaré más desapercibido —ella admiró el atuendo.

—Impones mucho, la verdad, aunque sea vestido sólo con esos pantalones de montar, y esa camisa remangada. ¿Qué has hecho con el pañuelo?

—¿Aún no te has arreglado? —no esperó a que lo invitara—. Debemos estar en los juegos antes de que comiencen.

—Te dije que no pensaba asistir.

Heaven lo siguió al salón, los guardaespaldas se quedaron en el pasillo.

—Debes asistir.

—No pienso hacerlo.

—Es por Alexander que tienes que asistir.

—Es por Alexander que no debo ir.

Jack soltó un suspiro. La conocía muchos años, y nunca se acostumbraba a esa terquedad que lograba desquiciarlo en ocasiones, pero era lo que más le gustaba de ella.

—Eres la dueña de la bodega Birdwhistle, tus jornaleros participan, no puedes faltar —iba a protestar con energía, pero él se lo impidió—. Sabes que tengo razón.

—Le he dado una orden a Dubh para que se retiren

Jack la miró estupefacto.

—Desde ya te anuncio que no te harán caso. Si algo distingue a esos Lowlands, son las ganas que tienen de enfrentarse a los escoceses del norte.

Heaven se quedó pensando unos instantes.

—Estoy pensando en Alexander.

—Callarás muchas bocas si vas —le dijo—. Si te quedas dispararas los rumores.

—¿Más? ¡Imposible!

—Es lo que querría tu bisabuelo, ¿me equivoco? Por eso te nombró la dueña de Birdwhistle, porque supuso que siempre estarías a la altura.

Desde luego que Jack sabía qué tecla tocar en la conciencia para despertar los remordimientos de una mujer.

—Lo he estropeado todo. Si mi bisabuelo levantara la cabeza... —no terminó la frase, no hacía falta.

—Arréglate, debemos salir en media hora.

—No he comido nada —confesó azorada cuando le zurrieron las tripas.

—Tendrás algo preparado cuando termines.

Se le hizo tan surrealista imaginar que Jack se metiera en su cocina para prepararle algo de comer, que no pudo contener una sonrisa en medio de su angustia emocional.

—Un diplomático de Nueva Gales del Sur trabajando en mi cocina, alucinaría en colores.

—No he dicho que te lo vaya a preparar yo, tengo otros recursos.

—No lo pongo en duda, pero me ha gustado esa imagen de ti: preparándome un tentempié.

—Tengo dos guardaespaldas muy eficientes —contestó serio.

Ella no había pretendido ofenderlo, pero últimamente no controlaba esa vena malhumorada.

—Lo lamento —se disculpó—. Estoy alterada.

Cada uno emprendió un rumbo distinto, ella hacia el baño, y Jack en sentido contrario. Cuando tiempo después salió arreglada, el jeque la esperaba con un sándwich en la mano envuelto en una servilleta. Ella le sonrió agradecida. Le dio un mordisco hambrienta.

—Qué bueno está —le dijo mientras se relamía.

—¿Te he dicho que comes demasiado? —le preguntó sarcástico.

—Alexander ha logrado que me guste todo —reconoció sincera—. Pero a veces me saltó alguna comida.

—Si sigues sin alimentarte como es debido, perderás esa hermosura que has cogido en estos meses en Escocia.

Ella lo miró con falso enojo.

—Engordo por el clima —apuntó.

—Es la buena comida —la corrigió—, y el amor.

Ya casi se había terminado el tentempié. Jack se fijó en sus botines.

—¿No tienes otros zapatos? Caminar con eso por la hierba fresca no es una buena elección.

—No tengo nada más apropiado —le respondió—. Además, estaré sentada en una de las sillas, y como ves, me he puesto un vestido apropiado.

Él no entendía por qué motivo hacia esa ilusión al vestido, pero Heaven tenía muy presente el día que el viento le hizo enseñar su ropa interior a Alexander y a todos los escoceses que estaban detrás de ella.

El recuerdo la ruborizó.

—Hoy no te dejaré sola ni un instante, salvo si me lo pides.

Ella lo miró sonriendo, y justo cuando salieron a la calle, lo sujetó por el brazo.

—Gracias, Jack, eres el mejor amigo del mundo.

Carraspeó turbado. No le gustaba el agradecimiento de ella. No, después de haber querido algo más, de querer algo más porque no podía hablar en pasado, todavía no.

—Me lo cobraré con creces —le advirtió mientras le abría la puerta para que entrara en el amplio carruaje negro.

El carruaje estacionó lejos de la entrada principal. Un guardaespaldas le dijo algo al oído que Heaven no alcanzó a escuchar. Jack la condujo de forma suave hasta la zona de sillas.

—Han llegado muchos visitantes, sobre todo ingleses —murmuró Jack.

Heaven lo miró asombrada.

—Ignoraba que los juegos fueran tan admirados en Inglaterra —se expresó.

—He oído algo sobre la reina Victoria.

—¿Has oído o sonsacado? —la pregunta había sonado burlona.

Heaven no quería mirar hacia el lugar donde estaba él, pero sus ojos la traicionaron. Alexander estaba de pie y de espaldas a los participantes, la miraba de forma fija. Tenía las manos puestas en jarra en torno a sus caderas. El estómago le dio un vuelco. Estaban a una distancia considerable, y, sin embargo, era como si pudiera verse reflejada en el iris azul intenso de sus ojos.

—Es mejor que lo saludes —le dio Jack al oído—, porque muchos asistentes están pendientes de ti.

Heaven miró hacia los asistentes, y comprobó lo ciertas que eran las palabras de Jack. Tragó con fuerza, y buscó una sonrisa en su alma para dedicársela. Se llevó la mano a los labios, y le envió un beso, pero la única respuesta que obtuvo de él fue una sonrisa que logró apaciguar a las matronas más románticas que los observaban con atención, pero que la entristeció muchísimo, porque ella conocía muy bien sus sonrisas de afecto, y, esa que le mostraba, no lo era.

—Buena chica —le dijo Jack al mismo tiempo que la ayudaba a tomar asiento.

Heaven divisó a Dubh y a su tío, pero su tío le dijo algo, y él giró la cabeza hacia donde estaba ella. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza que ella entendió. Un segundo volvió a hablar con su tío.

Hasta el comienzo Heaven se mantuvo en silencio en completa meditación, incluso cuando el alcalde y el sheriff la saludaron poco antes de ocupar sus respectivos asientos. Llegó la visita real y Jack tuvo que darle un pequeño codazo para que se levantará en señal de respeto. Estaba tan absorta que no se había percatado.

—¿Cómo se te ocurrió contratar a esos hombres de las Lowlands? —la crítica de Jack era más que justificada.

—Nadie en las Tierras Altas desea trabajar para mi.

Precisamente uno de los hombres que había contratado, se enfrentó al juez que anotaba las victorias.

—Si siguen así, lo expulsará —apuntó Jack con voz seca.

Ella lo suponía. Otro de los hombres que había contratado comenzó a discutir con uno de las Tierras Altas, y el juez tuvo que mediar para que no llegaran a las manos. Heaven se ponía por



momentos más nerviosa.

—No quiero mirar —dijo al mismo tiempo que desviaba la mirada.

—Solo están lanzando el martillo —escuchar a Jack no la calmó—. Y veo sus intenciones de lanzárselo al juez.

—Quiero irme —se quejó ella que estaba sufriendo lo indecible.

En los siguientes diez minutos los hombres de Halfenaked lo hicieron mucho mejor. Habían ganado con el tronco, y con el martillo. Alexander, que seguía de pie, se giró hacia ella y la miró tan afectadamente que Heaven sintió deseos de llorar.

—Si las miradas matarán... —dijo Jack en voz muy baja y en un tono burlón que la sacó de quicio.

—¡Muchas gracias por los ánimos! —replicó ella.

—La de carnaza que le estáis dando a las matronas chismosas —siguió divirtiéndose a costa de ella.

Iban perdiendo, pero los hombres de las Lowlands seguían metiendo cizaña.

—Birdwhistle será la vergüenza en años —apuntó Jack que ya no miraba al terreno de juego sino a alguien unas filas más adelante que los saludaba de forma insistente—. Creo que no voy a poder regresar a Nueva Gales del Sur por tu culpa —se quejó con razón.

—Quiero que termine, por San Jorge, que termine ya —las palabras de Heaven apenas eran audibles. Mantenía los ojos cerrados y las manos apretadas sobre su regazo. Cuando sintió un suave apretón de la mano de Jack, abrió los ojos y lo miró.

—Una señora mayor te está saludando un par de filas más adelante.

Heaven no podía creérselo, era la madre de Alexander, pero no vio a su esposo junto a ella. Le devolvió el gesto con una sonrisa de cariño. Y, cuando fijó la mirada de nuevo en los hombres que había contratado, presintió que estaba a punto de ocurrir algo grave.

Los hombres de Halfenaked ganaban, y entonces ocurrió el desastre. Un empleado de Birdwhistle agredió a otro empleado de Alexander. Hubo un segundo de silencio, una parálisis general. El hombre tumbado en el suelo hizo amago de reincorporarse, pero enseguida empezó a revolcarse de dolor.

—Temo que lo ha herido de verdad —dijo Jack preocupado.

Entre los asistentes como invitados el estupor era muy elocuente, sobre todo cuando los participantes de Birdwhistle y Halfenaked se enzarzaron en una pelea a puños.

De pronto se escuchó un disparo, y la policía se dirigió directamente hacia el juez y los jugadores. Uno de los guardaespaldas se acercó a Jack y le habló al oído, ella no entendió lo que le decía. Unos segundos después, el juez permitió que la policía tomara el control.

—¿Qué sucede? —preguntó inquieta.

—Uno de mis hombres dice que hay un hombre con un arma, aunque ya ha sido arrestado —Heaven lo miró estupefacta—. Hay que irse.

Varios participantes comenzaron a agredirse de nuevo.

—¿Querías un milagro? —le preguntó Jack—, aquí lo tienes.

## CAPÍTULO 26

Si algo no esperaba Heaven a las doce de la noche era la visita inesperada de Alexander. Cuando le abrió la puerta y lo invitó a entrar, su rostro rezumaba una ira contenida. Heaven se asombró del control que tenía sobre sus emociones.

—¿Estás satisfecha? —le preguntó con los dientes apretados.

Los dos seguían en el vestíbulo de la casa.

—No puedo estarlo.

Alexander tenía las manos anudadas en la espalda como si intentara mantenerlas quietas.

—Quiero informarte de tu éxito —le dijo con voz seca—. El mejor empleado de Halfenaked tiene la pierna rota —Heaven se tapó la boca compungida.

—Lo lamento.

—¿Lo lamentas? ¿Lo lamentas!? —gritó perplejo.

Alexander dio un paso hacia ella tan furioso que Heaven dio otro hacia atrás de forma involuntaria.

—Mi mejor hombre no podrá trabajar durante un tiempo en la bodega, ¿era esto lo que buscabas? ¿No te bastó con el cuaderno que te di y mi renuncia?

Heaven bajó los ojos al suelo derrotada.

—De verdad que no imaginaba lo que podía pasar —admitió. Alexander la miró sin comprenderla—. Ya te mencioné que la mayoría de trabajadores renunciaron a seguir en la bodega, y me están boicoteando —explicó—. Por eso tuve que contratar a hombres de las Lowlands porque no quiero perder Birdwhistle, y es lo que sucederá si no consigo las libras de cebada que necesito para la añada de este año, y entraré en bancarrota —Alexander soltó el aliento al escucharla.

La mente de Alexander era un hervidero de especulaciones. ¿Le estaba diciendo que su bodega no disponía de trabajadores? ¿Ni un maldito escocés del norte?

Ambos se miraban sin pestañear y sin apartar la mirada.

—No lo sabía. —Heaven respiró hondo—. ¿Y por qué motivo no me dijiste todo esto?

Los ojos de Alexander la taladraron.

—Porque quería ganar el contrato de Templeton&Bardstown.

—Yo también, y no por ello empleo argucias y tretas para lograrlo.

—¿Y tienes el valor de recriminarme cuando sabes que Birdwhistle puede entrar en bancarrota? ¡Eres un cínico!

—Y tú una interesada.

Esa acusación era indefendible porque Heaven había hecho algo censurable como mentirle.

—Nunca he querido herirte, Alexander—respondió con voz queda—. Tuve miedo de perderte, y por eso callé en muchas cosas... —él, la interrumpió.

—No puedo creerte porque has demostrado ser una manipuladora consumada.

—A pesar de ello, te amo.

—Una inconsciente que sabe que no puede ganar a Halfenaked.

—Incluso así te amo.

—Una controladora sin escrúpulos.

—Pero te amo —ella no se rendía.

—¡Basta! —exclamó ofendido—. Me duelen los oídos de escucharte.

—Y a mí el alma por haberte herido, porque eres lo que más quiero en el mundo.

Alexander suspiró varias veces. Los dos seguían en el vestíbulo separados apenas por un paso.

—Podríamos haber tenido un futuro juntos —Alexander lo dijo con un profundo pesar—, y tu ambición lo echó todo a perder.

—Todavía podemos tener un futuro juntos.

—Ya no confío en ti.

Heaven hizo algo sorpresivo, se lanzó al cuello de él y lo abrazó con fuerza.

—Merezco todos y cada uno de tus reproches, pero no me abandones, por favor.

—Suéltame —le pidió en voz baja.

Sin embargo, Heaven no lo escuchó. Seguía aferrada a su cuello como si la vida le fuera en ello.

—Si lo hago, te marcharás —aseveró convencida.

—Deseo hacerlo.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque quería decirte en persona los resultados de tus acciones.

Heaven cerró los ojos porque la boca de él le decía una cosa y su cuerpo otra muy distinta.

—No puedo sentirme peor de lo que me siento. No puedo justificar mis errores, pero sí tratar de enmendarlos, pero no me dejes porque no podré soportarlo.

—Lo soportaste muy bien hace unos meses.

Heaven lo soltó de golpe y caminó dos pasos hacia atrás estupefacta. ¿Se refería a su ruptura con Robert? ¡Por supuesto que se refería a eso!

—Lo superé muy bien porque no estaba enamorada de Robert como lo estoy de ti —le confesó con amargura— Nunca he querido a nadie como te amo a ti.

—No es asunto mío cómo lo superaras ni por qué —contestó dolido.

—¡Alexander! —gritó con el corazón en un puño—. Pensé que me amabas. Que me correspondías.

Él, estuvo a punto de decirle algo, pero lo pensó mejor. La miró durante un largo instante, y después caminó hacia la salida. Ya abría la puerta cuando la miró por última vez.

—Pensé que te amaba.

Ninguna otras palabras podrían marcarla con fuego como esas últimas que le dedicó. Cada letra de ese *pensé* en pasado, como si nunca hubiera ocurrido, le arañó el corazón llevándose finas tiras de piel.

—¡Alexander! —logró exclamar antes de dejarse caer al suelo.

\*\*\*\*\*

Jamie Graham esperaba a su hijo levantado a pesar de la hora tardía que era. El reloj acababa de marcar las cuatro de la madrugada. Alexander no hizo ruido, y se sobresaltó al escuchar la voz de su padre mientras cruzaba la puerta del salón.

—Te estaba esperando —le dijo en voz baja para no despertar a Megan que dormía en la planta de arriba—. Tengo que hablar contigo.

—¿Qué haces a oscuras? —accionó el interruptor de la lámpara de gas—. Es muy tarde.

—Soy consciente de que es muy tarde, pero tengo algo que decirte.

—Habla mañana, estoy cansado —ya se giraba hacia las escaleras cuando de nuevo lo

detuvo la voz de su padre.

—¿Ha sido muy grave? —indudablemente se refería a la conversación mantenida con Heaven.

—Definitiva —calló un momento al mismo tiempo que se dirigía hacia su padre. Tomó asiento al lado de él—. El daño es irreparable.

—La verdad es que me sorprendió conocer que es la dueña de Birdwhistle —Alexander también se había sorprendido—. Pero puedo comprender que desee ganar el contrato que ofrece Templeton&Bardstown.

—Halfenaked es la mejor destilería de whisky de toda Escocia —afirmó Alexander—. Y ganaríamos sin lugar a dudas.

El padre entendió.

—¿Ya sabes que no vas a ganar el contrato?

—Sí.

Jamie entrecerró los ojos al escucharlo.

—Es la primera vez que antepones tu vida emocional a la profesional, y por eso no comprendo la actitud que tomas ahora.

Alexander miró a su padre atónito. Estaba siendo muy duro con las decisiones que había tomado.

—Ella no tenía que haber contratado a hombres de las Lowlands.

—¿Vienes del hospital?

Alexander estuvo a punto de mentirle a su padre, pero sería la primera vez en treinta años.

—He tenido una última conversación con la dueña de Birdwhistle.

—Y conociéndote habrás sido impecable.

—Mucho menos de lo que debería —admitió pesaroso—, pero tenía que decirle lo que pensaba.

—¿Y qué dijo ella?

—¿La dueña de Birdwhistle?

—Hasta hace poco la llamabas Heaven ...

Alexander sonrió sin ganas.

—Me da la impresión de que la defiendes —el padre iba a interrumpirlo, pero Alexander no se lo permitió—, y olvidas que he sido yo el hazmerreír de toda Escocia. Ha sido mi honor e integridad la que se ha puesto en entredicho.

—Hijo...

—Y todo por poner mis ojos en la mujer menos indicada.

—Me consta que te ama.

—¿Y de qué me sirve que me ame cuando su ambición está por encima de ese amor?

—¿Estás seguro?

—Absolutamente —respondió firme—. Todo esto ha casado a la luz la verdadera personalidad de Heaven.

—Vino a vernos y se sinceró.

—¿Aquí?

—Nos explicó todo, y nos pidió perdón por el daño que te había causado.

—Su visita y su explicación sobran.

—Tu madre y yo no lo vemos así, es una buena mujer.

Alexander decidió no seguir escuchando a su padre. La visita de ella a sus espaldas lo consideró una traición más.

—Estoy cansado, mañana hablaremos.

Pero Jamie sabía que su hijo se replegaba para encerrarse en su caparazón, aunque viéndolo y escuchándolo había comprobado que estaba más herido en su amor propio que en sus sentimientos.

—Hijo —Alexander ya había subido el primer peldaño de la escalera—. El orgullo se puede reparar, el corazón, no.

Giró la cabeza, y clavó sus ojos en los de su padre.

—Ni lo uno ni lo otro, padre.

—Una cosa más —Alexander lo miraba atentamente—. Yo disparé el arma.

## CAPÍTULO 27

El regreso a Londres lo había hecho derrotada. Mucho más de lo que se sintió cuando emprendió el rumbo a Escocia tras el abandono de Robert, pero no estaba vencida. Había intentado durante dos semanas hablar con Alexander, no obstante, fue imposible, incluso había ido a buscarlo a su casa en varias ocasiones, pero no lo había encontrado. Unas veces estaba fuera de Elgin, otras en Francia gestionando la venta de whisky de Halfenaked a una importante destilería de allí, y en otras visitando Annan, su ciudad natal.

Los padres de Alexander, además de encantadores, habían tratado de ayudarla a convencerlo para que hablara con ella, pero Alexander se mostró férreo y tajante en su decisión, si bien Alexander no sabía a lo que se enfrentaba porque Heaven no podía darse por vencida.

Sus padres la habían recibido con los brazos abiertos, y no habían cuestionado ninguna de las decisiones que había tomado aunque fueran erradas, y habían mostrado su opinión, contraria a la de ella, de viajar a Nueva Gales del Sur junto a su amigo y socio Jack. Heaven necesitaba poner distancia entre Escocia y ella, y terminó aceptando la invitación que tantas veces le había ofrecido en el pasado.

La añada estaba perdida, el contrato con Templeton&Bardstown también, así que pensó tomarse un tiempo de reflexión para volver a tomar decisiones acertadas. Jack la había convencido para comprar la cebada en el norte de Inglaterra, incluso en Francia, porque no estaba dispuesto a dejar que la bodega quebrara. Había decidido tomar las riendas, e iba a hacer lo impensable para que ningún otro trabajador volviera a boicotearla.

—Acabas de llegar y ya te marchas —el reproche de su madre se lo esperaba. Susan acababa de colocar una bandeja con té sobre la mesa—. Eres despiadada conmigo.

Jack se había encargado de los pasajes del barco que los llevaría a Sídney.

—Estaré allí unos meses.

—Quiero acompañarte, pero me es imposible —le dijo la madre.

Heaven lo ya lo sabía. Además, su padre estaba inmerso en varios procesos judiciales, y tampoco podía acompañarla. Sobre todo porque había decidido dedicarse a la política del reino. Ella lo prefería así para poder meditar y tomar decisiones sin ningún tipo de presión.

—Te morirías con el calor de Nueva Gales del Sur, mamá, y no estoy muy segura de que te gustasen sus costumbres tan distintas a las nuestras.

—Han sido muchos meses sin verte, y me apena que te marches de nuevo.

—Yo también te he extrañado, mucho más de lo que te imaginas.

—¡Pero estás tan guapa! Y me encanta esas libras de peso que has cogido. Te sientan muy bien

Desde que había llegado, su madre no cesaba de recordárselo, y Heaven sabía el motivo para su aumento de peso.

—Es el amor, mamá —Heaven calló un momento—, y algo más.

Tras la última discusión con Alexander, su cuerpo le había declarado una guerra completa: se levantó vomitando una mañana, y todas las siguientes. Y los mareos la tuvieron en jaque durante días. Ante la ausencia de menstruación, Heaven no tuvo que sumar mucho. Completamente bloqueada emocionalmente visitó un médico en Edimburgo, y la respuesta fue la esperada: estaba encinta. Era una mujer soltera. El hombre de su vida no quería saber nada de ella, pero iba

a tener un hijo y estaba feliz. Había intentado decírselo, pero resultó imposible localizarlo porque él no deseaba que lo encontrara. Aconsejada por Jack, decidió darle un poco de tiempo para que se calmara, y para que lo viera todo con el prisma adecuado cuando ella iniciara el asedio de nuevo. Después de un tiempo, volvería al ataque con todas sus fuerzas, y ahora mucho más, puesto iban a ser padres.

—Mamá, siéntate —la invitó—, tengo que decirte algo muy importante.

—Pero si estoy sentada —le dijo extrañada.

Heaven dejó de mirar por la ventana y sonrió por su torpeza. Tomó asiento al mismo tiempo que sujetaba la taza de té que su madre le ofrecía.

—Estoy embarazada —lo soltó de sopetón, y Susan se atragantó con el primer sorbo.

Tosió hasta el punto del llanto, y se manchó el vestido de seda.

—Siento habértelo dicho así —se disculpó Heaven —, pero he creído que era la mejor forma de hacerlo.

Su madre pensaba de manera muy diferente.

—La mejor forma hubiera sido prepararme antes.

—Lo lamento, pero estoy superada en todo. Mis emociones se han rebelado, y mi cuerpo sufre un motín.

La madre dejó la taza medio vacía sobre la mesa sin quitarle los ojos de encima a su hija. Escucharla le provocaba tanto alegría como preocupación, y por eso comenzó una conversación muy seria con ella. Le costaba aceptar que su hija no se hubiera portado decentemente siendo hija de familia respetable. Le hizo saber el gran escándalo que se desataría en Londres cuando se supiera su estado. Y la urgió a casarse de inmediato con el padre de su futuro nieto. Cuando Heaven le dijo que Alexander no quería nada con ella, Susan se sintió aterrada. Todo el escarnio caería sobre su hija de forma implacable, y así se lo hizo saber.

—Por eso he decidido marchar un tiempo a Nueva Gales del Sur.

—¿Piensas que te voy a permitir que viajes tan lejos en tu estado?

—No deseo estar aquí si trasciende —confesó—. Allí podré tomar decisiones importantes para mi vida.

—¿Y tu padre y yo no contamos en esas decisiones? —le preguntó la madre sorprendida.

—Soy mayor de edad —le recordó la hija—. Y debo asumir mis errores.

—Admito que me escandaliza tu estado, sobre todo porque estás soltera, aunque imagino que Alexander se responsabilizara, ¿verdad? —preguntó.

—Todavía no lo sabe.

La madre tomó aire.

—¿No lo sabe? —repitió espantada.

—Quedarme encinta no entraba dentro de mis planes.

La madre entrecerró los ojos enfadada.

—Es el resultado natural cuando se tienen relaciones íntimas.

—No pensé en las consecuencias.

—A la vista está que no —respondió decepcionada.

Heaven no sería la primera mujer que se quedaba encinta fuera del matrimonio, y para eso estaba Gretna Green, un lugar en Escocia donde las parejas se escapaban para casarse. Susan suspiró varias veces porque su hija se veía feliz, como si deseara ese bebé con todas sus fuerzas.

—Un hijo es un asunto muy serio, sobre todo siendo soltera.

—No me importa.

Susan deseaba llevarse las manos a la cabeza. Su hija se había vuelto loca.

—Debería importarte.

—Ya no hay remedio, mamá. El escándalo será enorme.

—¿Has pensado en las consecuencias para tu padre ahora que está pensando en la política?

—Por eso me marché a Nueva Gales del Sur —respondió queda.

—Todo esto es un dislate —la madre calló un momento—. ¿No le vas a decir que estás encinta?

—No desea verme, ni hablarme. Así no puedo comunicarle mi estado de buena esperanza.

¡No podía creerla! A Susan le costaba entenderla. ¿El señor Graham desconocía el estado de buena esperanza de su hija? ¿No se lo había comunicado antes de regresar a Londres? ¿En qué diablos estaba pensando?

Heaven le había contado su ruptura con el encargado.

—Hija, me estás haciendo un lío —se quejó sin dejar de mirarla—. Me dijiste que estabas enamorada del señor Graham, que te correspondía —tomó aire—. Ahora regresas y me cuentas que te ha abandonado, que estás embarazada, y que te marchas a Nueva Gales del Sur, ¿algo tiene sentido?

Dicho de esa forma, no, pensó ella.

—Es una riña de enamorados —contestó aunque sin convicción—. Una diferencia de opiniones por mi forma de llevar la herencia que me legó mi bisabuelo, y por algunos trabajadores de las Lowlands que contraté.

La madre creyó que su hija escondía algo más que se le escapaba.

—No me lo parece, Heaven, y tu padre se enojará cuando sepa el problema que has creado.

—No tengo ningún problema —afirmó seria.

—¿Has pensado en la posibilidad de que él no quiera ser padre? Y si no quiere, ¿qué harás al respecto? ¿Te sientes preparada para enfrentar las dificultades tu sola?

—¿Qué estás sugiriendo, mamá?

Susan no estaba llevando el asunto bien. Se había equivocado en el planteamiento.

—Solo quiero tu felicidad —dijo de pronto—. Y no sufrir el escándalo que surgirá cuando se conozca todo esto.

—Este bebé es mi felicidad. Lucharé por él con todas mis fuerzas. —Susan suspiró largo mientras guardaba silencio—. Así lo he decidido, mamá.

—Tu padre y yo aceptaremos tu decisión, y te ayudaremos todo lo posible.

Heaven estalló en lágrimas. Sabía lo duro que tenía que ser para su madre el cambio brutal que se había operado en ellas en pocos meses. Pero había madurado. Estaba enamorada, embarazada, y el futuro le parecía prometedor.

—¿Cómo podemos ayudarte? —le preguntó la madre mientras la consolaba.

—Son las hormonas mamá, me paso el día llorando o discutiendo.

Susan le abrió los brazos, y Heaven se lanzó hacia ellos.

—Si me lo hubieras dicho, lo habría dejado todo para ir a tu lado. Eres lo que más quiero en el mundo, mi mayor preocupación —Heaven lloró más fuerte.

—Hice tantas cosas mal, que me alegro de que no lo hicieras.

—Los errores se enmiendan —le dijo con dulzura—. La muerte es lo único que no tiene solución.

—La falta que me hacía tu sabiduría —correspondió sincera.

—¿Estáis llorando otra vez? —la voz de Frank las sobresaltó—. A este ritmo podríais llenar el Támesis.

Susan no deshizo el abrazo, seguía sujetando con ternura el cuerpo de su hija entre sus brazos.



—Siéntate, por favor —le dijo Susan—. Tenemos algo importante que comunicarte...

\*\*\*\*\*

Alexander estaba hecho polvo. Ni la distancia que había puesto entre él y Heaven aliviaba el dolor que devoraba su corazón. La amaba, la extrañaba, pero lo había traicionado. ¿Cómo sobrellevaba un hombre una situación así? Lo ignoraba, porque era la primera vez para él, y confiaba que fuese la última porque esa lucha entre su cabeza y su corazón, lo extenuaba.

Como era su costumbre cuando meditaba en silencio, tenía las manos enlazadas en la espalda, y miraba por la ventana del salón aunque sin ver nada. Durante semanas había luchado contra la necesidad de mandarlo todo al diablo y regresar con ella, pero un segundo después recordaba lo que había hecho, y la cordura volvía y lo abrasaba como si lo hubiera alcanzado un rayo. Había confiado en ella, había hecho un proyecto de futuro para ambos, y todo se había ido al traste por su ambición. ¿Cómo se la arrancaba del corazón? ¿Cuándo dejaría de dolerle?

No escuchó a su madre cuando entró en el salón, ni cuando encendió la lámpara de gas que estaba apagada. Sorprendido se giró hacia ella que sostenía una taza de té en la mano.

—Quiero que hables conmigo.

—No —respondió quedo.

Y entonces la madre comenzó a relatarle la visita de Heaven, sus palabras entrecortadas mostrando arrepentimiento.

—Dio la cara por ti —dijo la madre en voz baja para que su hijo no se perdiera las palabras de ella—. Fue muy valiente al defenderte.

—Una visita no disculpa su mala fe.

—Vino a casa para hablar con nosotros —ya lo sabía, pero no había querido decirle nada a su madre porque pensaba que el silencio por su parte era su mejor aliado—. La vi tan llena de dolor, que no pude sino abrazarla. Y nos contó todo lo que había sucedido.

—¡Cuánta honestidad de pronto! —se burló él.

Su madre lo reprobó con la mirada.

—Sufría mucho, tanto, que esa angustia le provocó un desmayó delante nuestro. Nos asustamos muchísimo porque parecía en verdad enferma.

A pesar de su postura dura, los ojos de él mostraron preocupación.

—Deberías hablar con ella, perdonarla, y olvidarlo todo para comenzar de nuevo.

—He hablado con ella, la he perdonado, pero no estoy dispuesto a olvidar.

—¿Tan débil era tu amor por ella que no puede superar el error que cometió?

—No fue uno sino varios.

—¿Y los momentos hermosos que habéis compartido no son suficientes para olvidar lo sucedido?

Alexander se separó un paso de su madre y se pasó las manos por el cabello.

—Soy el hazmerreír de toda Escocia. Mi honorabilidad y profesionalidad está en entredicho... —su madre lo interrumpió.

—¿Eres el hazmerreír por querer a una mujer que es la dueña de una bodega de whisky? Hijo mío que no te comprendo.

—¡Es que no me lo dijo! .

—Creería que te lo tomarías como te lo has tomado: desproporcionado.

—¿Por qué minimizas mis sentimientos?

—¿Y por qué menosprecias los suyos?

—Yo no la engaño.

—Ella tampoco, simplemente calló la verdad, que es algo muy diferente.

La situación dicha por su madre se reducía a un juego infantil. Y lo enfurecía que se hubiera puesto de su parte.

—Mamá...

—Y en cuanto a eso de la honorabilidad y profesionalidad —continuó la mujer—, tengo que mencionarte que la rivalidad entre bodegueros está a la orden del día.

—Perdimos el contrato con Templeton&Bardstown, mamá.

—Uno de los dos tenía que perder —respondió con lógica aplastante.

—¿Qué pretendes con toda esta cháchara sin sentido?

—Que te des cuenta de lo insignificante que es todo en verdad —él, no lo veía así—. Has hecho un castillo de un grano de arena, y debería asombrarte de que se te deshaga en las manos, pero estás ciego.

—Es que para mí no resulta insignificante —le repitió.

—Pues es una pena porque vas a perder a una mujer increíble. Valiente, decidida, y con la suficiente capacidad e inteligencia para llevar adelante su bodega de whisky y ganarte.

Esa aseveración lo había molestado de verdad.

—No me ha ganado —afirmó contundente—. Mintió, engañó, que no es lo mismo.

—Ha conseguido el contrato con Templeton&Bardstown —Alexander tensó la mandíbula porque su madre había tomado carrera, y a la vista estaba de que no pensaba parar—. Y en parte me alegro de que te dejara porque con esa actitud ibas a hacerla muy desgraciada.

—¡La he dejado yo! Parece que se te olvida —afirmó rotundo.

Su madre lo miró con los ojos como platos.

—De ser así estoy segura de que ese amigo diplomático que nada en dinero te estará muy agradecido por ello —Alexander abrió la boca por la sorpresa, su madre no hablaba, soltaba puñales por la boca—. Si lo hubieras visto durante los Highland games como lo vi yo, le habrías roto los dientes.

—¡Ya está bien, mamá! —dijo alzando la voz—. Es lo que he decidido, y debes aceptarlo.

—Se la comía con los ojos. Hizo que todo el tiempo estuviera pendiente de él. La agasajó, le susurraba...

—¡He dicho basta! Por favor.

La madre rezongó entre dientes. Lo miró de forma crítica, y se dio la vuelta para marcharse. Alexander soltó un suspiro de alivio al creer que estaba todo zanjado, pero se equivocó.

Megan salía ya por la puerta con la espalda erguida.

—Me preguntó el motivo para su desmayo —rezó para sí misma, aunque lo suficientemente alto para que su hijo la oyera—. En mis tiempos las mujeres se desmayaban cuando estaban en estado de buena esperanza, pero hoy día, cualquiera sabe...

Y logró con su pensamiento en voz alta que su hijo no durmiera en días. Que pasara las horas intentando interpretar y descifrar las frases sin sentido de ella. Y Megan se alegró por la debacle emocional que le había causado, porque a la vista estaba de que su obcecación lo iba a conducir al desastre. Megan era una mujer con la suficiente experiencia como para intuir el embarazo de una mujer, y ella estaba convencida que Heaven lo estaba, y se alegraba con toda su alma. Por ese motivo había decidido que tenía que quitarle la venda a su hijo porque quería conocer a su nieto, disfrutarlo, y si para conseguirlo tenía que llevarlo de una oreja a Londres, ciertamente que lo haría.

## CAPÍTULO 28

Heaven no soportaba el calor de Nueva Gales del Sur, en algunas horas determinadas del día le costaba respirar, e incluso caminar, pero se sentía satisfecha porque los trabajadores que tanto ella como Jack habían escogido para que los acompañaran a Europa, eran sin lugar a dudas los mejores. El encargado le gustó especialmente porque tenía un sexto sentido que les vendría muy bien.

Que la bodega estadounidense Templeton&Bardstown se hubiera decidido por el whisky de Birdwhistle, le causó mucha sorpresa porque no lo esperaba. Pero Dubh no había tirado la toalla a pesar de la marcha de ella. El joven había tenido mucho que ver en inclinar la balanza, sobre todo los barriles de espléndido whisky que su abuelo conservaba de forma especial en un rincón de la bodega, y que el tío de Dubh se había esmerado en enseñar para la cata. Los barriles no eran muchos, y tendrían que aumentar la producción de whisky de forma exponencial, por ese motivo se encontraban en Nueva Gales del Sur, para encontrar gente mucho más cualificada que los hombres de las Lowlands.

Heaven había comprendido que ningún hombre de las Tierras Altas trabajaría para ella, y que tampoco podría comprar la cebada en Escocia, pero Jack tenía muchos planes al respecto, y ella se dejó llevar por su entusiasmo.

—Ya tenemos lo que necesitábamos —le informó Jack. Heaven se secó el sudor de la frente con el pañuelo al mismo tiempo que lo escuchaba—. Y he logrado varios inversores de aquí que están muy interesados en patrocinar y adquirir el whisky de Birdwhistle.

—Esa es una noticia estupenda —le dijo ella mientras caminaba junto a él en dirección al carruaje.

Heaven se moría de ganas de sentarse en el interior.

—Me alegro de que compartas mi satisfacción.

—Pero hubiera sido mejor encontrar inversores en Gran Bretaña.

Jack la miró de forma irónica.

—¿Piensas que no lo he pensado? Mi bodega será la mejor de toda las Islas Británicas.

—Nuestra bodega —lo corrigió ella.

Jack se mostró algo azorado. Ella contuvo una sonrisa al ser consciente de su incomodidad.

—Es la falta de costumbre... —se disculpó él—. Es la primera vez que comparto algo con una mujer que no sea la cama.

—Me sorprende verte tan involucrado y decidido —le dijo—. Sobre todo porque tendrás que pasar mucho de tu tiempo en Escocia.

Jack la sujetó por el codo para ayudarla a introducirse en el carruaje. Segundos después el escolta le abrió la puerta, cuando estuvo cómodamente sentado frente a ella, la miró y le correspondió en la sonrisa.

—Te agradezco enormemente que hayas sido el medio para poder tener un negocio de whisky en Europa —lo decía de forma muy sincera—. Era el sueño de mi niñez.

—¡Vaya! —exclamó sorprendida—. Además de estar agradecido por salvarte la vida, también estás en deuda conmigo por hacer tu sueño de niño realidad.

—En ocasiones me preguntó por qué todavía te hablo.

—Porque somos amigos.

—Deberías quedarte conmigo en mi casa —le soltó cuando el carruaje ya llegaba al hotel donde se hospedaba ella—. Estarías mucho más cómoda.

Heaven lo miró con atención.

—No olvido que estoy en Nueva Gales del Sur —contestó serena—, y no tienes una casa sino un palacio lleno de sirvientes que me hacen sentir incómoda. —Jack la miró serio—. No estoy acostumbrada al servilismo, por favor, entiende mi postura.

—Te recuerdo que tu abuelo era conde —le dijo para molestarla—. Vosotros, los nobles de Inglaterra, sois los verdaderos snob.

Heaven sonrió.

—Mi padre era el hijo tercero sin derecho a título ni tierras. Estaba destinado a la iglesia, pero no tenía vocación, por eso estudio leyes y se hizo un nombre propio al margen de su padre, y de su hermano mayor, el actual conde.

El carruaje se detuvo, y el escolta le abrió la puerta, Jack salió del interior, inmediatamente le ofreció la mano para ayudarla. Ninguno de los dos vio a los periodistas que esperaban a un lado de la puerta del hotel. Jack se colocó delante de ella para protegerla. El escolta caminó directamente hacia ellos con cara de malas pulgas, pero Heaven le pidió que se detuviera.

El ambiente fresco del interior del edificio le hizo lanzar un largo suspiro de alivio.

—Te juro que no entiendo cómo soportáis este calor —se refería al intenso bochorno.

—Te recuerdo que siempre te ha gustado el sol.

Era cierto, pero en esos momentos estaba embarazada, se le hinchaban las piernas, y el exceso de hormonas le hacían la vida imposible.

—Hace tiempo que no me sentía como un tonel rígido como ahora.

Jack no le quedó más opción que reír. Ella siempre lo ponía de buen humor salvo cuando se empeñaba en su terquedad. Jack estaba pidiendo la llave de ella en recepción. Cuando otro empleado le dio a ella un sobre con un mensaje.

Heaven se quedó helada cuando lo leyó. Jack se giró hacia ella con la llave y con un interrogante en los ojos. Heaven hizo un gesto con la cabeza.

—Alexander desea hablar conmigo —respondió—. Un poco difícil porque no estoy en Elgin —guardó unos segundos de silencio—. Tampoco estoy en Londres —siguió otros segundos de silencio por parte de ella.

Jack se había apoyado en el mostrador de recepción mientras escuchaba la conversación que mantenía con ella misma.

—Ahora desea hablar, como si tuviera algo que decirle a ese mentecato descorcha limonada.

—Te estás mostrando vengativa —le dijo Jack.

—¿Qué me estoy mostrando vengativa? —preguntó con incredulidad en el rostro—. ¿Soy una mujer madura y responsable de mis actos —Heaven miraba al Jack atónita por su acusación.

Jack seguía apoyado en el mostrador de recepción, y como ella estaba frente a él, le daba la espalda al vestíbulo.

—Dile que te de la llave de tu habitación —la melodiosa voz con acento escocés estaba detrás de ella. Heaven se giró lentamente hacia él, y clavó sus ojos en los azules. Durante un momento, no pudo articular palabra pues estaba paralizada. Sin capacidad de reacción. ¿Qué diantres hacía en Nueva Gales del Sur? ¿Cómo sabía dónde encontrarla?

—¿Ordeno a mis hombres que se deshagan de él? —le susurró Jack al oído bastante divertido.

Se había inclinado sobre el hombro femenino para hacerlo. Alexander extendió el brazo con la palma abierta para que le diera la llave de la habitación. El hombre así lo hizo.

Heaven giró el rostro hacia Jack.

—Traidor —ahora no tenía la menor duda que él era el artífice de que Alexander estuviera plantado frente a ella.

Llevaba en la mano una valija viaje. Vestía camisa blanca y pantalón negro, aunque no parecía el mismo.

—¿Hablarás conmigo ahora? —le preguntó con ojos entrecerrados.

—Planta uno, suite tres —le dijo Jack antes de retirarse—. Os espero para cenar, mi carruaje pasará a recogeros a las seis.

Ninguno de los dos se despidió del él, estaban absortos mirándose el uno al otro.

—Vamos —dijo al fin Alexander mientras le ponía la mano en la espalda para guiarla hacia la planta.

Heaven se mantuvo en un silencio premeditado. Se sentía desconcertada porque su encuentro con él lo había imaginado de una forma muy distinta, no así, acalorada, incómoda, y con el estómago revuelto.

Habían llegado a la planta. Alexander introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Alexander dejó la valija en el cómodo sofá. La suite era espléndida, y debía costar una fortuna. Se giró hacia ella, cruzó los brazos al pecho, y clavó la mirada en el redondeado vientre, y que el vestido realzaba.

—A menos que estés llevando una dieta rica en cerveza escocesa, creo que tienes algo que decirme, hazlo —no pidió sino que ordenó.

Heaven se descalzó. Los botines la mataban. Dejó el bolso sobre la mesita y se masajeó el cuello.

—Estoy esperando —insistió él.

—Estoy encinta.

No lo había dicho con orgullo sino a la defensiva.

—¿Y no te pareció importante comunicármelo?

Heaven hizo algo sorprendente, rebuscó en el interior de su bolso, y le mostró la ingente cantidad de mensajes que le habían sido devueltos.

—¿Cómo podía hacerlo cuando rechazabas todos mis mensajes? —su pregunta quemaba—. Y lo he intentado en innumerables ocasiones.

Alexander tuvo el acierto de sonrojarse ante la pulla lanzada por ella.

—Confíe en ti —le dijo de pronto—. Y nuevamente me engañaste.

La acusación fue tan hiriente que Heaven soltó una exclamación ahogada. Giró el rostro para que no viera que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¡Malditas hormonas! Después de varios minutos en silencio, y de tragar la impotencia con fuerza, lo miró desgarrada.

—No tienes de qué preocuparte —le dijo con un hilo de voz—, no te responsabilizo de mi embarazo, y no tendrás que hacerte cargo de nada —él, no supo cómo tomarse esas palabras que habían sonado heridas—. Lamento de verdad que te hayas enterado, y por cierto, ¿cómo lo has sabido?

—No gracias a ti —contestó seco.

Heaven comenzó a reír, y ya no pudo parar.

—Lo siento —se disculpó, pero sin dejar de reír—. Son las hormonas.

—Pues no tiene gracia —contestó seco.

—Quería decírtelo, de verdad, pero no pude comunicarme contigo, y después regresé a Londres, y de allí vine a Nueva Gales del Sur.

—¿Eres feliz de estarlo?

La mirada de ella se dulcificó, y los ojos le brillaron de emoción. Se llevó las manos al vientre, y ajustó la tela del vestido para que viera la forma redondeada que ya tenía.

—Me siento inmensamente dichosa, absolutamente feliz. Lo amo desde el mismo día que supe que estaba embarazada.

Alexander se pasó las manos por el negro pelo al mismo tiempo que destensaba los hombros.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Heaven se tomó esas palabras de una forma muy diferentes a como las había pronunciado él.

—No puedes hacer nada —le contestó envarada, con mirada dura, muy diferente a la de hacía unos momentos—. No soy un cachorro indefenso. Puedo ocuparme de esto sola.

Alexander bajó las manos del cabello hasta sus caderas y las dejó allí en jarras.

—A esto me refiero —le lanzó él—. Te pones a la defensiva, atacas. Tomas decisiones sin que te importe lo que piense yo... —ella no lo dejó terminar.

—Siempre me ha importado lo que pienses.

—Mi vida es un caos gracias a ti —Heaven vio la angustia en la profundidad de los ojos de Alexander y se compadeció—. Mi vida sentimental, profesional, familiar... —calló durante un instante—, y en medio de ese descalabro descubro que voy a ser padre.

—Me hubiese gustado decírtelo personalmente, pero que te hayas enterado por terceros no es el fin del mundo —ahora la miró sorprendido.

—Que estés aquí en Nueva Gales del sur pone en cuestión quien es el padre de tu hijo, y me ofende hasta la médula. Me desquicia, y me dan ganas de estrangularte.

—Me vine aquí para ahorrarles el escándalo a mis padres. Y porque Jack me ofreció su ayuda, aunque le va a causar mucha gracia que cuestiones tu propia paternidad.

—¿Lo ves? —preguntó airado—. A eso me refiero. —Heaven no sabía qué decir—. Yo detesto los engaños, y no haces más que mentirme desde que te conocí.

—Yo no te he mentido, simplemente he obviado la verdad —protestó ella con energía.

—No tienes arreglo.

—De verdad que lamento que te hayas enterado y... —no la dejó terminar.

—Gracias a Dios que me lo dijo mi madre. —Ahora fue ella la que se encontró apretando los labios—. Bueno, en realidad no me lo dijo, pero se aseguró de que la oyera mientras farfullaba una conversación consigo misma.

—¿Cómo pudo saberlo? Cuando fui a verlos yo no sabía que estaba encinta.

—Ignoro de qué forma lo supo, pero se aseguró de que yo también lo supiera, y no puedes hacerte ni una idea de las horribles noches que pasé entre el amor que sentía por ti, el despecho que llenaba mi cabeza, la alegría de saber que sería padre, y el futuro que me esperaba a tu lado —los ojos de ella comenzaban a brillar de esperanza—. Y sigo debatiéndome entre las ganas de estrangularte, besarte...

—¿Esto quiere decir que me has perdonado?

Alexander habló consigo mismo mirando hacia la pared.

—Pero mira que es tonta.

—¡Vaya! Muchas gracias.

Avanzó un paso hacia ella completamente serio.

—Darte mi renuncia y los secretos de la elaboración de mi whisky, fue mi forma de decirte que te había perdonado.

—Bonita forma de decírmelo —se quejó.

—Perdoné tus intromisiones, tus omisiones, pero me resistía a regresar contigo a pesar de que sabía que tenía la partida perdida de antemano.

—¿Y qué inclinó la balanza a mi favor?

—Mi padre, que me hizo ver lo injusto que había sido contigo —Heaven se emocionó al escucharlo porque no esperaba un gesto tan altruista de parte de Jamie.

Heaven abrió la boca por la sorpresa, pero la volvió a cerrar sin decir nada.

—Necesito tomar algo —dijo ella pues se le había secado la garganta.

Alexander fue hasta la mesa donde estaba la jarra de cristal llena de agua, echó en un vaso y se lo llevó. Heaven había tomado asiento en el sofá porque le temblaban las piernas debido a la emoción. Había venido a buscarla, y le había dicho todo lo que sentía por ella. ¿Se podía ser más feliz? Lo dudaba.

—En verdad necesito algo más fuerte —le dijo cuando le tendió el agua.

Alexander regresó sobre sus pasos y se echó en un vaso una cantidad de lo que creyó Whisky, y, haciendo un brindis, se lo bebió de un trago.

—¡Por San Andrés que esto es veneno!

—Es bourbon de Pensilvania, Jack suele conseguirlo a muy buen precio.

Alexander tomó asiento a su lado y la cogió de las manos en actitud cariñosa.

—¿Qué voy a hacer contigo? —confesó en voz baja.

—Amarme por siempre —le dijo con una sonrisa llena de dicha.

Habían discutido. Se habían lanzado pullas, recriminaciones, pero se amaban, ¿existía mejor esperanza que esa?

—Y puedes comenzar ahora —le dijo mientras le echaba los brazos al cuello.

Alexander no la besó, la devoró con unas ansias nacidas de las desesperación, porque habían sido noches eternas debatiéndose entre el amor que sentía su corazón, y su orgullo herido, pero no la había perdido. Cuando cesó el beso, Heaven lo miró de forma apasionada.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—Me planté en casa de tus padres en Londres —Heaven se llevó la mano a la boca con expresión de horror—. Sí, afortunadamente tu madre evitó que tu padre me disparara y me encerrara en prisión por los siglos de los siglos, pero te aseguró que estuvo a punto de conseguirlo.

Ella le acarició el rostro con ternura.

—Se puso furioso cuando supo que estaba embarazada, y mucho más cuando le conté que no querías saber nada de mí... te echó la culpa de todo, y no pude convencerlo de lo contrario.

—Tu madre me dijo que estabas en Nueva Gales del Sur, y me facilitó el contacto de Jack, hablé con él, y lo arregló todo para que pudiera venir a hablar contigo.

—Es un buen amigo —le dijo ella con sonrisa amable—, y va a ser un socio estupendo.

—Tenemos que hablar sobre eso —respondió algo tenso.

—Después, ahora sólo quiero que me beses. Que me hagas olvidar estas semanas horribles lejos de ti.

Alexander la complació. Con todas sus fuerzas, con toda su alma. Era la mujer de su vida, y tenía que demostrárselo cada día de su existencia.

## EPÍLOGO

*Elgin, Escocia*

Heaven miró el anillo de zafiros que llevaba en el dedo, le parecía increíble que estuviera prometida y fuera tan feliz. Junto a Alexander había pasado los momentos más hermosos en Nueva Gales del Sur, pero tenían que regresar. En esos momentos sus padres y ella iban camino de la casa de él, pero el carruaje se desvió. La Bodega Halfenaked no había aceptado la renuncia de Alexander porque entendían que era el mejor encargado que podrían tener, a pesar de haber perdido el contrato con la destilera estadounidense Templeton&.

Estaba muy contenta porque sus padres se habían tomado un tiempo de descanso para estar con ella en Elgin. Y, mirando a su padre, reconoció que seguía siendo un hombre muy atractivo, sobre todo con ese chaqué oscuro que le sentaba tan bien, por un momento le recordó a la forma de vestir de Alexander.

—Me alegro que te hayas puesto ese vestido tan bonito.

—Es muy cómodo, sobre todo en mi estado.

Heaven ya no podía ponerse nada de su ropa anterior, así que había renovado parte de su vestuario con la ayuda de su madre. Para visitar la casa de los padres de Alexander, se había puesto un vestido suelto en muselina verde y bordado con flores en dorado. Tenía corte imperio, y el largo no le molestaba al caminar pues solo le llegaba a los tobillos.

—Estás preciosa —Heaven tomó la mano de su madre y se la besó.

Llevaba la espesa y larga cabellera recogida en un moño bajo, salvo los mechones delanteros que habían sido recogidos en una trenza unida en la nuca.

—Tengo ganas de conocer personalmente a los padres de Alexander —le dijo la madre.

—Nos hemos desviado de la ruta —protestó cuando el carruaje ya giraba hacia el lugar donde se celebraban los Highland games todos los años.

Heaven se extrañó.

—La casa de los padres de Alexander no se encuentra en este lugar —el carruaje ya había parado.

—La final se suspendió hace meses, ¿recuerdas?

Caminó junto a sus padres hacia la zona de honor donde estaban tres asientos reservados.

—¿Qué sucede? —le preguntó al oído a Jack.

Su padre no se sentaba con ellos, se dirigía directamente hacia los hombres de las Tierras Altas que iban a competir en los diversos juegos.

—¡Papá! —lo llamo—. No puedes...

Jack le dijo que tomara asiento. Heaven obedeció. Su madre se sentó junto a ella mientras que el asiento de su padre se quedaba vacío.

Heaven se dedicó a mirarlo todo con curiosidad. En la hierba verde habían colocado una tarima de madera como las que se colocaban para los mítines políticos en Hyde Park. Una orquesta de gaitas comenzaron a sonar hasta el punto que se le puso la piel de gallina. El silencio de los asistentes fue absoluto. Los hombres de las Tierras Altas comenzaron a formar sendas filas junto a la tarima. Por lo visto había alguna especie de celebración que no le habían comunicado. Y su padre salió entonces ataviado con su toga de juez, y ella contuvo un grito de sorpresa



porque Alexander lo acompañaba vestido como un auténtico escocés: kilt y tartán con los colores del clan al que pertenecía. Su padre se había posicionado en la tarima frente al atril.

La música seguía sonando, y entonces él se giró hacia ella y la miró como nunca la había mirado. Le tendió la mano para que fuera hacia él y se posicionara a su lado. Heaven negó repetidamente con la cabeza. ¿Qué diantres ocurría? ¿Se habían vuelto todos locos? Miró a su madre que tenía los ojos llenos de lágrimas. Después miró a Jack que la observaba con un brillo enigmático en los ojos. Como ella se negaba a bajar, Alexander le habló.

—Ven, amor mío, solo faltas tú.

Heaven miró a su madre que no parecía en absoluto sorprendida como ella. Y entonces el numeroso público asistente comenzaron a tararear “que baje la novia, que baje la novia”.

—Alexander organizó todo esto con la ayuda de Jack —le dijo su madre al mismo tiempo que le ofrecía una hermosa rosa roja. ¿De dónde la habría sacado?

Heaven cerró los ojos y se levantó al fin. Comenzó a caminar directamente hacia él.

Los hombres que participaban en las Highland games cerraron filas tras ellos que se habían colocado frente al juez que iba a unirlos en matrimonio.

—No estoy vestida para la ocasión —le dijo a Alexander en un susurro—. No hemos preparado nada.

—Créeme si te digo que tu padre no ha dejado nada al azar. Todo será perfecto. En breves momentos estaremos unidos en matrimonio, y me hace inmensamente feliz que hayas aceptado.

—¿Piensas que podría negarme delante de todos?

Su padre se aclaró la voz, y comenzó la ceremonia.

De fondo sonaba la música de las gaitas, y que casi la hizo llorar.

Alexander le colocó en el dedo el anillo ceremonial, y su padre los declaró marido y mujer, a continuación, Alexander le sujetó la cabeza con ternura y la besó larga y profundamente arrancando silbidos del público que jaleaban entusiasmados. Estaban encantados con el espectáculo.

Después del intenso beso, Alexander la ayudó a bajar de la tarima, y se encargó de llevarla de nuevo hacia la madre de ella y sus padres que estaban una fila por detrás. Pero llegar hasta allí le supuso una verdadera odisea porque los asistentes los paraban para felicitarlos. Alexander ni se lo pensó, la alzó en brazos con cuidado y recorrió la distancia que le faltaba. Al público le gustó el gesto porque hubo una exaltación general y eufóricos aplausos.

—Ni yo lo hubiera hecho mejor —le dijo Jack al oído.

Heaven se giró hacia sus suegros, y los abrazó con lágrimas en los ojos al recibir una enhorabuena dulce y emotiva. Alexander se colocó a su derecha, y ella lo abrazó con fuerza a su cintura.

—Sabes que voy a ganarte en la próxima añada, ¿verdad? —le dijo con burla, y con mirada brillante.

—Te olvidas, querida esposa, que Birdwhistle ahora también es mío.

—¿Y qué va a suceder con Halfenaked? —preguntó interesada.

Alexander hizo un encogimiento de hombros.

—Tienen que buscarse a otro encargado.

—Siento un poco de pena —dijo ella de pronto—, sobre todo porque mi whisky es mejor que el tuyo.

Para callarla, Alexander la besó en los labios, y Jack carraspeó.

—Si seguís distraendo a los participantes, alguno lanzará el martillo hacia nosotros.